This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NPE
Herrs

POESIAS ESCOGIDAS

DE

HERRERA, RIOJA,

LOS ARGENSOLAS, Y VILLEGAS.

SE HALLARA EN PARIS,

Quai Pelletier, n° 20.

FERNANDO DE HERRERA.

POESIAS ESCOGIDAS

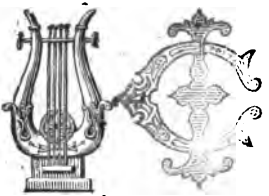
DE

FERNANDO DE HERRERA,

FRANCISCO DE RIOJA,

LUP. Y BART. DE ARGENSOLA,

Y D. ESTEVAN DE VILLEGAS.



RAFAEL ALBERTO ACEVEDO

MADRID,

EN LA IMPRENTA DE SANCHA.

1822.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
264178B
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS
R 1944 L

replacing missing copy 211070

NOTICIAS

DE

FERNANDO DE HERRERA.

De pocos literatos hay ménos noticias que de este poeta Sevillano, á pesar de su celebridad. Es de admirar que habiendo sido uno de los hombres mas famosos por su saber, nos creyesen sus contemporáneos tan poco interesados en las particularidades de su vida, que nos hayan dejado ignorar cuando nació, cual fué su suerte, y cuando ó donde murió. Francisco Pacheco nos dejó el retrato de su amigo Herrera, y conservó parte de sus poesías, haciéndolas reimprimir en Sevilla, despues de la muerte del autor, en 1619. Ya en 1582 se habia publicado en dicha Ciudad un tomo de sus versos, y en

1580 sus *Anotaciones á Garcilaso.* Por estos datos podemos venir en conocimiento de que Herrera debió nacer á principios del siglo XVI, supuesto que vivió hasta una edad muy avanzada, y que ya habia muerto en los primeros años del XVII. Por una desgracia que se ignora pereció el manuscrito de las poesías que tenia preparadas para la prensa, y la misma suerte cupo á otros trabajos históricos y literarios á que se habia dedicado en su vida, consagrada toda al estudio y al retiro.

Al frente de los autores andaluces debe sin disputa nombrarse á *Fernando de Herrera;* hombre á quien la elocucion poética debe mas que á ninguno. Su talento era igual á su estudio; y familiarizado con las lenguas latina, griega y hebrea, se dedicó á imitacion de los grandes escritores antiguos, á formar un lenguage poético que compitiese en pompa y riqueza con el que ellos usáron en sus versos. Es

verdad que ya no estaba él en la situacion de Juan de Mena, y que no tenia facultades para suprimir sílabas, sincopar frases, mudar terminaciones. Esta parte física de la lengua estaba ya fijada por Garcilaso y sus imitadores, y no podia sufrir alteracion. Pero la parte pintoresca podia recibir, y de hecho recibió de él grandes mejoras: valióse mucho de las palabras compuestas que ya habia, introdujo otras nuevas, restableció muchos adjetivos olvidados á que dió nuevo vigor y frescura por la oportunidad con que los aplicó, y usó en fin de mas frases y modos de decir separados de la lengua usual y comun que ningun otro poeta. A este esmero añadió otro no ménos esencial, que fué el cuidado de pintar al oido por medio de la armonía imitativa, haciendo que los sonidos tuviesen analogía con la imágen. El los rompe ó los suspende, los arrastra penosamente, ó los precipita de golpe, ya los hace rozarse

con aspereza, ya tocarse con blandura; en fin, unas veces corren flúidos y fáciles, otras penetran el oido con sosegada y apacible melodía. Estas dotes que tienen los versos de *Herrera* en el mecanismo de su lenguage, los hacen distinguir de la prosa en tal manera, que descompuestos y rotos, perdida su medida y su cadencia, son los que mas conservan el carácter pintoresco y divino que les dió el poeta.

Si de las formas exteriores se pasa á las dotes esenciales, puede decirse que nadie sobrepuja á *Herrera* en fuerza y osadía de imaginacion, muy pocos en el calor y vivacidad de los afectos, y ninguno le iguala, si se exceptúa á Rioja, en dignidad y en decoro. La mayor parte de sus poesías se reducen á elegías, canciones y sonetos en el gusto de Petrarca. Fué este poeta el primero que separándose del modo con que los antiguos habian pintado al amor, dió á esta pasion un tono mas ideal

y mas sublime. El la acrisoló de la flaqueza de los sentidos, convirtiéndola en una especie de religion: y redujo su actividad á estar continuamente admirando y adorando las perfecciones de la cosa amada, á complacerse en sus penas y martirios, y á contar los sacrificios y privaciones por otros tantos placeres. *Herrera* apasionado toda su vida por la Condesa de Gelves, dió á su amor el heroismo del amor platónico, y con los nombres de *Luz*, de *Sol*, de *Estrella* y de *Eliodora*, le consagró una pasion fogosa, tierna y constante; pero acompañada de tal respeto y tal decoro, que el pudor no podia alarmarse de ella, ni la virtud ofenderse. En todos los versos que dedicó á este objeto hay mas adoraciones, mas enagenacion de sí mismo, que esperanzas y deseos. Tiene este gusto un inconveniente, que es dar en una metafísica nada inteligible, en un alambicamiento de penas, dolores y martirios muy

distante de la verdad y de la naturaleza, y que por lo mismo ni interesa ni conmueve. A este mal, que de cuando en cuando se deja notar en *Herrera*, se añade que su diccion demasiado estudiada y esmerada peca casi siempre por afectacion, y no pocas veces por obscuridad. El estilo y lenguage del amor quieren ir mas descargados y ligeros para ser graciosos y delicados. Así *Herrera*, que sin duda amaba con vehemencia y con ternura, parece al decir sus sentimientos, mas ocupado del modo de expresarlos, que del deseo de interesar con ellos; y á esto debe atribuirse que sea de nuestros poetas el que ménos versos amorosos ha hecho propios para andar en boca de las gentes.

Pero en donde esta diccion rica y poética luce á la par que su imaginacion ardiente y vigorosa, es en la oda elevada, donde *Herrera*, feliz imitador de la poesía griega, hebrea y latina, supo llenarse de su fuego,

y rivalizar con ella. Este género en su orígen estaba muy distante de las ideas ordinarias. El Poeta poseido de una exaltacion que no estaba en su mano ni moderar ni regir, cantaba sus versos junto á las aras de los templos, en los teatros públicos, al frente de los ejércitos, en las grandes solemnidades nacionales. El númen que le inspiraba le hacia volar entónces á otras regiones, y ver cosas escondidas al comun de los hombres. Desde allí en un lenguage de fuego, y por todas circunstancias maravilloso, hacia descender la verdad de lo alto en grandes y fuertes lecciones para los pueblos; abria las puertas del destino; y anunciaba lo futuro; entonaba himnos de gratitud y de alabanza á los dioses y á los héroes; ó llenando de furor patriótico y guerrero á los escuadrones armados, los llamaba á los combates y á la victoria. En tal posicion el poeta

lírico no debia parecer un hombre como los demas : su agitacion, su lenguage, los números á que le reducia; la música con que le cantaba, la audacia de sus figuras, la grandeza de sus pensamientos, todo debia contribuir á considerarle en aquellos momentos de entusiasmo como un ser sobrenatural, un intérprete de la divinidad, una Sibila, un Profeta.

Tal fué en la antigüedad el carácter de la oda, que despues las naciones modernas han introducido con mas ó ménos buen éxito en su poesía. Pero despojada del canto, y alejada de las solemnidades y concurrencias numerosas no ha sido mas que un débil reflejo de la inspiracion primera. Los grandes poetas modernos han creido que para restituirle el carácter exaltado y divino que tuvo en su orígen, era preciso transplantarla otra vez al pais en que nació, y llenarla de las ideas, imágenes, y aun

frases antiguas. Fué *Herrera* el primero que la concibió así entre nosotros: Horacio habria adoptado con gusto su cancion á Don Juan de Austria: el himno por la batalla de Lepanto respira en todas partes aquel fogoso entusiasmo, y está adornado de las imágenes ricas, y frases atrevidas que caracterizan la poesía hebraica: y la cancion elegiaca al Rey Don Sebastian, animada del mismo espíritu que el himno, pero mucho mas bella, está llena de la melancolía y agitacion que debia producir en una imaginacion viva aquella catástrofe miserable. Hasta en canciones poco interesantes por su asunto y su composicion se hallan vuelos osados y dignos de Píndaro: sobresaliendo siempre aquel esmero en la diccion, aquella poesía de estilo, por la cual jamas podrán confundirse tres versos suyos con los de otro ningun poeta.

Sus paisanos le diéron el renombre de *Divino*, y de todos los poetas castellanos,

á quienes se dió este título, ninguno le mereció sino él. A pesar de esta gloria, y de las alabanzas de Lope de Vega, su estilo y sus principios tuviéron pocos imitadores entónces; y hasta el restablecimiento del buen gusto en nuestro tiempo, no se ha conocido bien el mérito eminente de su poesía, y la necesidad de seguir sus huellas para elevar la lengua poética sobre la lengua vulgar.

POESIAS ESCOGIDAS

DE

FERNANDO DE HERRERA.

CANCIONES.

I.

A DON JUAN DE AUSTRIA.

Cuando con resonante
Rayo y furor del brazo impetuoso
A Encélado arrogante
Júpiter poderoso
Despeñó airado en Etna cavernoso;
Y la vencida tierra,
A su imperio rebelde, quebrantada
Desamparó la guerra,
Por la sangrienta espada
De Marte, aun con mil muertes no domada;
En el sereno polo
Con la suave citara presente
Cantó el crinado Apolo

Entónces dulcemente,
Y en oro y lauro coronó su frente.
La canora armonía
Suspendia de Dioses el Senado;
Y el cielo que movia
Su curso arrebatado,
El vuelo reprimia enagenado.
Halagaba el sonido
Al piélago sañudo, al raudo viento
Su fragor encogido,
Y con divino aliento
Las Musas consonaban á su intento:
Cantaba la victoria
Del ejército etéreo y fortaleza,
Que engrandeció su gloria;
El horror y aspereza
De la Titania estirpe y su fiereza.
De Palas Atenea
El Gorgóneo terror, la ardiente lanza;
Del Rey de la onda Egea
La indómita pujanza;
Y del Ercúleo brazo la venganza.
Mas del Bistonio Marte
Hizo en grande alabanza luenga muestra,

Cantando fuerza y arte
De aquella armada diestra,
Que á la Flegrea hueste fué siniestra.
A tí, decia, escudo,
A tí, del cielo esfuerzo generoso,
Poner temor no pudo,
El escuadron sañoso
Con sierpes enroscadas espantoso;
Tú solo á Oromedonte
Trajiste al hierro agudo de la muerte,
Junto al doblado monte;
Y abrió con diestra suerte
El pecho de Peloro tu asta fuerte.
¡O hijo esclarecido
De Juno! ¡o duro y no cansado pecho!
Por quien cayó veneido,
Y en peligroso estrecho
Mimante pavoroso fué deshecho.
Tú cubierto de acero,
Tú estrago de los hombres indinado,
Con sangre hórrido y fiero,
Rompiste acelerado
Del ancho muro el torreon alzado.
A tí libre ya debe

Del recelo Saturnio, que el profano
Linage, que se atreve
A alzar la osada mano,
Sienta su bravo orgullo salir vano.
Mas aunque resplandezca
Esta victoria tuya conocida
Con gloria, que merezca
Gozar eterna vida,
Sin que yaga en tinieblas ofendida:
Vendrá tiempo en que tenga
Tu memoria el olvido, y la termine;
Y la tierra sostenga
Un valor tan insine
Que ante él desmaye el tuyo, y se le incline.
Y el fértil occidente,
Cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,
Descubrirá presente
Con prez y honor de España
La lumbre singular de esta bazaña.
Que el cielo le concede
A aquel ramo de César invencible,
Que su valor herede,
Para que al Turco horrible
Derribe el corazon y ardor terrible.

Vese el pérfido bando
En la fragosa, yerta, aerea cumbre,
Que sube amenazando
La soberana lumbre,
Fiado en su animosa muchedumbre.
Y allí, de miedo ageno,
Corre cual suelta cabra, y se abalanza
Con el fogoso trueno
De su cubierta estanza,
Y sigue de sus odios la venganza.
Mas despues que aparece
El Jóven de Austria en la enriscada sierra,
Frio miedo entorpece
Al rebelde, y atierra
Con espanto y con muerte la ímpia guerra.
Cual tempestad ondosa
Con horrísono estruendo se levanta,
Y la nave medrosa
De rabia y furia tanta,
Entre peñascos ásperos quebranta;
O cual de cerco estrecho
El flamígero rayo se desata
Con luengo sulco hecho,
Y rompe y desbarata

Cuanto al encuentro su ímpetu arrebata.
La fama alzará luego
Y con las alas de oro la victoria
Sobre el giro del fuego,
Resonando su gloria,
Con puro lampo de inmortal memoria.
Y extenderá su nombre
Por do Céfiro espira en blando vuelo,
Con ínclito renombre
Al remoto Indio suelo,
Y á do esparce el rigor helado el cielo.
Si Peloro tuviera
Parte de su destreza y valentía,
El solo te venciera,
Gradivo, aunque á porfía,
Tu esfuerzo acrecentaras y osadía.
Si este al cielo amparara
Contra las duras fuerzas de Mimante,
Ni el trance recelara
El vencedor Tonante,
Ni sacudiera el brazo fulminante.
Traed, Cielos, huyendo
Este cansado tiempo espacioso
Que oprime deteniendo

El curso glorioso;
Haced que se adelante presuroso.
Asi la lira suena,
Y Jove el canto afirma, y se estremece
El Olimpo, y resuena
En torno, y resplandece,
Y Mavorte dudoso se escurece.

II.

A LA BATALLA DE LEPANTO.

Cantemos al Señor que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero:
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas y la dura
Frente de Faraon, feroz guerrero:
Sus escogidos Príncipes cubriéron
Los abismos del mar, y descendiéron,
Cual piedra, en el profundo; y tu ira luego
Los tragó, como arista seca el fuego.
El soberbio Tirano, confiado
En el grande aparato de sus naves,
Que de los nuestros la cerviz cautiva,
Y las manos aviva

Al ministerio injusto de su estado,
Derribó con los brazos suyos graves
Los cedros mas excelsos de la cima;
Y el árbol, que mas yerto se sublima,
Bebiendo agenas aguas, y atrevido
Pisando el bando nuestro y defendido.
Tembláron los pequeños confundidos
Del impio furor suyo, alzó la frente
Contra ti, Señor Dios, y con semblante
Y con pecho arrogante,
Y los armados brazos extendidos,
Movió el airado cuello aquel potente:
Cercó su corazon de ardiente saña
Contra las dos Esperias que el mar baña;
Porque en ti confiadas le resisten,
Y de armas de tu fe y amor se visten.
Dijo aquel insolente y desdeñoso:
¿No conocen mis iras estas tierras,
Y de mis padres los ilustres hechos?
¿O valiéron sus pechos
Contra ellos con el Ungaro medroso,
Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿Quien los pudo librar, quien de sus manos
Pudo salvar los de Austria y los Germanos?
Podrá su Dios, podrá por suerte ahora

Guardallos de mi diestra vencedora?
Su Roma, temerosa y humillada,
Los cánticos en lágrimas convierte;
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan
Cuando vencidos mueran.
Francia está con discordias quebrantada;
Y en España amenaza horrible muerte,
Quien honra de la Luna las banderas,
Y aquellas en la guerra gentes fieras
Ocupadas están en mi defensa;
Y aunque no; quien hacerme puede ofensa?
Los poderosos pueblos me obedecen,
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,
Y me dan, por salvarse ya, la mano,
Y su valor es vano,
Que sus luces cayendo se oscurecen,
Sus fuertes á la muerte ya caminan;
Sus vírgenes están en cautiverio;
Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio;
Del Nilo á Eufrátes fértil é Istro frio,
Cuanto el sol alto mira, todo es mio.
Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe quien su fuerza osado estima,
Prevaleciendo en vanidad y en ira;

Este soberbio mira.
Que tus aras afea en su victoria;
No dejes, que los tuyos así oprima,
Y en sus cuerpos cruel las fieras cebe
Y en su esparcida sangre el odio pruebe :
Que hechos ya su oprobrio, dice: ¿donde
El Dios de estos está? ¿de quien se asconde?
Por la debida gloria de tu nombre;
Por la justa venganza de tu gente;
Por aquel de los míseros gemido,
Vuelve el brazo tendido
Contra este, que aborrece ya ser hombre,
Y las honras, que zelas tú, consiente;
Y tres y cuatro veces el castigo
Esfuerza con rigor á tu enemigo,
Y la injuria á tu nombre cometida
Sea el yerro contrario de su vida.
Levantó la cabeza el poderoso,
Que tanto odio te tiene en nuestro estrago,
Juntó el consejo; y contra nos pensáron
Los que en él se halláron.
Venid, dijéron, y en el mar ondoso
Hagamos un gran lago;
Destruyamos á estos de la gente,

Y el nombre de su Cristo juntamente;
Y dividiendo de ellos los despojos
Hártense en muerte suya nuestros ojos.
Viniéron de Asia y portentosa Egito,
Los Arabes y leves Africanos;
Y los que en Grecia junta mal con ellos
Con los erguidos cuellos,
Con gran poder, y número infinito;
Y prometer osáron con sus manos
Encender nuestros fines, y dar muerte
A nuestra juventud con hierro fuerte,
Nuestros niños prender y las doncellas,
Y la gloria manchar, y la luz de ellas.
Ocupáron del piélago los senos
Puesta en silencio, y en temor la tierra,
Y cesáron los nuestros valerosos,
Y calláron dudosos,
Hasta que al fiero ardor de Sarracenos,
El Señor eligiendo nueva guerra
Se opuso el Jóven de Austria generoso
Con el claro Español belicoso;
Que Dios no sufre ya, en Babel cautiva
Que su Sion querida siempre viva.
Cual Leon á la presa apercibido,

Sin recelo los ímpios esperaban
A los que tú, Señor, eras escudo,
Que el corazon desnudo
De pavor, y de fe y amor vestido,
Con celestial aliento confiaban.
Sus manos á la guerra compusiste
Y sus brazos fortísimos pusiste
Como el arco acerado, y con la espada,
Vibraste en su favor la diestra armada.
Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando, y desmayáron;
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,
Como la arista queda
Al ímpetu del viento á estos injustos
Que mil huyendo de uno se pasmáron:
Cual fuego abrasa selvas cuya llama
En las espesas cumbres se derrama;
Tal en tu ira y tempestad seguiste,
Y su faz de ignominia convertiste.
Quebrantaste al cruel dragon, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas,
Y sus brazos terribles no vencidos,
Que con hondos gemidos
Se retira á su cueva, do silbando

Tiembla con sus culebras venenosas,
Lleno de miedo torpe en sus entrañas,
De tu Leon temiendo las hazañas,
Que, saliendo de España, dió un rugido,
Que lo dejó asombrado y aturdido.
Hoy se viéron los ojos humillados
Del sublime varon y su grandeza,
Y tú solo, Señor, fuiste exaltado;
Que tu dia es llegado,
Señor de los ejércitos armados,
Sobre la alta cerviz y su dureza,
Sobre derechos cedros y estendidos,
Sobre empinados montes y crecidos,
Sobre torres y muros, y las naves
De Tiro que á los tuyos fuéron graves.
Babilonia y Egipto amedrentada,
Temerá el fuego y la asta violenta;
Y el humo subirá á la luz del cielo;
Y faltos de consuelo,
Con rostro oscuro y soledad turbada
Tus enemigos llorarán su afrenta.
Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza
Egicia, y gloria de su confianza,
Triste, que á ella pareces, no temiendo

A Dios, y á tu remedio no atendiendo.
Porque, ingrata, tus hijas adornaste
En adulterio infame á una impía gente,
Que deseaba profanar tus frutos;
Y con ojos enjutos,
Sus odiosos pasos imitaste,
Su aborrecida vida y mal presente;
Dios vengará sus iras en tu muerte,
Que llega á tu cerviz con diestra fuerte
La aguda espada suya, ¿quien, cuitada,
Reprimirá su mano desatada?
Mas tú fuerza del mar, tú excelsa Tiro,
Que en tus naves estabas gloriosa
Y el término espantabas de la tierra,
Y si hacias guerra
De temor la cubrias con suspiro;
¿Como acabaste fiera y orgullosa?
¿Quien puso á tu cabeza daño tanto?
Dios para convertir tu gloria en llanto,
Y derribar tus ínclitos y fuertes,
Te hizo perecer con tantas muertes.
Llorad, naves del mar, que es destruida
Vuestra vana soberbia y pensamiento:
¿Quien ya tendrá de tí lástima alguna,

Tú, que sigues la Luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
¿Quien mostrará un liviano sentimiento?
¿Quien rogará por tí? Que á Dios enciende
Tu ira y la arrogancia, que te ofende;
Y tus viejos delitos y mudanza
Han vuelto contra tí á pedir venganza.
Los que viéron tus brazos quebrantados
Y de tus pinos ir el mar desnudo,
Que sus ondas turbáron y llanura;
Viendo tu muerte oscura,
Dirán de tus estragos quebrantados:
¿Quien contra la espantosa tanto pudo?
El Señor, que mostró su fuerte mano
Por la fe de su Príncipe Cristiano,
Y por el nombre santo de su gloria
A su España concede esta victoria.
Bendita, Señor, sea tu grandeza,
Que despues de los daños padecidos,
Despues de nuestras culpas y castigo,
Rompiste al enemigo
De la antigua soberbia la dureza.
Adórente, Señor, tus escogidos:
Confiese, cuanto cerca el ancho cielo,

Tu nombre, o nuestro Dios, nuestro consuelo
Y la cerviz rebelde condenada,
Perezca en bravas llamas abrasada.

III.

A LA PÉRDIDA DEL REY DON SEBASTIAN.

Voz de dolor, y canto de gemido,
Y espíritu de miedo, envuelto en ira,
Hagan principio acerbo á la memoria
De aquel dia fatal aborrecido,
Que Lusitania mísera suspira
Desnuda de valor, falta de gloria:
Y la llorosa historia
Asombre con horror funesto y triste,
Dende el Africo Atlante y seno ardiente,
Hasta do el mar de otro color se viste;
Y do el límite rojo de Oriente,
Y todas sus vencidas gentes fieras
Ven tremolar de Cristo las banderas.
¡Ay de los que pasáron confiados
En sus caballos, y en la muchedumbre
De sus carros, en tí, Libia desierta!
Y en su vigor y fuerzas engañados

No alzáron su esperanza á aquella cumbre
De eterna luz; mas con soberbia cierta
Se ofreciéron la incierta
Vitoria; y sin volver á Dios sus ojos,
Con yerto cuello y corazon ufano
Solo atendiéron siempre á los despojos;
Y el santo Israel abrió su mano,
Y los dejó, y cayó en despeñadero
El carro y el caballo, y caballero.
Vino el dia cruel, el dia lleno
De indinacion, de ira y furor, que puso
En soledad, y en un profundo llanto
De gente y de placer el reino ageno.
El Cielo no alumbró, quedó confuso
El nuevo Sol, presago de mal tanto;
Y con terrible espanto
El Señor visitó sobre sus males,
Para humillar los fuertes arrogantes;
Y levantó los bárbaros no iguales,
Que con osados pechos y constantes
No busquen oro; mas con hierro airado
La ofensa venguen y el error culpado.
Los ímpios y robustos indinados
Las ardientes espadas desnudáron

Sobre la claridad y hermosura
De tu gloria y valor; y no cansados
En tu muerte, tu honor todo afeáron,
Mezquina Lusitania sin ventura;
Y con frente segura
Rompiéron sin temor con fiero estrago
Tus armadas escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
La llanura con muertos aspereza;
Cayó en unos vigor, cayó denuedo;
Mas en otros desmayo y torpe miedo.
¿Son estos por ventura los famosos,
Los fuertes, los belígeros varones
Que conturbáron con furor la tierra,
Que sacudiéron reinos poderosos,
Que domáron las hórridas naciones,
Que pusiéron desierto en cruda guerra
Cuanto el mar indo encierra,
Y soberbias ciudades destruyéron?
¿Do el corazon seguro y la osadía?
¿Como así se acabáron y perdiéron
Tanto heroico valor en solo un dia,
Y léjos de su patria derribados,
No fuéron justamente sepultados?

Tales ya fuéron estos, cual hermoso
Cedro del alto Líbano, vestido
De ramos, hojas, con excelsa alteza;
Las aguas lo criáron poderoso
Sobre empinados árboles crecido
Y se multiplicáron en grandeza
Sus ramos con belleza;
Y estendiendo su sombra, se anidáron
Las aves que sustenta el grande cielo;
Y en sus hojas las fieras engendráron,
Y hizo á mucha gente umbroso velo:
No igualó en celsitud y en hermosura
Jamas árbol alguno á su figura;
Pero elevóse con su verde cima,
Y sublimó la presuncion su pecho,
Desvanecido todo y confiado,
Haciendo de su alteza solo estima:
Por eso Dios lo derribó deshecho,
A los impíos y agenos entregado,
Por la raiz cortado:
Que opreso de los montes arrojados,
Sin ramos y sin hojas, y desnudo,
Huyéron de él los hombres espantados,
Que su sombra tuviéron por escudo:

En su ruina y ramos, cuantas fuéron
Las aves y las fieras se pusiéron.
Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
Murió el vencido reino Lusitano,
Y se acabó su generosa gloria,
No estés alegre y de ufanía llena;
Porque tu temerosa y flaca mano,
Hubo sin esperanza tal vitoria,
Indina de memoria;
Que si el justo dolor mueve á venganza
Alguna vez el Español corage,
Despedazada con aguda lanza
Compensarás muriendo el hecho ultrage;
Y Luco amedrentado, al mar inmenso
Pagará de Africana sangre el censo.

IV.

Este lugar desierto,
Y este silencio oscuro y ascondido,
Do el sol no halla abierto
El paso al carro ardiente,
Testigos de mi dulce bien perdido
Son, y del daño cierto,
Memoria amarga de mi gloria ausente;

Do causa el pensamiento
El molesto dolor de mi tormento.
Aquí junto á las flores,
Al pie de este alto lauró coronado,
Volaban los amores
Por la purpúrea frente;
Que el cerco, en hebras de oro realzado,
Con los varios colores
De las dichosas piedras de oriente
A la aura descubria,
Y al amor mesmo de su amor heria.
Volaban rociando
Con la ambrosia el rosado apuesto cuello.
Y suspenso mirando
Su luz, yo ardia en fuego,
Preso en sortijas bellas del cabello;
Y vi mi muerte, cuando
Vi en sus ojos opuesto el niño ciego;
Y en su nevado pecho
Quedó espíritu dulce el amor hecho.
Perlas, que en rojo seno,
Y del Niseo Idaspes relucian
En el curso sereno,
Muchas coronas juntas

Formaban en las trenzas, que ceñian
El oro de ambar lleno,
Y esparciendo distantes ricas puntas
Por la frente, ardió luego
Mi alma presurosa en vivo fuego.
Cual fué mi acerba pena,
Viendo en su pura luz nacer mi muerte,
Conoce quien ordena,
Que muera en tibio olvido
Con esquivo cuidado de mi suerte.
¡ Cuan presto desordena
Amor, lo que desea un afligido!
Que luego en la mudanza
Corta el vuelo sin tiempo á la esperanza.
Pequeña fué mi gloria,
Pero grande el afan, y grande el daño,
Que dejó en la memoria
De belleza deseo,
Y dejó á la alma triste cierto engaño;
Que en su mísera historia
Vuelve y revuelve el simple devaneo;
Y lleva por despojos
Fuego en el corazon, llanto en los ojos.
Vago y sereno rio,

Tú, que alegre aspirabas á mi canto;
Alto monte, y tú frio
Bosque, solo y oscuro,
¿Cuantas veces oido habeis mi llanto?
¿Cuantas el pesar mio
Vuestro silencio perturbó seguro,
Sin ver de aquella ingrata
Ménos desden, ó voluntad mas grata?
Su nombre en la corteza
Vuestra estendiendo, en llanto deshacia
Mis ojos con terneza;
Y en el lugar, donde ella
Se reclinó, cuitoso me tendia;
Y atento en su belleza,
Hasta que daba luz la Idalia estrella,
Allí estaba llorando,
Y en mis quejas al cielo importunando.
Pasó mi bien ligero,
Cual niebla, que la esparce y rompe el viento:
Quedóme dolor fiero,
Que nunca de mi parte,
Y en su memoria desmayarme siento.
Y siempre desespero,
Que el tiempo en mí deshaga alguna parte;

Y puesto en tal estremo,
Ni el bien deseo ya, ni el daño temo.

V.

Con dulce lira el amoroso canto
En alabanza de los bellos ojos,
Causa de mi error luengo y desvario,
Probé, y aunque robáron los despojos
De mi gloria el dolor y el grave llanto,
Que acrecentó las ondas á este rio,
Oyendo el canto mio
Febo y el coro eterno de Elicona,
De mirto delicado oloroso,
En honra de mi intento cuidadoso
Tejiendo de sus manos la corona
Dijéron enlazándome la frente,
Que cantase de amor la fuerza ardiente.
Yo entónces, en mis males ofendido,
Puse en olvido al belicoso Marte,
Y los fieros gigantes fulminados;
Y celebré en la Esperia alguna parte
Del dulce tiempo en mi dolor perdido;
Aunque en los años en amor gastados
Mis penosos cuidados

El espacio mejor todo ocupáron,
Y dende alli huyó de mi memoria
De los Iberos inclitos la gloria;
Y cuantos hechos grandes acabáron
En tierra y mar, en uno y otro polo,
Igualando en el curso al mesmo Apolo.
Y justo fué, que entre el furor del hierro
El flaco son de esta mi humilde lira
Perdiese (si la tuvo) su osadía.
Mi débil canto á débil gloria aspira:
El desden, pena acerba, y mi destierro
Puede llorar la triste musa mia,
Y la antigua porfía
De mi dolor ¿ Quien á Mavorte crudo,
De adamantina tunica cubierto,
Cuando en la áspera Tracia al campo abierto
Mueve teñido en sangre el duro escudo,
Podrá escribir, si al fin le falta el vuelo,
Y se despeña dende el alto cielo?
Bien veo, o gloria generosa y lumbre
De la invencible y bien dichosa España,
Que en vano el canto levantar intento;
Y que es mas temeraria esta hazaña,
Que la de aquel, que en la celeste cumbre

Pensó regir del carro el movimiento.
Desfallece mi aliento,
Cuando presumo alzar vuestra grandeza,
Y aquellos altos soberanos pechos
De los mayores vuestros, cuyos hechos
Exceden toda humana fortaleza:
No cabe, no, en la inculta musa mia,
Tanto valor y heroica valentía.

Mas un deseo, que á alabaros mueve,
Y compele mi ánimo, no deja
Que tenga en mí lugar el temor vano:
Y aunque Amor forme toda justa queja,
Que en honra agena yo las voces pruebe
De la lira ofrecida de su mano;
Tanto entiendo, que gano
En celebrar el nombre glorioso
De vuestro Leon claro y excelente;
Que olvido sin temor su flecha ardiente,
Y con furor divino y venturoso
Subir de un giro en otro presto espero
Al orbe, do reside Marte fiero.

Ya con no usado vuelo me sublimo
Con fuertes alas por el grande campo
Del líquido sereno, y confiado

En el instable globo el paso estampo,
Y ya en el cerco lúcido el pie imprimo,
Y en el sanguino, do feroz armado
Marte nunca aplacado
Vibra la asta cruel, y arroja fuego,
Sin miedo entro; do veo tan estrañas
De los abuelos vuestros las hazañas;
Que cuando á dalles justa estima llego,
Veo, que mi osadía en vano emprende,
Lo que su luz clarísima defiende.
Que espíritu tan alto y generoso
No dudará cantar el brazo fuerte,
Y el corazon indómito, que pudo
Con singular valor y diestra suerte
Romper en tierna edad al espantoso
Moro, y despues de vil temor desnudo
Ser de tantos escudo
En el asedio de la presa Alhama;
¿Por quien Genil temblando volvió el paso
Lloroso, ensangrentado, triste y laso,
Oyendo del divino héroe la fama;
Que al bárbaro feroz y su denuedo
Hizo siempre cubrir de frio miedo?
Pirámides sublimes levantadas,

Ostentacion de la soberbia humana,
Grandes colosos de elevada cumbre
El tiempo domador huyendo allana,
Mas las obras, insines y estremadas,
Ardiendo con fulgor de eterna lumbre
Entre la muchedumbre
De tantos, que oscurece el torpe olvido
Sobran la inmensidad de luengos años,
La muerte, envidia, tiempo y sus engaños
Con su esplendor venciendo esclarecido;
Y os obligan, mostrando el vivo ejemplo,
Que los sigais al glorioso templo.

Vuestro valor, vuestro ánimo prudente,
En una y otra suerte siempre entero,
El amor de virtud firme y constante
No sufre, que su ímpetu ligero
El tiempo contra vos muestre inclemente,
Ni que el fatal olvido se adelante.
Antes piden, que cante
En honra vuestra aquel suave Orfeo;
Que revocó del reino inexorable
Su esposa; y que de vos contino hable
Con grave lira el escritor Dirceo;
Y vuele vuestra luz hasta la Aurora

Dende los fines de Favonio y Flora.
Quisiera yo, que fuera tal mi canto,
Que mereciera la grandeza vuestra,
Y me inspirara Clio y Melpomene;
Mas pobre vena y temerosa diestra
No me dejan alzar el vuelo tanto,
Que lo menor, que en vos yo siento suene.
Quien lo poco, que tiene,
Ofrece, no merece alguna culpa;
Y en una empresa tan dudosa y alta
Quien se atreviere, si hiciere falta,
Haber osado vale por disculpa.
Y pues vuestro valor es soberano,
No os merece ensalzar ingenio humano.
Mas cual fuere, acoged mi simple musa.
Que yo (si no me engaña mi esperanza)
Pienso en la eternidad de la memoria
Esculpir vuestro nombre y alabanza;
Y hacer, la futura edad confusa
Que envidie á la que goza vuestra gloria.
No estrañará vitoria
Ira del Cielo, fuego, hierro airado,
Ni envejecido curso sin reposo;
Ni el tiempo no cansado y presuroso

Del canto á vuestro nombre consagrado;
Antes por la desierta Libia ardiente
Torcerá el gran Danubio su corriente.

VI.

Si alguna vez mi pena
Cantaste tiernamente, lira mia,
Y en la desierta arena
De este campo estendido,
Dende la oscura noche al claro dia
Rompiste mi gemido;
Ahora olvida el llanto,
Y vuelve al desusado y alto canto.
No celebro los hechos,
Del duro Marte, y sin temor osados
Los valerosos pechos:
La siempre insigne gloria
De aquellos Españoles no domados;
Que para la memoria,
Que canto, me da aliento
Febo á la voz, y vida al pensamiento.
Escriba otro la guerra,
Y en Turca sangre el ancho mar cuajado;
Y en la abrasada tierra

El conflito terrible;
Y el Lusitano orgullo quebrantado
Con estrago increible;
Que no menor corona
Teje á mi frente al coro de Elicona.
A la grandeza vuestra
No ofenda el rudo son de osada lira;
Que en lo poco que muestra,
Glorioso Fernando,
Aunque desnuda, y sin destreza espira,
El curso refrenando
El sacro Esperio rio
Mil veces se detuvo al canto mio.
El linage y grandeza,
Y ser de tantos Reyes descendiente;
La pura gentileza,
Y el ingenio dichoso,
Que entre todos vos hacen excelente,
Y el pecho generoso
En esa edad florida,
De vos prometen una heroica vida.
No basta, no, el imperio;
Ni traer las cervices humilladas
Presas en cautiverio

Con vencedora mano;
Ni de las banderas ensalzadas
El Cita y Africano
Con medroso semblante,
Y el Indo y Persa sin valor se espante.
Que quien al miedo obliga
Y rinde el corazon, y desfallece
De la virtud amiga;
Y va por el camino,
Do la profana multitud perece,
Sujeto al yugo indino
Pierde la gloria y nombre,
Pues siendo mas, se hace ménos hombre.
Los héroes famosos
Los nervos al deleite derribáron;
Que ni en los engañosos
Gustos, ni en lisonjeras
Voces de las Sirenas peligráron;
Antes las ondas fieras
Atravesando fuéron,
Por do ningunos escapar pudiéron.
Seguid, Señor, la llama
De la virtud, que en vos sus fuerzas prueba;
Que si bien vos inflama

De su amor en el fuego,
Viendo su bella luz, con fuerza nueva,
Sin admitir sosiego;
Buscaréis en el suelo
La que consigo os alzará en el cielo.
No os desvanezca el pecho
La soberbia ignorante y engañada,
Ni lo mostreis estrecho;
Que para aventajaros
Entre las sombras de esta edad culpada,
Debeis siempre esforzaros;
Que solo aquello es vuestro,
Que á vos debeis y á vuestro brazo diestro.
Aquel, que libre tiene
De engaño el corazon, y solo estima
Lo que á virtud conviene;
Y sobre cuanto precia
El vulgo incierto, su intencion sublima,
Y el miedo menosprecia,
Y sabe mejorarse;
Solo Señor merece, y Rey llamarse.
Que no son diferentes
En la terrena masa los mortales;
Pero en ser excelentes

En valor y hazañas,
Se hacen unos de otros desiguales.
Estas glorias estrañas,
En los que resplandecen,
Si ellos no las esfuerzan, se entorpecen.
Por el camino cierto
De las divinas Musas vais seguro,
Do el cielo os muestra abierto
El bien, á otros secreto;
Con guia tal, que en el peligro oscuro
De perturbado afeto
Venciendo el duro asatto,
Subiréis de la gloria en lo mas alto.
Y porque las tinieblas,
Fatal estorbo á la grandeza humana,
No ascondan en sus nieblas
El valor admirable,
Haré, que en vuestra gloria soberana
Siempre Talia hable;
Y que la bella Flora,
Y los Reinos la canten de la Aurorà.

SONETOS.

I.

A LA BATALLA DE LEPANTO.

Hondo Ponto que bramas atronado,
Con tumulto y terror, del turbio seno
Saca el rostro, de torpe miedo lleno,
Mira tu campo arder ensangrentado:
Y junto en este cerco y encontrado
Todo el Cristiano esfuerzo y Sarraceno,
Y cubierto de humo, y fuego y trueno,
Huir temblando el impio quebrantado.
Con profundo murmurio la victoria
Mayor celebra, que jamas vió el cielo,
Y mas dudosa y singular hazaña;
Y di, que solo mereció la gloria,
Que tanto nombre da á tu sacro suelo,
El Jóven de Austria, y el valor de España.

II.

A MARCO BRUTO.

Yaces al fin, o del valor Latino
Ultima gloria, por tu fuerte mano;

Tentado habiendo reducir en vano
La libertad al orbe, de ella indino.
Tu virtud te guió, perdió el destino;
Pero pudo tu esfuerzo soberano
Mostrar, que fuiste capitan Romano,
Y solo sucesor de Bruto dino.
¡O si agena ambicion no te moviera
A desnudar el hierro, ó ya desnudo,
Siguiera á tus hazañas la ventura!
Que ninguno tu igual en Roma hubiera:
Mas trájote en desprecio el hado crudo
Del grave seso y la virtud segura.

III.

Del mar las ondas quebrantarse via
En las desnudas peñas, desde el puerto,
Y en conflicto las naves que el desierto
Bóreas, bramando con furor batia.
Quando gozoso de la suerte mia,
Aunque afligido del naufragio cierto,
Dije: no cortará del Ponto incierto
Jamas mi nave la timida via.
Mas ¡ay triste! que apénas se presenta
De mi fingido bien una esperanza,

Cuando las velas tiendo sin recelo:
  Vuelo cual rayo, y súbita tormenta
Me niega la salud y la bonanza,
Y en negra sombra cubre todo el cielo.

IV.

¿Do vas? do vas, cruel, do vas? refrena,
Refrena el presuroso paso, en tanto
Que de mi grave afan el luengo llanto
Abre en prolijo curso honda vena.
  Oye la voz de mil suspiros llena,
Y de mi mal sufrido el triste canto;
Que ser no podrás fiera y dura tanto,
Que no te mueva al fin mi acerba pena.
  Vuelve á mi tu esplandor, vuelve tus ojos,
Antes que oscuro quede en ciega niebla,
Decia en sueño, ó ilusion perdido.
  Volví, halléme solo y entre abrojos,
Y en vez de luz cercado de tiniebla,
Y en lágrimas ardientes convertido.

V.

Temiendo tu valor, tu ardiente espada,
Sublime Carlo, el bárbaro Africano,

Y el espantoso á todos Otomano
La altiva frente inclina quebrantada.
Italia en propia sangre sepultada,
El invencible, el áspero Germano,
Y del Frances osado el pecho ufano
Al yugo rinde la cerviz cansada.
Alce España los arcos en memoria,
Y en colunas á una y otra parte
Despojos y coronas de vitoria:
Que ya en tierra y en mar no queda parte,
Que no sea trofeo de tu gloria,
Ni resta mas honor al fiero Marte.

VI.

Alegre fértil, vario, fresco prado,
Tu monte y bosque de árboles hermoso,
El uno y otro siempre venturoso,
Que de las bellas plantas fué tocado;
Bétis, con puras ondas ensalzado,
Y con ricas olivas abundoso,
¡Cuánto eres mas felice y glorioso,
Pues eres de mi Aglaya visitado!
Siempre tendréis perpetua primavera,
Y del Elisio campo tiernas flores,

Si os viere el resplandor de la Luz mia.
Ni estéril yelo, ó soplo crudo os hiera,
Antes Vénus, las Gracias, los Amores,
Os miren, y en vos reine la alegría.

VII.

Fertil, riente, ledo y fresco prado,
Tu monte, y bosque humido y hermoso,
El uno y otro siempre venturoso,
Que de las bellas plantas fué tocado:
Bétis, con puras ondas ensalzado,
Y con ricas olivas abundoso,
¡Cuanto eres mas felice y glorioso,
Pues quedas de mi Aglaya acompañado!
Tendréis perpetua y dulce primavera,
Y de Elisio campo tiernas flores,
Si vos viere el fulgor de la Luz mia.
Ni estéril soplo, ni rigor vos hiera:
Antes Vénus, las Gracias, los Amores
Vos miren, y en vos reine la alegría.

VIII.

Ya que el sujeto reino Lusitano
Inclina al yugo la cerviz paciente;

Y todo el grande esfuerzo de Occidente
Teneis, sacro señor, en vuestra mano;
Volved contra el suelo horrido Africano
El firme pecho y vuestra osada gente;
Que su poder, su corazon valiente,
Que tanto fué, será ante el vuestro en vano.
Cristo os dá la pujansa de este imperio,
Para que la Fe nuestra se adelante,
Por do su santo nombre es ofendido.
¿Quien contra vos, quien contra el reino esperio,
Bastará alzar la frente, que al instante
No se derribe á vuestros pies rendido?

IX.

Hacer no puede ausencia, que presente
No vos tenga, mi Estrella; que en la hora
Que se viste de púrpura la Aurora,
En su rosada falda estais luciente.
Cuando Febo esclarece el Oriente,
En su esplendida imágen vos colora;
Y en sus rayos florecen á deshora
Con puro ardor las hebras y la frente.
Cuando, honor de los astros, el Lucero
Ilustra el orbe, entre los brazos veo

De Vénus encenderse esa belleza.
Allí vos hablo, allí suspiro y muero;
Mas vos, dulce enemiga á mi deseo,
Despreciais el dolor en mi tristeza.

X.

Barbara tierra, que en tu frio seno
Cubres los grandes cuerpos derribados
De aquellos Españoles, que domados
Dejáron de terror el orbe lleno;
Mira en los altos troncos el ageno
Trofeo, y gime viendo allí colgados
Los despojos, jamas nunca esperados
En tanto honor del impio Sarraceno.
Y tú, Mar, que manchaste tu corriente
Con generosa sangre, suena airado,
Y decid ambos tristes de esta suerte;
Heroicas almas, gloria de Occidente,
Id dichosas, que ya el acerbo hado,
Lloró España, honró el mundo vuestra muerte.

XI.

Rompió la prora en dura roca abierta
Mi frágil nave, que con viento lleno

Veloz cortaba el pielago sereno,
Y apena escapo al fin de muerte cierta.
Afirme el pie yo en tierra, que la incierta
Onda no me tendrá en su instable seno;
Ni la vana esperanza podrá agena
Traerme, de mis glorias ya desierta.
Si la sombra del daño padecido
Puede mover, Filipo, vuestro pecho,
Huid sulcar del ponto la llanura;
Y creed, que ninguno de Cupido
Seguro navegó el profundo estrecho,
Que no perdiese al cabo la ventura.

XII.

Despoja la hermosa y verde frente
De los árboles altos el turbado
Otoño, y dando paso al viento helado,
Queda lugar á là aura de Occidente.
Las plantas, que ofendió, con el presente
Espíritu de Céfiro templado
Cobran honra y color; y esparce el prado
Olor de bellas flores dulcemente.
Mas o triste! que nunca mi esperanza,
Despues que la abatió desnuda el yelo,

Torna avivar para su bien perdido.
¡ Cruda suerte de amor, dura mudanza,
Firme á mi mal; que el variar del cielo
Tiene contra su fuerza suspendido!

ELEGIAS

I.

Estoy pensando en medio de mi engaño
El error de mi tiempo mal perdido,
Y cuan poco me ofendo de mi daño.
Vuelvo los ojos que el mejor sentido
Alumbra; y hallo una pequeña senda,
Do paso humano apena está esculpido.
Procuro, ántes que el breve sol descienda
A encubrirse en el último Occidente,
Llegar al fin de esta mortal contienda.
Y como quien se ve del daño ausente,
Que considera su temor pasado,
Y aun no descansa con el bien presente;
Tal de mi afrenta y mi dolor cargado
En la seguridad nunca sosiego,
Y en el sosiego siempre estoy turbado.
Aquel vigor, aquel celeste fuego,

Que enciende mis entrañas, me levanta
De la oscura tiniebla y error ciego.
Veo el tiempo veloz que se adelanta,
Y derriba con vuelo presuroso
Cuanto el hombre fabrica y cuanto planta.
¡O cierto desengaño vergonzoso!
¡O grave confusion de nuestro yerro!
¡Claro enemigo, amigo sospechoso!
Tú me pusiste solo en un destierro,
De cuanto me podia dar tormento,
Y por tí á la alegría el paso cierro.
¿Cuantas veces me diste al pensamiento
Ocasiones de gloria, si yo osara
Valerme del honor de tu tormento?
Fuéme la suerte en lo mejor avara,
Sombras fuéron de bien las que yo tuve,
Oscuras sombras en la luz mas clara.
Ninguna en tantas penas que sostuve
Puso merecimiento al amor mio,
Cuando de merecer mas cerca estuve.
Acabe ya este grande desvarío,
O, pues no acaba, estas razones vanas,
Que sin provecho á quien no escucha envio.
Tus mudanzas, ¡o tiempo! soberanas,

Las cosas que revuelven y quebrantan,
Movibles, graves, firmes y livianas,
Me arrebatan el ánimo y levantan
De este cansado peso que contrasta,
Y en su diversa condicion me espantan.
La edad robusta huye apriesa y gasta
Las fuerzas; y se pierde la ufanía;
Y á tu furor ninguna fuerza basta,
¡Cuantas casas mostró el sereno dia
Alegres, que tu furia apresurada
Entristeció en la noche y sombra fria!
Venció vencida Troya, derribada
Se alzó, y en su ruina se postráron
Los muros de Micénas estimada.
Las vencedoras llamas abrasáron
Las altas torres, que labró Neptuno,
Y á Grecia sus cenizas acabáron.
El Africano ejército importuno
A España sepultó en sangriento lago,
Y libre su furor dejó á ninguno.
Mas roto sufre igual el duro estrago
Por la mano Española; y al fin siente
El hierro, no una vez, la gran Cartago.
Y el que en el patrio suelo estrechamente

Vivia oscuro, osado se aventura
Por el remoto golfo de Occidente :
  Y con volor igual á su ventura
Bravas gentes sujeta y fieros pechos,
Sin rendirse al temor de muerte oscura,
  Arcos y claros títulos estrechos
Son á su gloria inmensa ; pues él solo
Vence los grandes hechos con sus hechos.
  No descubre la luz del rojo Apolo
Tal vigor y osadía, y brazo fuerte,
En cuanto cerca en uno en otro polo.
  Tú, domador de toda humana suerte,
Al fin vences, abates su grandeza,
Y entregas á los brazos de la muerte.
  Tú ejercitas ahora la riqueza,
Las armas del soberbio Turco fiero,
Y del Persa el valor y fortaleza.
  Las celadas y escudos el ligero
Aráxes vuelve en ondas espumosas,
Del bravo Trace y Medo caballero.
  Osadas gentes, duras y sañosas,
A la ambicion de cuyo grande pecho,
Es pequeño el imperio de las cosas,
  Teñid en sangre el hierro, y el estrecho

Paso abrid, o crueles! á la muerte;
Vengad el daño á vuestras honras hecho.
No volvais la fiereza y brazo fuerte,
Y el furor de la ira no vencida,
Sobre nuestra desnuda y flaca suerte.
Que ya la gloria del valor perdida,
Nuestra virtud en ocio se remata;
Nuestra virtud que tanto fué temida.
Culpa de quien, pudiendo, la maltrata,
Y no le da lugar; ántes procura,
Que muera á manos de la envidia ingrata.
La ardiente Libia es triste sepultura
Del destruido reino Lusitano,
Y eterna pena á su fatal locura:
Bañado en noble sangre el Africano
Campo rebosa, y con dolor suspira,
Léjos Atlante, y Avila cercano.
El ímpio Cimbro osadamente aspira,
Y espera el cetro, y sin pavor seguro
A su marino claustro se retira.
El alto, fuerte, inespunable muro
Pasó la fuerza Hispana, y puso á tierra
Cuanto halló el furor del fuego oscuro.
Mas ¡o infame remate de tal guerra!

Reina el vencido, y el engaño tanto
Puede, que al mismo vencedor destierra.
¡Ó cuanto en vano se ha espendido! ¡o cuanto
Valor asconde aquel ingrato suelo,
Que al Turco de temor cubriera y llanto!
No ha visto, el que ve todo, inmenso cielo
Empresa de mayor atrevimiento,
Mas firme corazon y sin recelo.
Contumaz y cobarde movimiento,
Furor plebeyo, y desleal nobleza,
Indina de sufrir vital aliento,
¿Do está la fe, que á la real alteza
Debes? ¿á do huyó de tu memoria?
¿A do la religion y su firmeza?
¿Piensas ó esperas alcanzar victoria
Contra Dios? contra el Rey? ¡o intento ciego,
Digno de vituperio y no de gloria!
¡O como crias en tu pecho fuego,
Que ha de abrasar tu patria generosa,
Sin que esfuerzo te valga ó humilde ruego!
Cual soberbio turbion de la fragosa
Alcazar se despeña de Apenino,
Tal va contra tí España poderosa.
Apresurar el paso á su destino

Veo las cosas todas; y en mi pecho
Hacer los pensamientos un camino.
No puedo, aunque procuro á mi despecho
Librarme de ellos, y mal grado mio
Voy con ellos adonde el mal me han hecho.
Oso temiendo, y con el mal porfio,
Y tal vez la razon lugar me deja,
Contra mi ostinacion y desvarío.
Mas poco dura, porque al fin se aleja
En la ocasion que viene, y quedo ufano
De aquello, que debiera tener queja.
¡Quien pudiera traer siempre á la mano
De la razon la voluntad perdida,
Sin que temiera su ímpetu liviano!
Varias revueltas de confusa vida,
Dejadme respirar de mi deseo,
Dejadme ya curar esta herida:
Que todo cuanto pienso y cuanto veo,
Es dar aliento á la amorosa llama,
Dar vigor sin provecho al devaneo.
¡Dichoso aquel á quien jamas inflama
Vano amor, ambicion, y lo que adora,
Y teme el vulgo incierto siempre y ama!
Que el miedo y la esperanza engañadora

Con gran pecho seguro y sosegado
En todo trance doma, á cualquier hora.
Y de cuanto fatiga y da cuidado
A nuestros votos libre va, y paciente,
En todos los peligros no turbado.
Y no sufre su pecho ni consiente
Que algun liviano afecto le dé asalto,
Y ofenda su sosiego injustamente.
Antes mayor, mas glorioso y alto,
Que lo que alcanza fortaleza alguna
Se ve, y de ricos bienes ménos falto.
Firme y constante, sin temer fortuna,
Con mesurado curso va contino,
Y cualquier ocasion le es importuna.
No lo ve en el dudoso torbellino
De las cosas el dia estremo; pero
Dispuesto sí á seguille en su camino.
Nosotros, turba vil, con afan fiero
Puestos en desear y amar estamos,
Y en servir á este bien perecedero.
En mil casos presentes peligramos;
Y en pocas ó ninguna vez concede
Nuestra ruda ignorancia que huyamos.
Nuestro valor tan cortamente puede,

Que caemos de la alta pesadumbre
Y alzarnos casi nunca nos sucede.
El mira de la sacra excelsa cumbre
Los que erramos, y el gozo y vano intento
Desprecia con aguda y pura lumbre.
Soplo airado no bate el yerto asiento,
Del elevado Olimpo, si no alcanza
A su ensalzada cima el fiero viento.
Quien tan rastrera trae la esperanza
Desespere llegar á tal estado,
Que aunque tenga de sí mas confianza,
Al fin verá que en vano se ha cansado.

II.

Esta amorosa Luz serena y bella,
Que en el usado curso á la alma mia
Es eterno esplendor, y al cielo estrella:
Esta, que en sombra oscura, en claro dia
Con el inmenso ardor me abrasa el pecho,
Quedando toda en sí nevada y fria:
De mi dolor, del grande agravio hecho
Con su valor me paga, y aunque muero,
Me hallo en mi tormento satisfecho.
Amor me trajo el mal, y en él espero

Volver al bien perdido; y si esto niega,
El sentido acabó el dolor primero.
Sulco el áspero mar en noche ciega,
Siguiendo porfioso mi deseo,
Que sin pavor al piélago se entrega.
Yo, que al fin naufragar al triste veo
Entre las altas ondas, ¿qué esperanza
Buscar podré al temor con que peleo?
No procuro á mi daño seguranza
En la fortuna mia, ni pretendo
Mis cuitas mejorar en la mudanza.
Ni ya huyo, ni oso, ni defiendo
Mi alma del peligro, ni me escuso
Del mal, que en mi cercana muerte entiendo:
Todo para mi pena se dispuso,
Y lo debo, pues dí ocasion en ello,
Su flecha cuando amor al pecho puso.
Mi osado orgullo, y mi lozano cuello,
La razon y el gallardo pensamiento
Quedáron enredados de un cabello.
No siente en el insano, oscuro asiento,
Los cien brazos y cuerpo relazados,
Egeon, con sus nudos mas tormento.
Las trenzas de oro crespo, ensortijado,

Que, cual cometa ardiente, resplandecen
Esparcidas con arte, ó sin cuidado:
De quien las tersas hebras se enriquecen
Del radiante hijo de Latona,
Y en color y en belleza se engrandecen:
Juntas en ricos cercos y corona,
Entre lucientes piedras anudadas,
Do mi ímpio Rey alegre se corona,
En sus hermosas vueltas y sagradas
El corazon lleváron, y herido
Halló el error y muerte en sus lazadas.
De allí quedé sujeto, y sin sentido,
Sino para el dolor; y de alegría,
En cuanto amando viva, despedido.
Conmigo este mi afan y suerte mia
Temprano acabará con pena indina,
Que no dura en dolor luenga porfía,
Pues consiente mi excelsa luz divina
Que celebre la gloria de su nombre,
Y al cuerpo humano el fuego suyo afina;
Hacer sublime espero su renombre,
Y que en sus fines últimos la aurora,
Y el negro Melo y frio mar lo nombre.
Ensalce al verde lauro en voz canora

El tierno, dulce y amador Toscano
La belleza y el bien, que humilde honora.
Que yo canto, aunque el duro amor tirano
En mis entrañas fiero el ódio incita,
El valor de mi lumbre soberano.
Y si en mi pena y lástima infinita
Se me concede espacio de reposo,
Su memoria en el tiempo será escrita.
En tanto, á do alza Bétis deleitoso
Las verdes cañas, y la ovosa frente
Del puro vaso de cristal hermoso,
Y con llena, espumosa, alta corriente
Entra, donde Neptuno la ancha y honda
Ribera ocupa y ciñe de Occidente;
En la rica, dorada y fértil onda
Haré los sacros juegos en su gloria,
Y que el coro de Náyades responda.
Y al árbol generoso de vitoria
Rendirá el tierno mirto, aunque mi canto
Por sí no espera honrarse en tal memoria.
¡Cuantas veces reí del blando llanto
De Laso, cuyo igual no sufre España,
Ni tiene á quien venere y precie tanto!
Cualquier dolor de amor, qualquier hazaña,

Me pareció, y aquel temor fingido,
Que ahora siento bien su fuerza estraña.
Amor, que no comporta un atrevido
Y libertado pecho, el arco fiero
Torció, y al desarmar dió un gran sonido.
Pasóme el corazon, y con severo
Imperio me usurpó el dichoso estado,
En que ufano cuidé vivir primero.
Quedé siempre cautivo y sojuzgado
De tales dos estrellas, que en el cielo
A todas la beldad han despojado.
Y en la purpúrea red y rico velo
De la hermosa frente ví mi vida
Presa, sin esperar algun consuelo.
Mas tal bien, y tal honra ví ofrecida
A los trabajos mios, que contento
Justamente la dí por bien perdida.
De allí el soberbio y animoso intento
Oscuro de mi canto quedar pudo,
Que solo dió lugar á mi tormento:
Y aquel rayo de Júpiter sañudo,
Y los fieros Gigantes derribados,
Principio de mis versos grande y rudo;
Y el valor de Españoles, olvidados

Fincáron, que pudiéron en mi pena
Mas mis nuevos dolores y cuidados.
Entre armas, y entre hierro mal resuena
Cansado, el noble espíritu amoroso,
Del mal, que su sosiego desordena.
Dichoso, quien en verso generoso
Celebra las hazañas inmortales,
Y el vigor y el esfuerzo valeroso
O quien en las regiones celestiales
Termina el vuelo, y de su cumbre mira
La vanidad, y cosas de mortales.
Quien de una bella luz arde y suspira,
Quien se ve condenado al mal presente,
Que de su pensamiento no retira;
No puede contemplar al sol luciente,
Ni admirar la virtud, y el nombre ageno,
Que amor tanto reposo no consiente.
Basta el dolor, en que muriendo peno,
Si cabe esta memoria en el mal mio,
Y de mi gloria ausente el tiempo bueno.
Mas yo temo, que yace en horror frio
Que el ánimo es presago de su daño,
Del olvido; en que triste desconfio.
Fué siempre á mi deseo amor estraño,

Indució mi congoja y sentimiento,
Y me encubrió la sombra de mi engaño.
Mas pues que desconhorto el pensamiento,
O siga olvido, ó el desden me hiera,
Ya estoy hecho á cansar el sufrimiento.
Por do me lleva injusta suerte fiera,
Irán conmigo solos mis enojos,
Hasta el fin miserable que me espera.
Y siempre volveré los mustios ojos,
Donde quedó (y do yo quedar deseo)
Mi gloria, mi fortuna y mis despojos.
Si de ellos levantare algun trofeo
Mi luz, espero ver, que por ventura
Tierna se muestre, y mansa á mi deseo.
No es de roca engendrada alpestre y dura,
Es blanda y cortesmente piadosa,
Y causa mi pasion mi desventura.
En color de suave y pura rosa,
Dulces ojos y angélica armonía
Y noble trato, y gracia deleitosa
No reina crueldad; ni ser podria,
Que en celestial belleza se hallase
Deseo de la pena y muerte mia.
Si á los hondos estrechos me llevase

Amor del Indo Océano, ó perdido
En la Africana arena me abrasase;
Firme siempre estaria, no rendido;
Que en pecho, mas que fino diamante,
Está fijo el cuidado y esculpido.
Si puede ser, que Iperion levante
Primera luz de España, y que el corriente
Gánges no entre en el golfo resonante;
Esperar se podrá, que al pecho ardiente
Oprima el frio intenso de la nieve,
O mitigue su fuego vehemente.
La lluvia que en mi faz contino llueve,
Regalar puede bien el puro yelo,
Aunque apretar su fuerza aquilon pruebe.
Gracias humilde hago al alto cielo,
Que ya que me perdí en mi daño cierto,
Monstró en mi tiempo esta mi Estrella al suelo.
Amor, cuando el pesado cuerpo muerto
Mi espíritu dejare, á mi luz bella
Presenta mi peligro descubierto;
Que una lágrima puede sola de ella
Renovarme la gloria de la vida:
¡Dichosa, si tal bien hallase en ella!
En tanto que mi suerte aborrecida

Me aqueja, cantaré desamparado
Mi presente fortuna y la perdida,
De todas esperanzas apartado.

III.

Pues la Luz, que escogí por cierta guia,
Sombra oscura del cielo me defiende;
Llora conmigo, amor, la pena mia.
Ya sobre mi nubloso horror desciende,
Y me aflige la suerte, y rinde á llanto,
Que el fuego que me abrasa airado enciende.
En lágrimas deshago el triste canto,
Y en ellas ya deberia estar deshecho
El duro corazon, que sufre tanto.
¿Que áspera condicion de fiero pecho
En tan siniestro caso me levanta,
Y me tuerce á sufrir tan impio hecho?
¿Como explicar podré congoja tanta,
Si faltan las palabras, si el efeto
Triste el sentido mísero quebranta?
¿Que podré ya temer? ¿que tierno afeto
Habrá que ablande en parte mi dureza,
Pues vivo en tal dolor con mal secreto?
¿Quien me impide mirar la gran belleza,

El celéstial semblante y armonía
Que desterraban toda mi tristeza?
Ya para mí se ha escurecido el dia;
Y pues en las tinieblas me lamento,
Llora conmigo, amor, la pena mia.
El puro fuego, aquel divino aliento
Que en el blando y rendido pecho mio
Mi sol belló envió de su alto asiento,
Se altera con rigor en yelo frio,
Y acaba de la vida ya suspensa
La parte que estrenó mi desvarío.
Y la virtud de la álma y fuerza inmensa
Que me llevaba sin graveza al cielo,
Entorpecida está de nieve intensa.
Ya no pretendo yo encumbrar el vuelo
A algun favor, que estoy desconfiado,
Sin bien, oscuro y derribado al suelo.
Queda solo este bien á mi cuidado
Renovar con dolor esta memoria;
Amor, lloremos mi dichoso estado.
¿A do el favor antiguo? ¿á do la gloria
De mi pasado tiempo y venturoso?
¿A do tantos despojos y vitoria?
Collados altos, bosque deleitoso,

Fuente abundosa, y agradable puesto,
Testigos de mi bien y mi reposo;
¿A do las luces y el semblante honesto,
El oro en rico cerco recogido
Con bello error en torno ó descompuesto?
¿A do el coral lustroso y encendido,
Y el color dulce de suave rosa
Tiernamente tal vez descolorido?
¿A do la blanca mano y generosa
Que el yugo puso blandamente al cuello,
Y fué prenda á mi alma dolorosa?
¿A do el ardor luciente del cabello?
¿A do mas que marfil, y no tocada
Nieve del pecho tierno el candor bello?
¿A do la perfeccion, nunca imitada
De aquella imágen viva y hermosura
Con envidia de todas admirada?
¿Qué fuerza de astro, qué cruel ventura
Puede apartarme el bien de mi deseo?
De mi grave temor ¿quien me asegura?
En un mesmo lugar estó, y no veo
La luz que á el alma da virtud crecida,
Y pierdo el bien que siempre ver deseo.
¡Grande dolor! pero en cuitada vida

Bien lo debe abrazar, quien lo consiente,
Y sufre sustentar esta caida.
Si donde el sol se asconde de la gente,
O á do en rosado carro va á la Aurora
Con purpúreo celage y blanca frente,
Fortuna, de mi daño causadora,
Me llevase esta luz serena y bella
Que humilde reconozco por señora;
Aunque mil muertes me ofreciese en ella,
Por la tiniebla y claridad del dia
Buscando iria mi fatal estrella.
Y ahora una enemiga compañía
El paso al bien abierto me deshace;
Llora conmigo, amor, la pena mia.
En esta soledad me satisface
Cuanto es triste y á muchos insufrible,
Y todo extraño desconcierto aplace.
¿Quien espera en amor, si aborrecible
Su bien y su mal es en su mudanza,
Y cuanto mas alhaga mas terrible?
Si pudiese perderse la esperanza,
¡O cuan breve seria el ciego engaño
Que nace de amórosa confianza!
Porque descubriria el desengaño

Presente al cielo que mis cuitas mira
La vanidad y causa de su daño.
¡Mísero, quien estima y quien admira
Simple tan frágil fuerza, y olvidado
De sí su perdicion busca y suspira!
Pues yo ausente aun no estoy desesperado;
Para que no desmaye el dolor crudo,
Amor, lloremos mi dichoso estado.
Mis quejas oiga el ímpetu sañudo
De Vulturno, y las lleve resonando
Do Iperion asconde el rayo agudo.
Y traspase de allí el caliente bando,
Y la llena region de fria nieve,
Mi cuidado y dolor multiplicando.
Mi daño alcance quien sulcando debe
Abrir el hondo lago de Neptuno;
Y quien, o Marte, á tu furor se atreve.
Si se hallare desdichado álguno,
Que tuvo bien, y lo perdió, este puede,
Consuelo en mí tener mas oportuno.
Escrita mi infelice historia quede
En bronce; y llore de mi gloria muerta
Quejoso el mal, que á tanto bien sucede.
Si algun amante en esta parte incierta

Llegare, lleno de mortal fatiga,
Y con dolor herido, y cuita cierta;
Señale en esta arena, y mustio diga,
Aquí no entra quien no es desdichado,
Y aquí la suerte á todo afan obliga.
En tanto que se acerca el impio hado,
Y nos escucha esta ribera fria,
Lloremos, ojos, mi dichoso estado.
Llore Bétis los versos que me oia;
Y tú que no te ofendes de mis males
Llora conmigo, amor, la pena mia.
Las aves con sus cantos desiguales
Acompañan la voz de mi lamento,
Y de esta fuente rotos los cristales.
No es mi queja mayor que mi tormento,
Que el corazon que tengo es bien bastante
Para cualquier profundo sentimiento.
Mas este que padezco, va delante
A todos cuantos tiene el amor fiero,
Ni puede alguno ser su semejante.
Desconfio, aborrezco, amo, espero,
Y llega á tal extremo el desconcierto,
Que ya no sé si quiero ó si no quiero.
Testigo es de mis males el desierto

Que me ve en su desnuda y roja arena
Vencido de dolor y casi muerto.
Cándida Luna, que con luz serena
Oyes atentamente el llanto mio,
¿Has visto en otro amante otra igual pena?
Mírame en este solo y hondo rio
Lamentando mi mal con su ruido,
Y me cubre del cielo el manto frio.
Repara el carro instable á mi gemido;
Y pues amor tocó tu esento pecho,
Duélete de quien ama tan perdido.
Así el dormido jóven, satisfecho
Del hermoso fulgor de tu luz pura
Amancille jamas tu alegre pecho.
Pues de nieblas la faz rompiste oscura,
Para mirar el tiempo ufano y ledo,
Cuando pude esperar de mi ventura,
En este mal en que me vence el miedo,
Ofrece algun remedio á tanto daño;
Pues valerme en mis ansias nunca puedo.
Que en este mi infortunio y mal estraño
Por ventura la suerte ofreceria
Algun flaco reparo á tal engaño.
Mas pues Diana sigue su alta via,

Y acogida á mis lágrimas me niega,
Llora conmigo, amor, la pena mia.
Ya que mudanza á tanto mal no llega,
Y roto del mar negro en la onda fiera,
Cruel fortuna á lástimas me entrega;
De este sonante rio en la ribera,
Esperaré, si soy de tal bien dino,
Que mi esquiva pasion conmigo muera:
Y seré en esta tierra triste, indino
Ejemplo del dolor, que amor presenta
Al mas dichoso amante y mas mezquino.
Cubrirá mi sepulcro esta sedienta
Arena que el sol hiere en luengo dia,
Y un verso que declare así mi afrenta.
«Dió ausencia y soledad siendo su guia
A un mísero amador injusta muerte,
Amor que siempre fué en su compañía
Yace con él en una misma suerte.»

IV.

Bien debes asconder, sereno cielo,
Tus luces, y tejer de oscuro manto
En torno luengamente el ancho velo;
Y España deshacerse en mustio llanto,

Y volver en un triste sentimiento
Siempre la dulce voz, y alegre canto;
Y Bétis remover del hondo asiento
Negras ondas, creciendo el mar hinchado
El curso de su mísero lamento
Pues ¡oh dolor tarde temido! el hado
Pudo airado robar la luz hermosa
Al suelo eternamente despojado.
Perpetua sombra y niebla tenebrosa
Desconhorte los pechos espantados
De dureza tan áspera y llorosa.
Acábense con este los cuidados,
Las congojas antiguas, y el gemido
Por todos los sucesos desdichados.
El sol de hermosura esclarecido,
Rayo de la divina hermosura
Yace en fria tiniebla oscurecido.
Quien pudo ver la luz suave y pura,
Clarísima Eliodora, de tus ojos,
Nunca esperó tan grande desventura.
Las ricas hebras, lucidos manojos
De oro terso, sutil y ensortijado,
Son ya de muerte míseros despojos.
Vese el dulce color amortiguado,

Y sin vigor la bella y blanca frente,
Y queda el cuello apuesto derribado.
El blando trato, el corazon clemente,
La gracia generosa y cortesía,
La fe y modestia, y la virtud presente
Entrega un desdichado, y cruel dia
En duros brazos de la muerte fiera,
Cuando ménos al miedo se debia.
Esta engañosa vida lisongera
Desierta, y en confuso error perdida,
Despues de tanto mal ¿qué bien espera?
Con esta triste y última partida
Es dulce vida ya la amarga muerte,
Y amarga muerte ya la dulce vida.
Ningun caso tan áspero, ó tan fuerte
Estrago, y ningun ímpetu sañoso
Del cielo, que contrasta nuestra suerte,
Puede, aunque quebrantando proceloso,
Arranque gruesos muros bien trabados,
Y se confunda el orbe temeroso;
Rendir los corazones levantados;
Que el valor glorioso los alienta,
Entre peligros mil nunca turbados.
Mas esta, que enemiga se presenta,

Y deshace cruel con impía mano
La verde flor, indigna de esta afrenta
Al mas excelso pecho, y sobrehumano
Desnuda de la usada fortaleza,
Que contra su rigor se opone en vano.
Terrible mal, pero comun tristeza,
Que desbarata la ambicion profana,
Freno de vanas pompas y grandeza.
Contra esta furia, rígida tirana,
Solo finca un reparo no ofendido,
Que es la ardiente virtud y soberana.
Rompa el cielo, en mil rayos encendido,
Y con pavor horrísono cayendo,
Se despedaze en hórrido estampido.
Tal es, que este furor y horror tremendo,
Y cuanto conspirare por su daño,
Rendido ante ella quedará gimiendo.
Bien puede al hombre ciego y della estraño,
Enflaquecer; y su memoria injusta
Acabar del olvido en lento engaño.
Mas nunca podrá haber victoria justa
De quien se aparta, y singular contino
Sigue, y alcanza al bien con gloria augusta.
Dichoso aquel espíritu divino,

Que la alta frente descubrió seguro,
Sin temer el comun peligro indino.
Y al estrellado claustro y ardor puro
Encumbró el fácil vuelo en paz, purgado
De corteza mortal y error oscuro.
Si amor de la virtud jamas cansado,
Si piedad, si corazon honesto,
Si sufrimiento á penas enseñado;
Y si ánimo humillado, y bien dispuesto;
Si trabajos de inmenso sentimiento;
Si á santas obras pecho firme y puesto,
Pueden de este apartado y grave asiento
Colocarte, o sin par bella Eliodora,
En los giros de eterno movimiento;
Tú serás en el cielo nueva Aurora,
Antes luciente Sol, que muestre al dia
La riqueza y valor que en tí atesora.
Y cuando la desnuda noche fria
Oscurezca el fulgor, serás Lucero,
Que descubra en su horror serena via.
Y viendo el color tuyo verdadero,
Variado en la púrpura y la nieve
Y el oro, que igual nunca vió el Ibero;
Dirá, quien te mirare, si osar debe

En tanto mal, ingrato á tu belleza,
¿El ímpio hado á tanto bien se atreve?
Tú jamas descansaste en la estrecheza
Que tu alma ofendia, y padeciste
Dolor, y siempre afanes y tristeza.
No quiso el claro Olimpo, ni pudiste
Ya esperar mas trabajos, y dejaste
Alegre al cielo todo, á España triste.
Contigo arrebatado nos llevaste
El deseo de amor honesto y santo,
Con el que en nuestros pechos inflamaste.
Yo canté tu valor, y ahora canto
El premio merecido de tu gloria,
Aunque á la voz impide el tierno llanto:
Mas en mí no desmaya la memoria
De tu virtud, de quien el tibio olvido
Desespere ganar jamas vitoria;
Y veo, que es el llanto mal perdido;
Porque descansas libre ya, y segura,
Y la ocasion de mi dolor olvido.
No podia tu inmensa hermosura,
Tu valor, tu divino entendimiento
Contento sosegar en sombra oscura;
Y desdeñando, el duro ligamiento

Deslazaste, y en leve vuelo suelta
Pisas el cerco etéreo, y firme asiento.
Si puede renovarte alguna vuelta
La memoria del suelo despreciado,
En dichosa alegría y bien envuelta;
Da esfuerzo á este mi espíritu cuitado,
Para sufrir la acerba y luenga pena
De esta vida la lástima y cuidado,
Que ya de la esperanza se enagena
Ya su intento engañado y error siente,
Y en tormento molesto se condena.
Que en tu honra inclinado el Occidente
El frio Ebro, el Tajo caudaloso
Venerará este dia humildemente.
El Bétis, que contigo fué dichoso;
Pero ya desdichado que te pierde,
Y triste, y sin el ancho curso hondoso;
En medio de su fértil campo verde
Hará, que el coro todo se levante
De Ninfas, que con dulce voz concuerde;
Y metiendo en el piélago de Atlante
La frente por su abierto y hondo seno,
Con ímpetu estendido, resonante,
Dará ocasion, que el mar de peñas lleno,

Alce el canto en tu gloria, rodeando
Sus bandas, de otra alguna voz ageno.
Hasta que el claro son multiplicando
Entre volviendo el paso en el Egeo,
En el último Euxino reparando.
Y, si el cielo, presente á mi deseo,
No corta el hilo frágil de esta vida,
Y al canto aspira espíritu Febeo;
Espero, tu memoria esclarecida
Hacer insigne ejemplo de la fama,
Prenda solo á mis lágrimas debida.
Y quien oir pudiere de tu llama
Viva el puro esplendor, y la belleza,
Que, por cuanto el sol cerca, se derrama,
Culpará de sus hados la dureza
Que le negó admirar en este suelo
La luz excelsa de ínclita grandeza.
Alma dichosa, tú que al alto cielo
Enriqueces alegre, y gloriosa
Te cubres de purpúreo y sutil velo;
Vuelve á mirar á España lastimosa
En tu partida, que de bien ya agena,
Yace en terreno afecto congojosa.
Esta triste ribera, de afan llena,

Que vió desparecer su blanca Aurora,
Con mustio verso murmurando suena:
«La sublime y bellísima Eliodora,
Roto el cansado y grave peso frio,
Abrasada en la eterna luz que adora,
Es tutela del sacro Esperio rio.»

V.

¿Cual fiero ardor, cual encendida llama,
Que duramente me consume el pecho,
Por estas venas mias se derrama?
Abrasado ya estoy, ya estoy deshecho,
Cese, Amor, el rigor de mi tormento;
Basten los males, que en mi mal has hecho.
Este dolor, que nuevo siempre siento,
Esta llaga mortal, contino abierta;
Este grave y perpetuo sentimento;
Esta corta esperanza y siempre incierta;
Este vano deseo peligroso;
Esta fin de mis penas, muerte cierta;
Tal me tienen confuso y temeroso,
Y sin valor perdido y quebrantado,
Que ni aun huir de mis pasiones oso.
No es amor, es furor jamas cansado;

Rabia es, que despedaza mis entrañas,
Este eterno dolor de mi cuidado.
¿ Qué gran vitoria, amor, y qué hazañas,
Atravesar un corazon rendido,
Un corazon, que dulcemente engañas.
Ya que me tienes preso, y tan herido,
Que en mi pecho no hallas lugar sano,
No me acabes, cruel, en duro olvido.
Mi fe, y mi pensamiento soberano,
De mi grande osadía la nobleza,
No sufren, que me dejes de la mano.
Nací, para inflamarme en la pureza
De aquellas vivas luces, que al sagrado
Cielo ilustran con rayos de belleza.
Y de sus flechas todo traspasado,
Por gloria estimo mi quejosa pena;
Mi dolor por descanso regalado.
Tal es la dulce luz, que me condena
Al tormento, y tal es por suerte mia
De mi enemiga la beldad serena.
Mas aunque sin igual fué mi osadía
Y el mal, que sufro; por tu fuego juro,
Que contrastar no puedo á mi porfía.
Y cuanto en él mi corazon apuro

Y afino, tanto mas crece el deseo,
Y un temor, con que nunca me aseguro.
¿Quien me daria, amor, que el bien, que veo,
Gozase solo, y libre de recelo,
En aquella verdad, con que lo creo?
Que nunca mi ofensor, medroso zelo,
Que tan grave me aflige y desbarata,
Podria derribarme por el suelo.
¡Ay cuanto tu crueza me maltrata!
¡Ay cuanto puede en mí tu diestra airada,
Que contino me aviva, y siempre mata!
Bella señora, si mi voz cansada
Alcanza tanto bien, que no os ofende;
Oidla blandamente sosegada.
Luz de eterna belleza, en quien me enciende,
Y gasta amor, y en un lloroso rio
Vuelto, contra sus llamas me defiende;
Si os puede enternecer el dolor mio,
Comiencen á ablandaros mis enojos,
No deis ya mas lugar á mas desvio.
No me negueis esos divinos ojos,
Que todo en vos me han ya trasfigurado,
Llevándose consigo mis despojos.
Si ausente estoy de vos, muero cuitado,

Y vivo alegre, solo cuando os miro:
¡ Mas ay cuan poco duro en este estado !
Que cuando á verme en vos presente aspiro;
Mi enemiga fortuna no consiente,
Que falte causa al mal, por quien suspiro;
Y así estoy ante vos solo y ausente.

VI.

No bañes en el mar sagrado y cano,
Tu estrellada corona, noche oscura,
Antes de oir este amador ufano.
Y tú abriendo la húmida hondura,
Alza las verdes hebras de la frente,
De Náyades lozanas hermosura.
Aquí do el grande Bétis ve presente
La armada vencedora, que el Egeo
Con sangre coloró de Turca gente,
Quiero decir la gloria en que me veo;
Pero no cause envidia este bien mio
A quien aun no merece mi deseo.
Sosiega el curso tuyo insine rio,
Oye mi gloria, pues tambien oiste
Mis quejas en tu ondoso asiento frio.
Tu amaste, y como yo, tambien supiste,
Del mal dolerte; y celebrar la gloria

De los pequeños bienes que tuviste.
Corta será en mi bien la alegre historia
De mi favor, que corta es la alegría,
Que tiene algun lugar en mi memoria.
Cuando en el claro Cielo se desvía
Del sol luciente el alto carro apena,
Y casi igual espacio muestra el dia;
Con voz, que entre las perlas blanda suena
Teñida en puro ardor de fresca rosa,
De honesto miedo y tierno, y de amor llena,
Me dijo así la bella desdeñosa;
Que me negaba un tiempo la esperanza,
Sorda y dura á mi lástima llorosa;
Si por firmeza y dulce amar se alcanza
Premio de Amor, tener yo espero yo debo,
De los males, que sufro, mas holganza.
Mil veces, por no ser ingrata, pruebo
Vencer tu mucho amor, mas nunca puedo,
Que es mi pecho á sentillo rudo y nuevo.
Si en sufrir mas me vences, yo te excedo
En pura fe y afetos de terneza;
Vive, y confia osado amante y ledo.
No sé si oí, si fui de su belleza
Arrebatado, si perdí el sentido;
Sé que allí se perdió mi fortaleza.

Turbado dije al fin; por no haber sido
Este sublime bien de mi esperado,
Pienso, que debe ser (si es bien) fingido.
Señora, bien sabeis, que mi cuidado
Todo se ocupa en vos; que yo no siento,
Ni pienso, sino en verme mas penado.
Mayor es que el humano mi tormento,
Y al mayor mal igual esfuerzo tengo,
Igual con el trabajo el sufrimiento.
Las que por vos padezco, y que sostengo
Penas, me dan valor; y siempre crece
Mi fe, cuanto en mis males me entretengo.
No quiero concederos, que merece
Mi mal tal bien, que vos probeis el daño,
Mas ama, quien mas sufre y mas padece.
No es mi pecho tan rudo; ó tan estraño,
Que no sienta en el dulce afan primero,
Si en esto que dijistes, cabe engaño.
Armado un corazon de fuerte acero
Tengo para sufrir; y está mas fuerte,
Cuanto más el asalto es bravo y fiero.
Dióme el Cielo la causa de esta suerte.
Y yo la procuré, y hallé el camino,
Para poder honrarme con mi muerte.

Lo que mas entre nos pasó, no es dino,
Noche, de oir el Austro presuroso,
Ni el viento, de tus lechos mas vecino.
Mete en el ancho piélago espumoso
Tus luengas trenzas negras y semblante;
Que en tanto, que tu yaces en reposo,
Podrá Amor darme gloria semejante.

VII.

En tanto que el furor del seco estío
Arde, y deja de sombra ya desierto
Cuanto de Bétis parte el hondo rio;
Vos en sosiego, y en seguro puerto
Vivis, Luz de Cabrera, descansado,
De los peligros de este mar incierto.
No os turba el corazon grave cuidado,
Ni la molestia y desigual tristeza,
Ni un trabajo con otro encadenado.
De la ambicion el fasto, y la grandeza
No os cansa; que sabeis cuan poco dura
En cosas tan caducas la firmeza.
Lo que el vulgo confuso ama, y procura,
Huis, y en las tinieblas veis la lumbre,
Que la virtud descubre en su faz pura.

Subiendo su alta, y su difícil cumbre,
Mirais abajo tanto error, y engaño
De la ignorante y ciega muchedumbre.
Y apartando del cierto bien el daño,
Mostrais no haber gastado vanamente
El tiempo, causador del desengaño.
Y cuando el ocio algun lugar consiente,
Con vuestra bella esposa recogido,
Vuestro pasado amor haceis presente.
Y en su dulce memoria entretenido,
Referis con señales de alegría
Cuando por ella os vistes mas perdido.
Y satisfecho bendecis el dia,
Que posesor os hizo en ledo estado
Del bien, que en esperanza os ofendia.
Mas yo mísero amante, enagenado
De mí, siempre rendido, y temeroso,
En frágil tabla corto el mar turbado.
Sólo, sin esperanza, sospechoso,
Seguido de un perpetuo descontento,
Nunca en mi mal admito algun reposo.
Cuando quise perderme en mi tormento,
Fuera acabar la vida mejor suerte,
Que abrazar un eterno sentimiento.

Mas mi hado no quiere, que yo acierte
A huir los peligros; y me obliga
A padecer viviendo inmortal muerte.
Yo ví, no sé si será bien que diga,
O si calle mi mal; yo ví mezquino
Mi dulce y hermosisima enemiga.
Yo otras veces la ví, y perdí contino,
Temiendo mi dolor, aquella gloria
Debida solo á espíritu divino.
Mas esta vez que comenzó la historia
Prolija, y no acabada de mi pena,
Su imágen pintó Amor en mi memoria.
Aunque la mortal suerte no es tan llena
De bien, que alcance el nombre soberano,
De esta mi pura y celestial Sirena;
Mi pecho, que sufrió de Amor tirano
Los mas bravos asaltos, y dureza,
Y mereció mas honra que hombre humano;
Cuando atento notó la gran belleza,
Las luces, donde amor solo respira,
Y del color suave la pureza.
Cual mariposa, que á perderse aspira
En la llama, corriendo con engaño
Al dulce fucilar, que en ella mira;

Tal se arrojó, mas cierto de mi daño,
A consumirme en este sacro fuego,
Y aunque veo mi mal, en él me engaño.
Mas ¡o deseo mio vano y ciego!
¿Porqué me hacer renovar memorias,
Que no me sufren consentir sosiego?
Amor, en tus despojos y vitorias.
Cuenta esta mia, y cuenta juntamente
Esta gloria mayor entre tus glorias.
Si yo pensaba descansar ausente,
Y libre de mis males acabados,
El breve curso de esta edad presente;
Ya estoy con nuevas penas y cuidados
Sujeto, derribado, y tan rendido,
Que soy solo entre amantes desdichados
¡Pero cuanto es mejor ser yo perdido,
Y lamentar por ello; que contento
Ser de alguna jamas favorecido!
Amor, inspira en mí el divino aliento,
Para dejar perpetuo en letras de oro
Su valor, mi firmeza, y mi tormento.
Que en cuanto baña, y cerca el seno Moro,
Y el Indo riega, y el Danubio frio,
El nombre eterno irá, que siempre honoro.

Y el caudaloso y rico Bétis mio,
De verde sauz la frente coronado,
Humillará á su voz el grande rio.
Y cuando por ventura mi cuidado
Pudiere relajar de tanta pena,
Que me fatiga el corazon cansado,
Diré : Dulce y bellísima sirena,
Cuya suave voz, y tierno canto
Con celeste armonía espira y suena ;
Si puede mi tormento valer tanto,
Que satisfaga en parte mi osadía,
Yo á padecer me obligo siempre en llanto.
Pero sufrid, que piense la alma mia,
Por haberse ofrecido á vuestra alteza,
Que merece perderse en su porfía.
No condeneis ingrata su firmeza
En sombra del olvido, y desdeñosa
Su vuelo no turbeis con aspereza.
Sed, pues tan bella sois, sed piadosa;
Porque bien debe ser favorecido,
Quien en tan alta empresa espera, y osa.
Y en honra de mis males busco y pido
Solo una corta muestra de esperanza,
De ser perpetuamente mas perdido.

Que en mi fortuna injusta la bonanza
No procuro, ni atiendo; Y solo quiero,
Que mi pasion no alivie la mudanza.
Otras cosas diria; mas el fiero
Dolor me aqueja tanto, que cuitado
De todo mi remedio desespero.
Vos, que sabeis, cuan mal este cuidado
Puede arrancarse de un vencido pecho,
Con inmortales luces enlazado;
Vivid, de vuestro estado satisfecho,
Con la bella Isabela dulcemente
En yugo honesto con blandura estrecho.
Yo, pues mi dura suerte no consiente,
Que pueda descansar de mi querella,
Solo sin esperanza, firme, ausente,
Seguiré siempre, mi cruel estrella.

ÉGLOGA VENATORIA.

De aljaba y arco, tú Diana armada,
Que por el monte umbroso y estendido
Fatigas á las fieras presurosa,
Huye del alto Ladmo, desdichada,
Donde tu cazador duerme ascondido;

264178

Que ya otra cazadora mas hermosa
Persigue impetuosa
Al jabalí espumoso y enojado;
Que ya otra mas hermosa cazadora
Al ciervo sigue ahora.
Si Endimion la viere, tu cuidado,
Venciendo de las fieras la braveza,
Te dejara por ella con tristeza,
A Endimion no dejes tú, Diana,
Queda con él, no siga al amor mio:
Tu amor, Endimion, esté contigo;
En la callada noche, en la mañana,
Al sol ardiente, al importuno frio
Mi dulce cazadora esté conmigo:
Este bosque es testigo,
Cuantas veces la llamo, y busco en vano,
La aurora me oye sola sin su amante,
Y se ofrece delante,
Cuando espera las fieras en lo llano,
Suspira ella su amor, yo lloro el mio,
Si al monte mira, yo á mi valle y rio.
Hermosa cazadora, que has llevado
Del frio bosque mi herido pecho,
Con el cabello de oro suelto al viento,

Y de flores y rosas coronado;
¿ Eres Napea de este valle estrecho,
Que alcanza con ligero movimiento,
Al jabalí sediento,
Y del ciervo la planta voladora?
Que tu paso, tu voz y tu belleza,
Mas que mortal grandeza
Descubre á tu Melanio que te adora:
Tal va Cintia con trage soberano,
Y enciende en fuego al amador Silvano.
¿ Qué Dios, o Clearista, te ha ofrecido
A mis ojos, corriendo yo una fiera
Sin cuidado de amor, y vista luego
Te me llevó, dejándome perdido,
Porque en llama inmortal ardiendo muera?
De tus luces probó el tirano fuego
Con mi daño su fuego.
Mas tú habites el bosque oscuro y prado,
O la tendida selva de este rio,
Jamas del pecho mio
Se apartará el amor que me ha abrasado:
El bosque y prado del amor testigo,
A amarte aprenderán tambien conmigo.
O la ligera garza levantando

Mire al halcon veloce y atrevido,
O espere el jabalí cerdoso y fiero,
O la aura entre los árboles gozando,
Con silencio y voz muda lo ascondido
Del pecho solo lloraré primero,
El dolor en que muero.
Sin tí el veloz caballo, el rayo ardiente
Del imitado trueno, y la sabrosa
Caza me es enojosa,
Pues tú me dejas mísero y doliente;
Todo me agradará y será mi gloria
Si vuelves, y de mí tienes memoria.
¿Porqué huyes y quieres que sin lumbre
En estas breñas muera con tormento,
Y no miras tu amante que te llama?
Baja de esa fragosa y alta cumbre,
Que segun el ruido grave siento,
Por entre una y otra espesa rama
Que las hojas derrama,
Un feroz jabalí se ha recogido:
Con el arco en la blanca y tierna mano
Baja, que ántes que al llano
Llegues, atravesado y estendido
De mi venablo, y muerto, la espumosa

Cabeza llevarás victoriosa.
No fies, Clearista, en tu belleza
Que vendrá el dia en que las hebras de oro
Mude la edad ligera en blanca plata.
Antes muera que vea tu tristeza:
¿ Mas para qué suspiro triste y lloro
Por quien á mis querellas es ingrata?
¿ Si tu dureza mata,
A quien te sigue, aquel que te aborrece
Qué pena habrá que iguale con su culpa?
¿ Pero quien no te culpa
Pues sigo solo el mal que se me ofrece?
Suspenso en el amor y en el deseo
Al fin doy en un ciego devaneo.
Mas vos, amores rojos, dulcemente
Dejad las ondas claras de Citera,
Y á mi Ninfa herid con vuestra llama;
Que su hermosa flor perder no siente,
Sin fruto, inútil, en la edad primera.
Y tú, Latonia, pues amor te inflama
Cuando el monte te llama
Por el dormido amante, y ya el tormento
Conoces del amor; si he venerado
Tus aras, y colgado

Del jabalí terrible y violento
Lá alta frente y del ciervo la ramosa;
Muéstrate á mis dolores piadosa.
Si contigo viviera, Ninfa mia,
En esta selva tu sútil cabello
Adornara de rosas, y cogiera
Las frutas varias en el nuevo dia,
Las blancas plumas del gallardo cuello
De la garza ofreciendo, y te trajera
De la silvestre fiera
Los despojos, contigo recostado,
Y á la sombra cantando tu belleza,
Y en la verde corteza
De la frondosa encina, mi cuidado
Entendiendo conmigo, lo leyeras,
Y sobre mí las flores esparcieras.
¡ Ah cuantas veces entre aquéste juego
A tu cuello los brazos rodeara,
Y en tus ojos mis ojos encendiendo,
Cuando mas descuidada de mi fuego
A tu boca el espíritu robara
Mi espíritu en el tuyo convirtiendo,
Dulcemente muriendo!
Esto preciara mas que ver el vuelo

Del halcon, mas que dar de un golpe muerte
Al jabalí mas fuerte,
O alcanzar por el ancho y largo suelo
Junto al agua herído y sin aliento
El ciervo que atras deja el presto viento.
No dudes, ven conmigo, Ninfa mia:
Yo no soy feo aunque mi altiva frente
No se muestra á la tuya semejante;
Mas tengo amor, y fuerza, y osadía,
Y tengo parecer de hombre valiente,
Que al cazador conviene este semblante
Robusto y arrogante:
Irémos á la fuente, al dulce frio,
Y en blando sueño puestos al ruido
Del murmurio esparcido
Del agua, tú en mis brazos, amor mio,
Y yo en los tuyos blancos y hermosos,
A los Faunos haria envidiosos.
Mas si te agrada; y¡ oh si te agradase!
Ven conmigo á esta sombra do resuena
La aura en los ciclamores revestidos
De yedra, do se vió jamas que entrase
Alzado el sol con luz ardiente y llena.
Aqui hay álamos verdes y crecidos,

Y los pobos floridos,
Y el fresco prado riega la alta fuente,
Con murmurio suave y sosegado:
Aquí el tiempo templado
Te convida á huir el sol caliente:
Ven, Clearista, ven ya, Ninfa mia
Este prado te llama, y fuente fria.

IDILIO.

El sol del alto cerco descendia,
Y el paso lentamente apresuraba,
Y no espiraba la aura mansa y fria;
Cuando suspenso el curso, con que lava
El sacro muro, honor de Esperia y fama,
Bétis la frente ovosa triste alzaba.
No viendo la cruel por quien derrama
Mil suspiros lloroso, en voz agena
Dijo, ardiendo de amor en fiera llama:
¿A donde estás? escucha de mi pena
La fuerza, que en tu ausencia reverdece,
Y á mayor mal me obliga y me condena.
Ven, Ninfa, adonde el ciclamor florece,
Que en la entrepuesta yedra está sombrío,
Y do, al timble igualando el pobo crece:

Que todo cuanto abraza este gran rio
Es mio, y será tuyo, si tú vienes.
Ven, ven, o Galatea, al llanto mio,
Qué tardas? ¿porqué, ingrata, te detienes?
No canses mi esperanza, que afligida
Penando en confusion y en miedo tienes.
Una guirnalda guardo retejida
De siempre ardientes rosas, blancas flores,
Y de violas blandas esparcida,
Que enlazada en tu frente con olores
Que cria el Oriente fortunado
Encenderás los sátiros de amores.
Cubrirá de ostro asirio un estimado
Y rico manto el cuerpo bello y puro,
Envidia de las Naides y cuidado.
Consagraré á tu nombre un bosque oscuro
Con empinados árboles tendido,
Que nunca ose cortar el hierro duro.
Mas esto, Galatea, si rendido
No ha tu altivo corazon, yo quiero
Prometer otro don mas escogido.
Las torres que el Tebano alzó primero
Mira á quien la cerúlea y alta fuente

[el curso inclina el mar de Atlante fiero;
Do vibra la asta Marte, que caliente
lañó en la sangre Maura, y lleno de ira
'one á la Aurora el yugo y á Occidente.
Donde valor, virtud el cielo inspira,
a grandeza el imperio glorioso,
' felice fortuna siempre aspira.
En estos dará Febo poderoso
. sublimes espirtus noble aliento
'on industria y cuidado generoso.
Habrá quien cante humilde su tormento,
'uien belígero horror y aguda espada,
' quien el dulce y rústico lamento.
Que aunque tú de pastores celebrada
eas en Aretusa y Mincio frio,
' del lascivo Sulmones cantada;
Si atiendes á su alegre desvarío
e agradará en mis brazos blandamente
u canto que suspira el dolor mio.
Ven pues, ven, Galatea; que el ardiente
'alor á estas mis ondas te convida,
'empladas con el zéfiro presente,
Y en la secreta urna y ascondida

Tratarémos de amor suave y blando,
Sin nunca desear mas dulce vida.
Cantando yo, tú ayudarás sonando,
Y la zampoña y canto confundido
Con lazo estrecho al fin irá cesando.
¡ Dichoso yo, si alcanzo lo que pido!
Que si lo alcanzaré, pues tu deseo
No aborrece los juegos de Cupido.
Aunque á la Siracusia Ninfa Alfeo
Busque, y con Ilia el Tebro venturoso
Y esté con Tiro el hórrido Enipeo;
Ensalzaré yo el curso espacioso
Con puras ondas, esmaltado y lleno
De esmeraldas el suelo deleitoso.
Y el vaso de cristal y el claro seno
Coronaré con oro y perlas bellas,
La aura esparciendo espíritu sereno.
Infundirán propicias tus estrellas
Virtud al campo alegre y flor hermosa,
Y arderé yo inflamado en sus centellas.
¿ Qué lira habrá, qué cítara llorosa,
Que no se rinda, humilde, y dé la gloria?
¿ Qué silvestre zampoña y amorosa?

Será eterna y sagrada tu memoria
En cuanto ciña el mar, y Cintio vea;
Pues das al amor mio esta victoria,
Mi dulce, bella, amada Galatea.

POESIAS ESCOGIDAS

DE

FRANCISCO DE RIOJA.

NOTICIAS

DE

FRANCISCO DE RIOJA.

Francisco de Rioja, Sevillano, fué Racionero de la Iglesia de Sevilla, Inquisidor en la Suprema, y grande amigo del conde duque de Olivares, murió en 1659, de edad, segun se dice, muy avanzada. Igual en talento á Herrera, y superior en gusto hubiera fijado sin duda los verdaderos límites entre la lengua prosaica y la poética, si hubiese escrito mas, ó se conservasen sus composiciones. ¿Como es posible que un hombre de tan grande

ingenio, y que vivió tantos años, no escribiese mas que una cancion, una epístola, trece silvas y unos cuantos sonetos? Mas fácil de creer es que sus escritos se perdiesen en las diferentes vicisitudes que tuvo su vida, ó yazcan olvidados entre los muchos monumentos literarios, que entre nosotros luchan todavía con el polvo y los gusanos. Lo poco suyo que ha quedado es suficiente sin embargo á darnos idea de su carácter poético, sobresaliente entre los otros por la nobleza y serenidad de la sentencia, por la fuerza y vehemencia de su entusiasmo y su fantasía, y por la excelencia del estilo que es siempre culto sin afectacion, elegante sin nimiedad, sin hinchazon grandioso, y

adornado y rico sin ostentacion ni aparato. Un mérito que le distingue particularmente, es el acierto con que construye sus periodos, los cuales ni dan en secos por la brevedad, ni se arrastran penosamente por lo prolijos; defecto frecuente y grande en los mas de nuestros poetas, cuyas cláusulas, no bien distribuidas, fatigan el aliento cuando se recitan. Bien sé que aun en estas pocas composiciones hay resabios del prosaismo de los poetas del siglo XVI, y del falso oropel de los del siguiente; pero ademas de que son rarísimos, debe tenerse presente que no limó él ni dispuso estos versos para publicarles, disculpa bastante de mayores yerros. Por mucha importancia que se les quiera dar,

no podrán quitar la primacia que gozan entre nuestros tesoros poéticos las delicadas silvas á las flores, la magnífica cancion á las ruinas de Itálica, y la casi perfecta epístola moral á Fabio.

POESIAS ESCOGIDAS

DE

FRANCISCO DE RIOJA.

SILVAS.

I.

A LA ROSA.

Pura, encendida rosa,
Emula de la llama
Que sale con el dia,
¿Como naces tan llena de alegria,
Si sabes que la edad, que te da el cielo,
Es apénas un breve y veloz vuelo?
Y no valdrán las puntas de tu rama,
Ni tu púrpura hermosa,
A detener un punto
La execucion del hado presurosa.
El mismo cerco alado,
Que estoy viendo riente,
Ya temo amortiguado,

Presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
Te dió amor de sus alas blandas plumas,
Y oro de su cabello dió á tu frente.
¡O fiel imágen suya peregrina!
Bañóte en su color, sangre divina,
De la deidad que diéron las espumas.
¿Y esto, purpúrea flor, esto no pudo
Hacer ménos violento al rayo agudo?
Róbate en una hora,
Róbate licencioso su ardimiento
El color y el aliento:
Tiendes aun no las alas abrasadas,
Y ya vuelan al suelo desmayadas:
Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora,
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

II.

AL CLAVEL.

A tí, clavel ardiente,
Envidia de la llama y de la aurora,

Miró al nacer mas blandamente Flora:
Color te dió excelente,
Y del año las horas mas suaves.
Cuando á la excelsa cumbre de Moncayo.
Rompe luciente sol las canas nieves
Con mas caliente rayo,
Tiendes igual las hojas abrasadas;
¿Mas quien sabe, si á Flora el color debes,
Cuando debas las horas mas templadas?
Amor, Amor sin duda dulcemente
Te bañó de su llama refulgente,
Y te dió el puro aliento soberano:
Que eres, flor encendida,
Pública admiracion de la belleza,
Lustre y ornato á pura y blanca mano,
Y ornato, lustre y vida
Al mas hermoso pelo
Que corona nevada y tersa frente;
Sola merced de amor, no de suprema
Otra deidad alguna.
¡O flor de alta fortuna!
Cuantas veces te miro
Entre los admirables lazos de oro,
Por quien lloro y suspiro,

Por quien suspiro y lloro,
En envidia y amor junto me enciendo.
Si forman por la pura nieve y rosa,
Diré mejor por el luciente cielo
Las dulces hebras amoroso velo;
Quedas, clavel, en cárcel amorosa
Con gloria peregrina aprisionado.
Si al dulce labio llegas que provoca
A suave deleite al mas helado;
Luego que tu encendido seno toca,
A tu color sangriento
Vuelves ay, o dolor! mas abrasado.
¿Dióte Naturaleza sentimiento?
¡O yo dichoso á habérseme negado!
Hable mas de tu olor y de el fuego
Aquel, á quien envidias de favores
No alteran el sosiego.

III.

AL JAZMIN.

¡O en pura nieve y púrpura bañado,
Jazmin, gloria y honor del seco Estío!
¿Cual habrá tan ilustre entre las flores,

Hermosa flor que competir presuma
Con tu fragante espíritu y colores?
Tuyo es el principado
Entre el copioso número que pinta
Con su pincel y con su varia tinta
El florido verano.
Naciste entre la espuma
De las ondas sonantes
Que blandas rompe y tiende el Ponto en Chio:
Y quizá te formó suprema mano,
Como á Vénus tambien de su rocio;
Y si no es rumor vano
La misma blanca diosa de Citera,
Cuando del mar salió la vez primera,
Por do en la espuma el blando pie estampaba
De la playa arenosa
Albos jazminès daba;
Y de la tersa nieve y de la rosa,
Que el tierno pie ocupaba,
Fiel copia apareció en tan breves hojas.
La dulce flor de su divino aliento
Liberal escondió en tu cerco alado:
Hizo inmortal en el verdor tu planta,
El soplo la respeta mas violento,

Que impele vuelto en nieve el cierzo frio,
Y la luz mas flamante,
Que Apolo esparce altivo y arrogante.
Si de suave olor despoja ardiente
La blanca flor divina,
Y amenaza á su cuello y á su frente
Cierta y veloz ruina,
Nunca tan licenciosa se adelanta
Que al incansable suceder se opone
De la nevada copia,
Que siempre al mayor sol igual florece,
E igual al mayor hielo resplandece.
¡O jazmin glorioso!
Tú solo eres cuidado deleitoso
De la sin par hermosa Citerea,
Y tú tambien su imágen peregrina.
Tu cándida pureza
Es mas de mí estimada,
Por nueva emulacion de la belleza
De la altiva luz mia,
Que por obra sagrada
De la rosada planta de Dione:
A tu excelsa blancura
Admiracion se debe,

Por imitar de su color la nieve,
Y á tus perfiles rojos,
Por emular los cercos de sus ojos.
Cuando renace el dia
Fogoso en Oriente,
Y con color medroso en Occidente,
De la espantable sombra se desvía,
Y el dulce olor te vuelve
Que apaga el frio, y que el calor resuelve;
Al espiritu tuyo
Ninguno habrá que iguale:
Porque entónces imitas
Al puro olor que de sus labios sale.
Oh! corona mis sienes,
Flor, que al olvido de mi luz previenes.

IV.

A LA ARREBOLERA.

Tristes horas y pocas
Dió á tu vivir el cielo;
Y tú á su eterna ley mal obediente
A no fáciles iras lo provocas:
Alzas la tierna frente,

¿Diré en llama ó en púrpura bañada?
De la gran sombra en el oscuro velo;
Y mustia, y encogida, y desmayada
Llegas á ver del dia
La blanca luz rosada;
Tan poco se desvía
De tu nacer la muerte arrebatada.
Si es, pues, de alto decreto,
Que el tiempo breve de tu edad incluyas
En solo el cerco de una noche fria,
¿Qué te valdrá que huyas
Con ambicioso afecto
De acrecentar instantes á la vida?
No inquietes atrevida
El cano seno á los profundos mares,
Que por ventura negarán camino
En daño tuyo á tu serrado pino:
Y en vez de la acogida,
Que en las pardas entrañas
Hallaste siempre de la tierra dura
Hallarás en sus aguas sepultura.
Dime: ¿cual necio ardor te solicita
Por ver de Apolo el refulgente rayo?
¿Qué flor de las que en larga copia el Mayo

Vierte, su grave incendio no marchita?
¡O como es error vano,
Fatigarse por ver los resplandores
De un ardiente tirano,
Que impío roba á las flores
El lustre, y el aliento, y los colores!
Y tú admirable, y vaga,
Dulce honor y cuidado de la noche,
Si la llama y color el sol te apaga,
¿Cual mayor dicha tuya
Que el tiempo de tu edad tan veloz huya?
No es mas el luengo curso de los años
Que un espacioso número de daños.
Si vives breves horas,
¡O cuantas glorias tienes!
Tú las divinas sienes
Ciñes de la callada noche obscura,
Y no una vez ofrece á las auroras
La soñolienta Diosa
De tus colores bellos
Tintas para su frente y sus cabellos.
Deja el mar, ambiciosa,
Que por tu errar inmenso y dilatado
No añadirá fortuna

Hora á tu edad alguna,
Ni por mudar lugar tan apartado
Que otro sol le visite y otra luna.
Y pasa en ocio y paz aventurada,
De tu vivir el tiempo obscuro y breve,
Esperando aquel último desmayo
A quien tu luz y púrpura se debe.

V.

AL VERANO.

Fonseca, ya las horas
Del invierno aterido,
Aunque tarde, se fuéron,
Y su vez agradable permitiéron
Al zéfiro florido.
Ya el verano risueño
Nos descubre su frente,
De rosas de púrpura ceñido:
Remite el aire el desabrido ceño,
Y el sol libra sus rayos
De las nubes obscuras;
Y con luces mas vivas y mas puras,
Regalando las nieves,

Al blando pie de los parados rios,
Las prisiones de hielo alegre quita,
Y su antiguo correr les solicita.
Viste de yerba el suelo,
Y de verdor lozano
Frentes que desnudara el cierzo cano.
En la copia de flores que aparece
Por los troncos desnudos,
Que rara y breve hoja cubre apénas,
Esperanzas ofrece
Del rústico al sudor, premio mal cierto,
Bien que sabroso engaño,
De los frutos que espera
En el copioso ramo, y en la era.
La pesadumbre líquida no crece
Con el furor de los obscuros vientos
Que ásperos la levantan y remueven
De sus hondos asientos,
Mas ántes ya serena y blanda gime,
Con el peso de máquinas aladas,
Que su tranquila y lisa frente oprime.
Filomena con voces acordadas
Se oye sonar en los confusos senos
De ramas intrincadas,

Y en los prados amenos.
¡O, como es el verano
Tiempo el mas genial y mas humano,
Que otro alguno que da el volver del cielo!
¡O cual número y cuanto trae de flores!
¡O cual admiracion en sus colores!
De la imágen de amor, ardiente rosa,
Las encendidas alas
Que fuéron ya de sus espinas galas,
Con el color, con el olor divino
Son lustre y ornamento al blanco lino
Do al gusto se ministra, coronando
La mesa regalada,
Y fruta sazonada,
Con el puro rocío blanqueando.
¡Pues cual parece el búcaro sangriento
De flores esparcido,
Y el cristal veneciano,
A quien la agua de helada
La tersa frente le dejó empañada!
¿A cual vaga lazada de oro crespo,
A cual púrpura y nieve
Por do las gracias y el amor se mueve,
No aumentó hermosura peregrina

Alguna flor divina?
¡ O florido verano!
Si á mi afeto se debe,
Camina á lento paso;
Deja el volar, deja el volar ligero,
Para tiempo mas triste y mas severo,
Tú candido y suave, y blando espira,
Y tarde te retira.
Pero sordo y difícil á mi ruego,
Veloz pasas volando,
Al humano linage amonestando,
Viendo las rosas que tu aliento cría
Como nacen y mueren en un dia,
Que las humanas cosas,
Cuanto con mas belleza resplandecen,
Mas presto desvanecen.
¡ Y, tú, la edad no miras de las rosas!
Arde, Fonseca, en el divino fuego,
Qué dulcemente engaña tu cuidado:
Toma ejemplo del tiempo que nos huye,
Y en sus flores de tardos nos arguye,
Y no dejes pasar en ocio un punto;
Que tan excelsa llama
A nueva gloria y resplandor te llama.

¿Y sabes si á este dia claro y puro
Otro podrás contar ledo y seguro;
O si del bello incendio que te apura
Ha de lucir eterna la hermosura?

VI.

A LA RIQUEZA.

¡O mal seguro bien! ¡o cuidadosa
Riqueza, y como á sombra de alegría,
Y de sosiego engañas!
El que vela en tu alcance, y se desvía
Del pobre estado, y la quietud dichosa;
Ocio y seguridad pretende en vano.
Pues tras el luengo errar de agua y montañas,
Cuando el metal precioso coja á mano,
No ha de ver sin cuidado abrir el dia.
No sin causa los Dioses te escondiéron
En las entrañas de la tierra dura:
¿Mas qué halló difícil y encubierto
La sedienta codicia?
Turbó la paz segura,
Con que en la antigua selva floreciéron
El abeto y el pino,

Y trájolos al puerto
Y por campos de mar les dió camino.
Abrióse el mar, y abrióse
Altamente la tierra,
Y saliste del centro al aire claro,
Hija de la avaricia,
A hacer á los hombres cruda guerra.
Saliste tú, y perdióse
La piedad que no habita en pecho avaro.
Tantos daños, riqueza,
Han venido contigo á los mortales,
Que aun cuando los pagamos á la muerte,
No cesan nuestros males:
Pues el cadáver que acompaña el oro
O el costoso vestido,
Solo por opulento es perseguido,
Y el último descanso y el reposo,
Que tuviera en pobreza, le es negado,
Siendo de su sepulcro conmovido.
¡A cuantos armó el oro de crueza!
¡Y á cuantos ha dejado
En el último trance! O dura suerte!
Pierde su flor la virginal pureza
Por tí, y vese manchado

Con adúltero el lecho no esperado.
Al ménos animoso
Para que te posea,
Das, riqueza, ardimiento licencioso.
Ninguno hay que se vea
Por tí tan abastado y poderoso,
Que carezca de miedo.
¿Qué cosa habrá de males tan cercada,
Pues ora pretendida, ora alcanzada,
Y aun estando en deseos,
Pena ocultan tus ciegos devaneos?
Pero cánsome en vano, decir puedo,
Que si sombras de bien en ti se vieran,
Los inmortales Dioses te tuvieran.

VII.

A LA TRANQUILIDAD.

Ocio á los Dioses pide
Pálido, con helada voz é incierta,
El que en mal firme nave
Aspero mira el campo del Egeo:
Y aquel, que apénas con el peso grave
De las armas respira,

Cuando el metal horrendo envuelto en humo,
Hierro ó plomo despide;
Y el que entre el fuego y el furor no acierta
A hacer en el ocio de sí empleo,
Lo huelga frecuentar con el deseo.
Yo, pues, ¡ cuanto me engaño, si presumo
Entre el polvo, que vuelto en llama espira
El hueco bronce, ó entre turbias olas,
Ocio hallar en frágil leño ¡ o Mario !
No venal por la púrpura ni el oro !
En vano me aconsejas que surquemos
Mares, que en breve airados temerémos,
Mas doy que vuelen nuestras naves solas,
No con alas de lino, el ponto vario,
Y que lleguen al puerto, y las arenas
Ya pisemos de playas peregrinas;
Y doy que luego las profundas minas,
No como siempre avaras, el tesoro
Nos ofrezcan, que esconden en sus venas,
Por los montes de oro levantados.
¡ Ay ! que no libra el oro, y la grandeza
De alborotos la mente,
Ni la region con otro sol caliente.
Daste al agua atrevido y su aspereza,

Y huyes esta patria, este elemento,
Que primero espiraste,
Y en quien primeras lágrimas vertiste.
No huyas, que aunque huyas al abismo,
No podrás de tí mismo;
Y todos los pesares
Que en la tierra tuviste,
Tambien te han de seguir por altos mares.
No dejes por un pino el firme asiento,
Donde mas de una vez el ócio hallaste.
¿Sabes que los cuidados voladores
Suben ligeros, mas que airado viento
A las naves mayores?
Sabeslo, y la codicia
Tu alta razon pervierte.
Mira que la avaricia
A nadie quita la debida muerte,
O le aumenta al vivir un solo dia.
Yo, aunque mas obstinado me aconsejes,
No he de huir de mi nativo suelo;
Y aunque de mí te alejes,
Como dices, á mas benigno cielo,
(Que es lo que mas de tí sentir podria),
Que yo en segura paz y en descuidado

Ocio alegre desprecio
El diverso sentir de vulgo necio,
Sin esperanza alguna
De mas blanda fortuna:
Y aguardo sosegado el dia postrero,
Que verá poco alegre mi heredero.

VIII.

A LA CONSTANCIA.

¿Ves como las riberas permanecen
Firmes, Pacheco, al ponto embravecido,
Que aunque al horrendo golpe se estremecen
Con el temor quiza del gran ruido,
Despues de roto un mar con igual frente,
Animosas aguardan el siguiente?
Tal juzga mi firmeza,
Aunque cambio semblante
En los golpes del vulgo enfurecido:
Que el ánimo constante
No ostenta su grandeza
En negar á los males sentimiento,
Mas solo en no abatirse á su aspereza.
Armense ciento á ciento

Los que muerden con rabia envidiosa,
Y furiosos en mí su fuerza prueben,
Que en lo adverso constancia se acredita.
¡ Oh, ejercite yo siempre el sufrimiento
Con frente no marchita!
Que los valientes ánimos mas deben
A la acerba ocasion, que á la dichosa;
Porque en el daño su valor se aumenta.
Como el estéril campo que acrecienta
Su virtud abrasado,
En incendio sonante y dilatado
Su vicio se destierra,
Y la copia de frutos producida,
Debe mas á la llama que á la tierra.
¡ O, cuanto es infelice quien la vida
Breve pasa olvidado!
Siempre igual, cuando nace y cuando muere,
Yace en alto silencio sepultado.
¡ Y cuanto aquel dichoso,
Que la comun envidia mereciere!
Pues que vive envidiado, no envidioso
De cuanto bien reparte la fortuna
Debajo el arco de la blanca luna.
Presente la virtud no resplandece

Como debe, con honra no manchada,
Antes es perseguida y denotada;
Mas descúbrese ausente, y aparece
El puro lustre suyo,
Y entónce aun del contrario es deseada.
Con este fundamento nunca huyo
Miéntras vivo, Pacheco peregrino,
Del enemigo el diente mas agudo;
Ni formo queja alguna
Del mas amigo en mi alabanza mudo.
Que en el último dia
Cómenzará á vivir la gloria mia.
Tú, pues, que en la pintura con destreza,
A la naturaleza
Ya vences, y ya igualas;
No temas de enemiga
Pluma, ó de acerba lengua lo que diga:
Que tu nombre divino
El tiempo llevará sobre sus alas,
Y por tu ingenio y arte
Dirá del orbe en la escondida parte,
Nunca en tus alabanzas importuno,
Que ántes te envidia, que te imita alguno.

FRAGMENTO.

El fuego que emprendió leves materias,
Ligeras y atrevidas,
Cuanto fuéron mas fáciles y aerias,
Cuanto mas estorbadas y oprimidas,
Tanto con mas espíritu se esfuerza
A levantar en sus ardientes alas
Los palacios augustos,
Y los montes mas altos y robustos.
Mas apénas tonante
De los cóncavos senos de la mina,
El aire se arrebata,
Y en círculos de humo se dilata;
Cuando no se ve mas que la ruina,
Rotas columnas, y desechas basas,
Ceniza y polvo obscuro
De la alta mole, y del trabado muro.
¡ Impia hazaña y fiera,
Por conseguir el natural intento,
Resolver la firmeza al grave asient
De inmudable montaña!
¡ Impia y atroz hazaña,
Y cruda condicion, dar al deseo

Imperio de tirano,
Y al vano afeto poderosa mano!
No así vagante llama,
Tiende el cabello sobre antigua selva,
Y rompe y se derrama
Por los hojosos senos, ambiciosa
De conservar su luz maravillosa,
Y esforzada del viento
Discurre por el bosque á paso lento.
Esplende y arde en silencio obscuro,
Emula de los astros,
Arde y esplende al rutilante y puro
Cándido aparecer de la mañana,
Y sobra y vence al sol siempre segura.
Abrasadora del verdor del pino
Levanta entre sus ramas
Globos de fuego y máquinas de llamas:
Y en el sólido tronco y mas secreto
Del laurel y el abeto
Estalla, y gime, y lüce,
Nunca del Euro ó Noto escurecida,
Ni de la inmensa pluvia destruida.
Tal en mi pecho inapagable incendio
Eterno se sustenta,

Libres del yerto humor que os oprimia!
Mas ¡triste yo! que de importuno y grave
Yelo siento oprimir la frente mia,
Léjos de ver mi altiva luz ardiente.

IV.

Marchite, ¡oh! nunca frio cano yelo,
De tus labios la dulce y blanda rosa,
Do la gracia de amor siempre reposa,
Ni otro sitio envidiando, ni otro cielo.
De ellos nunca á herir levanta el vuelo,
Ni hacha cruda, ó flecha rigurosa.
Que una blanda palabra generosa
Arma y enciende en el purpúreo velo.
De estos pues blandos, rojos y suaves
Labios, do se arma amor, y que encendiéron
Mi pecho en llama y rosa dulcemente,
Nunca ¡o tiempo! permitas que los graves
Yelos de edad la púrpura ardiente
Amortigüen, y llama, en que me ardiéron.

V.

Claro y tranquilo el mar me conducia
A que sulcara su profundo seno;

Y apena entré, cuando el color sereno
Huyó de Boreas con la saña fria.
Crespos montes de humor al cielo via
Subir, y el mar de obscura sombra lleno
Cambiar varios semblantes, y el terreno
Asiento entre las olas parecia.
Entónces ¡ah! ¡o mezquino! un mortal yelo
Me cubria; y el hueco leño roto
Luchaba con las aguas fatigado.
En tanto afan con voz ya incierta al cielo
Movì á piedad: libróme, é hice voto
De fiar nunca en Ponto sosegado.

VI.

Pasa, Tirsis, cual sombra incierta y vana
Este nuestro vivir, y como nieve
Al tibio rayo desvanece en breve,
Todo apacible bien, y gloria humana.
Miro cuanto en color, cuanto en lozana
Juventud confiar el hombre deba,
¿Si así acabó Medrano en vuelo leve,
Subido ya á la estanza soberana?
Siento tu fin veloz (aunque no incierto
Triste imagino á aquel que nos aguarda)

Solo por no avenirle en pena, en lloro
Tirsis, deja este mar, vuelve ya al puerto
La nave, y busca el celestial tesoro,
Que á nos quiza tan triste fin no tarda.

CANCION.

A LAS RUINAS DE ITALICA.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fuéron un tiempo, Itálica famosa:
Aquí de Cipion la vencedora
Colonia fué; por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Solo quedan memorias funerales,
Donde erráron ya sombras de alto ejemplo:
Este llano fué plaza, allí fué templo;
De todo apénas quedan las señales:
Del gimnasio, y las termas regaladas
Leves vuelven cenizas desdichadas,
Las torres que desprecio al aire fuéron

A su gran pesadumbre se rindiéron.
Este despedazado anfiteatro,
Impio honor de los Dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido á trágico teatro
¡O fábula del tiempo! representa
Cuanta fué su grandeza, y es su estrago.
¿Como en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Donde, pues fieras hay, está el desnudo
Luchador? ¿Donde está el atleta fuerte?
Todo despareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo:
Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos,
Y miran tan confusos lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.
Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pio, felice, triunfador Trajano,
Ante quien muda se postró la tierra
Que ve del sol la cuna, y la que baña
El mal tambien vencido gaditano.

Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino,
De Silio peregrino,
Rodáron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jasmines
Coronados los viéron los jardines,
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada,
¡Ah! yace de lagartos vil morada:
Casas, jardines, Césares muriéron,
Y aun las piedras que de ellos se escribiéron.
Fabio, si tu no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruidas,
Mira mármoles y arcos destrozados,
Mira estatuas soberbias, que violenta
Nemesis derribó, yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
Así á su antiguo muro,
Y á tí, Roma, á quien queda el nombre apénas.
¡O patria de los Dioses y los Reyes!
Y á tí, á quien no valiéron justas leyes,
Fábrica de Minerva, sábia Aténas;

Emulacion ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades:
Que no os respetó el hado, no la muerte,
¡Ay! ni por sabia á tí, ni á tí por fuerte.
¿Mas para que la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente;
Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,
Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.
Tal genio, ó religion fuerza la mente
De la vecina gente,
Que refiere mirada,
Que en la noche callada
Una voz triste se oye, que llorando,
Cayó Itálica, dice; y lastimosa
Eco reclama *Itálica* en la hojosa
Selva que se le opone resonando,
Itálica, y el claro nombre oido
De Itálica, renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran ruina:
Tanto aun la plebe á sentimiento inclina.

EPISTOLA MORAL.

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son, do el ambicioso muere,
Y donde al mas astuto nacen canas.
Y el que no las limare ó las rompiere,
Ni el nombre de varon hà merecido,
Ni subir al honor que pretendiere.
El ánimo plebeyo y abatido
Elija en sus intentos temeroso,
Primero estar suspenso que caido:
Que el corazon entero y generoso,
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.
Mas triunfos, mas coronas dió al prudente,
Que supo retirarse, la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.
Esta invasion terrible é importuna
De contrarios sucesos nos espera,
Desde el primer sollozo de la cuna.
Dejémosla pasar, como á la fiera
Corriente del gran Bétis, cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera.
Aquel entre los héroes es contado,

Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del Estado.
Peculio propio es ya de la privanza,
Cuanto de Austria fué, cuanto regia,
Con su temido espada y fuerte lanza.
El oro, la maldad, la tiranía
Del inicuo procede, y pasa al bueno;
¿Qué espera la virtud, ó en que confia?
Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea, cuyo clima
Te será mas humano y mas sereno.
A donde por lo ménos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno,
Blanda le sea, al derramarla encima:
Donde no dejarás la mesa ayuno,
Cuando te falte en ella el pece raro,
O cuando su pavon nos niegue Juno.
Busca, pues, el sosiego dulce y caro,
Como en la obscura noche, del Egeo
Busca el piloto el eminente faro:
Que si acortas y ciñes tu deseo,
Dirás, lo que desprecio he conseguido,
Que la opinion vulgar es devaneo.
Mas precia el ruiseñor su pobre nido,

De pluma y leves pajas, mas sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisongero las orejas
De algun Príncipe insine, aprisionado,
En el metal de las doradas rejas.
Triste de aquel que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado.
Cese el ansia y la sed de los oficios;
Que acepta el don, y burla del intento
El ídolo á quien haces sacrificios.
Iguala con la vida el pensamiento,
Y no te pasarás de hoy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento.
Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica, y esperas:
¡O error perpetuo de la suerte humana!
Las enseñas Grecianas, las banderas
Del Senado, y Romana Monarquía
Muriéron y pasáron sus carreras.
¿Qué es nuestra vida mas que un breve dia
Do apénas sale el sol, cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fria?
¿Qué es mas que el heno, á la mañana verde,

Seco, á la tarde? ¡o ciego desvario!
¿Será que de este sueño me recuerde?
¿Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mío?
Como los rios en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.
¿De la pasada edad qué me ha quedado?
¿O qué tengo yo á dicha en la que espero
Sin ninguna noticia de mi hado?
¡O si acabase viendo como muero,
De aprender á morir, ántes que llegue
Aquel forzoso término postrero!
Antes que aquesta mies inútil siegue,
De la severa muerte dura mano,
Y á la comun materia se la entregue.
Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano.
Las hojas que en las altas selvas vimos,
Cayéron, y nosotros á porfía
En nuestro engaño inmóviles vivimos.
Temamos al Señor que nos envía

Las espigas del año y la hartura,
Y la temprana pluvia y la tardía.
No imitemos la tierra siempre dura
A las aguas del cielo y al arado,
Ni á la vid cuyo fruto no madura.
¿Piensas acaso tú, que fué criado
El varon, para el rayo de la guerra,
Para sulcar el pielago salado,
Para medir el orbe de la tierra,
Y el cerco, donde el sol siempre camina?
¡O quien así lo entiende, cuanto yerra!
Esta nuestra porcion alta y divina,
A mayores acciones es llamada,
Y en mas nobles objetos se termina.
Así aquella, que solo al hombre es dada,
Sacra razon y pura me despierta,
De esplendor y de rayos coronada:
Y en la fria region dura y desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama,
Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.
Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
Y callado pasar entre la gente,
Que no afecto los nombres ni la fama.
El soberbio tirano del Oriente

Que maciza las torres de cien codos
Del cándido metal, puro y luciente,
Apénas puede ya comprar los modos
Del pecar; la virtud es mas barata,
Ella consigo mesma ruega á todos.
Pobre de aquel que corre y se dilata,
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata.
Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve
Que no perturben deudas ni pesares.
Esto tán solámente es cuanto debe
Naturaleza al parco y al discreto,
Y algun manjar comun, honesto y leve.
No, porque así te escribo, hagas conceto,
Que pongo la virtud en ejercicio,
Que aun esto fué difícil á Epiteto.
Basta al que empieza aborrecer el vicio,
Y el ánimo enseñar á ser modesto,
Despues le será el cielo mas propicio.
Despreciar el deleite no es supuesto
De sólida virtud, que aun el vicioso
En sí propio le nota de molesto.
Mas no podrás negarme, cuan forzoso

Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.
No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia, que mensura
La duracion de todo á su talento:
Flor la vimos primero, hermosa y pura,
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta despues, dulce y madura.
Tal la humana prudencia; es bien que mida,
Y dispense y comparta las acciones,
Que han de ser compañeras de la vida.
No quiera Dios que imite estos varones,
Que moran nuestras plazas, macilentos,
De la virtud infames histriones:
Esos inmundos, trágicos, atentos
Al aplauso comun, cuyas entrañas
Son infaustos y oscuros monumentos.
¡Cuan callada, que pasa las montañas
El aura respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por la cañas!
¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué redundante y llena de ruido
Por el vano ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido,

En las costumbres solo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores
En nuestro trage, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
Un estilo comun moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso,
Como en el vaso múrino preciado:
Y alguno tan ilustre y generoso
Que usó, como si fuera plata neta,
De cristal transparente y luminoso.
Sin la templanza ¿viste tú perfecta
Alguna cosa? ¡o muerte! ven callada
Como sueles venir en la saeta,
No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor, que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.
Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad, y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.
No te burles de ver cuanto confío,

Ni al arte de decir vana y pomposa
El ardor atribuyas de este brio.
¿Es por ventura ménos poderosa
Que el vicio, la virtud? es ménos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.
La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar; la ira á las espadas,
Y la ambicion se rie de la muerte:
¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De mas ilustres genios ayudadas?
Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto, simple amé, rompí los lazos:
Ven y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

POESIAS ESCOGIDAS

DE

LUPERCIO Y DE BARTOLOMÉ

DE ARGENSOLA.

NOTICIAS

DE

LOS ARGENSOLAS.

Lupercio de Argensola nació en la ciudad de Barbastro en 1563; estudió filosofía y leyes en Huesca, y despues en Zaragoza historia, elocuencia y lenguas. Vino por años de 1585 á Madrid de Secretario del Duque de Villahermosa, y al instante se hizo conocer por sus talentos. En Madrid compuso las tres tragedias *Filis*, *Isabela* y *Alejandra*, representadas con sumo aplauso, si creemos á Cervántes. La viuda del Emperador Maximiliano II., le hizo su Secretario, y su hijo el Archiduque Alberto, Gentil-hombre de su cámara. Este nuevo empleo le obligó á fijarse en Madrid, cuando á poco despues, entrando á reinar Felipe III, se le nombró Cronista del Reino.

de Aragon. En cumplimiento de este encargo emprendió escribir los Anales de aquel pais, y aunque llegó á tener bastante adelantado este trabajo, se ignora si le concluyó, y que paradero tuvo. Entónces vivia en Zaragoza entregado al estudio y á los placeres del campo: mas vuelto á Madrid á tiempo que el Conde de Lemos partia de Virey á Nápoles, se llevó de Secretario del Vireinato; en cuyo empleo vivió Lupercio hasta el año de 1613, que fué el de su muerte, acaecida en Nápoles, teniendo cincuenta de edad. Su crédito y los aplausos que disfrutó como hombre público, como literato y poeta fuéron muy grandes. Se ignora por que capricho quemó en una ocasion todos sus versos; habiendo quedado solamente los que estaban en poder de sus amigos, impresos despues con las poesías de su hermano.

Bartolomé Leonardo de Argensola, un año mas jóven que su hermano Lupercio,

siguió la carrera eclesiástica, y puede decirse que en todo lo demas fué comun la suerte de los dos. Unos fuéron sus estudios: al influjo de su hermano debió ser Rector de Villahermosa y Capellan de la Emperatriz, y seguir á Nápoles al Conde de Lemos. Muerto Lupercio, debió al Pontífice un Canónicato de Zaragoza, y á los Estados de Aragon que le nombrasen Cronista del Reino. Dedicado al estudio y al retiro vivió en aquella ciudad hasta el año de 1635 en que murió de setenta y cuatro de edad. Sus obras son: *la Historia de las Molucas*, publicada en 1610, los *Anales de Aragon*, impresos en 1630, y las *Rimas*, recogidas y publicadas por el hijo de Lupercio juntamente con las de este en 1634.

Ninguno de los autores de este tiempo igualó á los *Argensolas* en circunspeccion y en cordura, en facilidad de rimar, y en correccion y propiedad de lenguage. Son tan sobresalientes en esta última parte,

que Lope de Vega decia de ellos que habian venido á Castilla desde Aragon á enseñar la lengua castellana. Su erudicion, la severidad de su doctrina, sus conexiones, la grande proteccion que les dispensó el Conde de Lemos, fuéron las causas de aquella especie de magisterio que ejerciéron sobre sus contemporáneos, y de aquella superioridad reconocida y confirmada por las alabanzas que de todas partes se les prodigaban. Dióseles el título de Horacios españoles; y siempre se les reputó como poetas de primer órden, conservando una opinion casi tan intacta como la del mismo Garcilaso.

Sin intentar disminuir la justa estimacion que se les debe, ni contender con sus muchos apasionados; yo diria que su fama me parece mucho mayor que su mérito; y que si la lengua les debe mucho por el esmero y la propiedad con que la escribian, la poesía no tanto, donde su reputacion

está al parecer mas afianzada en los vicios que les faltan, que en las virtudes que poseen. En el género lírico son fáciles, cultos, ingeniosos; pero generalmente desnudos de entusiasmo, de grandiosidad, de fantasía. Tampoco en los amores tienen la gracia y la ternura que la poesía erótica pide, y si se exceptúa algun otro soneto de *Lupercio*, no puede citarse en esta parte composicion ninguna de ellos, que merezca llamar la atencion, y encomendarse á la memoria de los amantes. No hablaré de la *Isabela* y la *Alejandra*, porque todos convienen, hasta los ménos doctos, que estas composiciones no tienen de tragedias mas que el nombre y las muertes friamente atroces con que se terminan. Su carácter sesudo, la índole de su espíritu mas ingenioso y discreto que florido y expansivo, la sal y el gracejo que á veces sabian esparcir tenian mas cabida en la poesía satírica y moral, donde realmente han sido

mas felices. Hay en ellos infinidad de rasgos, preciosos algunos por la profundidad y valentía, y muchos por aquella ingeniosidad de pensamiento, y aquella facilidad y propiedad de expresion, que los constituye proverbiales.

POESIAS ESCOGIDAS

DE

LUPERCIO DE ARGENSOLA.

SATIRA.

CONTRA LA MARQUESILLA.

Muy bien se muestra, Flora, que no tienes
Desta mi condicion noticia cierta,
Pues piensas enmendalla con desdenes.
Tú pensarás que guardaré tu puerta
Desde que se recogen las gallinas,
Hasta que el ronco gallo las despierta:
Y que cuando á las horas matutinas
Se levantan los Frailes, y durmiendo
Tus émulos están y tus vecinas,
Me estaré yo en la calle consumiendo,
Y por el agujero de la llave
Lo que en tu casa tienes inquiriendo.
Y que te sufriré despues muy grave
Pidiéndote perdon, porque me seas

Afable como sueles, y suave.
Pues porque si lo crees, no lo creas,
Y sepas que no ignoro con quien trato,
Es bien que mis odiosos versos leas.
Aquí verás un natural retrato
De nuestras diferentes condiciones,
Por mas que tú lo encubras con recato.
Agora me parece que te pones
Mucho mas colorada que tu saya,
Y me das un millon de maldiciones.
Diciendo que primero que me vaya,
Quedarás satisfecha de la injuria,
Aunque dificultades cien mil haya.
Y yo por todo el oro, que Liguria
A España con usuras arrebata,
No quiero hacerme digno de tufuria:
Ni quiero dar mi vida tan barata,
Ni ver del Africano la frontera,
Cosa que por tu causa alguno trata.
Escríbate pues sátiras quien quiera,
Que yo alabanzas solas quiero darte,
Hasta que tú te canses, ó yo muera.
Ya, ya me tienes, Flora, de tu parte,
Que, como tus costumbres amo tanto,

Mudable soy tambien por imitarte.
Quiero dejar la pluma, que me espanto
De ver ese furor tras ordinario,
Y dar de contricion señal con llanto.
Pero tengo conmigo un tu contrario,
Que tiene prometido defenderme
Contra el poder de Jerjes y de Dario:
Y no me da lugar de recogerme,
Antes con amenazas me provoca:
Dios sabe si ofenderte es ofenderme.
Pero no puedo mas, mi fuerza es poca;
Tú no me defendieras del que digo
Siquiera con el aire de la boca.
Y pues he de cobrar un enemigo,
Escojamos, de dos, el menor daño:
Demas, que la razon, y verdad sigo.
En el mas fértil mes de todo el año,
O Flora, yo te ví, que no debiera,
Aunque no ha resultado dello engaño.
Y luego, como frágil y ligera,
Antes de conocerme, ni yo hablarte,
Me descubriste ser tu pecho cera.
Mas, como sé de Ovidio mal el arte,
No procuré poner en Troya el fuego,

Aunque te vi contenta descuidarte.
Hubo manjares, y tras ellos juego;
Y como ví colgar allí la yedra,
El vino reputé por malo luego.
A todo estuve cual si fuera piedra,
Tan fuera de pensar en tus amores,
Como Hipólito estuvo en los de Fedra.
Mil veces repetiste mis loores,
Que en tí los engendró mi negra fama,
(Díceslo así, y es bien que así lo dores:)
Y para declararme que eres dama
Tan grave, que la corte señorea,
O por mejor decir, quema tu llama;
Como quien confesar algo desea,
Y lo quiere decir por negativa,
Para qué lo contrario se le crea;
Así me declaraste, cuan esquiva
Con grandes cortesanos habias sido,
A quien de libertad tu valor priva.
Tras esto me juraste haber venido
Al lugar donde estabas, por hablarme,
Y la visita falsa haber fingido,
Pensaste, no lo dudo, colocarme
Encima de los cuernos de la luna,

(Y aun por ventura dellos adornarme.)
Jamas infante tierno de la cuna
Oyó tan dulces nombres repetidos
De su madre con besos importuna,
Como yo los oí, pero fingidos,
Solo para cubrir las cautas redes,
Con que á tantos enredas los sentidos.
Sin preceder servicio hacer mercedes
Dará que sospechar, á quien no sea
De los con quien hacer tu labor puedes.
Créame quien lo oyere, ó no me crea,
Digo, que sospeché, sospeché, digo,
Viéndote tan afable, sin ser fea.
Mas soy de ingratitud tan enemigo,
Que, por corresponder al beneficio,
Agradecido me mostré contigo.
Hubo tambien en ello su artificio;
Porque sé que resbala fácilmente
En tales ocasiones el juicio.
Y tú te imaginabas suficiente
A poderme llevar, como de rienda,
A todos tus antojos obediente.
Así lo creo yo, porque mi hacienda
Es ménos que el tesoro veneciano,

Y otro tanto ha de dar quien te pretenda.
Al fin como si fuera yo aldeano,
Que se admira de ver con perlas y oro
La gorra del soberbio cortesano,
Así me descubriste tu tesoro,
(Esto disimulando, como acaso,
Y sin perder allí de tu decoro).
¿Hubo vajilla por ventura, ó vaso,
Que delante de mí no te sirviese,
Buscando tú ocasion á cada paso?
Y porque tus esclavas todas viese,
Y que son siervas libres, o prestadas,
Como soy malicioso, no creyese;
Todas delante mí fuéron llamadas,
Y por cierto descuido no muy grande
Con ásperas palabras afrentadas.
No hay mayordomo necio, que así mande
En casa de un Señor á los sirvientes,
Y en guerra con aquellos y estos ande;
Como tú con tus siervas diligentes,
Solo para mostrar tu preeminencia,
Haciendo ostentacion con los presentes.
Mandábaste traer en mi presencia
(Sin haber menesterlas) tus arquillas

De ménos oro llenas, que apariencia.
Estaba la esclavilla de rodillas,
En tu imaginacion, de mí notada
Por una de las siete maravillas.
¡O Flora, como estabas engañada!
Que entónces el Eunuco revolvia,
(Comedia de Terencio celebrada);
El cual en sus ejemplos me decia,
Que desean las damas de tu trato
Las Esclavas tener, que Tais tenia:
Y que soleis comprarlas muy barato;
Que un ignorante Fedria las presenta
En competencia de un Trason bravato.
¡Mira cuan al reves salió tu cuenta!
Que lo que tú por honra descubrias,
En mí se convirtió para tu afrenta.
Y cuando mas compuesta te ponias,
Como quien va mirándose la sombra,
Conmigo de tu crédito perdias.
No pienses, si lo piensas, que me asombra
Un lecho de damasco granadino,
Y á un lado y á otro la morisca alfombra:
Que soy, si no lo sabes, adivino,
Y no tienes un clavo, ni una hebilla,

Que no sepa de donde, y como vino.
  Veote santiguar con maravilla
De esto que voy diciendo; pues no dudes,
Que fábula serás en esta villa.
  Sabrá, quien no las sabe, tus virtudes,
Las cuales te sustentan todo el año,
Aunque ya vendrá tiempo en que las sudes.
  Quiero vender al mundo desengaño,
Que, aunque es poca la gente, que lo entienda,
Sé que te puedo hacer no poco daño:
  Y que si, por tu mal, abro mi tienda,
La tuya quedará tan abatida,
Que un ochavo en un año no se venda.
  Mas tengo condicion tan comedida,
Que no quiero quitarte la ganancia,
Contando los enredos de tu vida.
  En tí tienda sus redes la ignorancia,
Para los que pidieren á sus padres
De su porcion debida la sustancia.
  A estos muerdas, y á los otros ladres:
Y por ver á sus hijos lastimados,
Te den su maldicion doscientas madres.
  Tengas mil hombres viejos engañados,
En sus canudas barbas te regales,

Haciendo rica presa en sus ducados:
Y á otros, que se precian de leales,
Con vanos favorcillos entretengas,
Y pesques mas de espacio sus reales.
Con los que veas ardientes, te detengas,
Y con los que veas tibios, te apresures,
Y á todos en comun enredo tengas.
Delante de tu madre te mesures,
Fingiendo que la temes, y que ignora
Los favores que das, y así lo jures.
Y si te vieres sola, bella Flora,
Y el necio sin pagarte se desmanda,
Di luego, ¡ay Dios, que sale mi señora!
Y cuando veas al triste que se ablanda,
Lleguen el Portugues con el Joyero,
Este con oro, el otro con holanda.
Dirás, como los Médicos, no quiero,
Alargando la mano á la presea,
Con que te esté rogando el majadero.
Y dirás, como sueles, si desea
Ser tu favorecido, que dé muestra,
En donde su aficion mejor se vea.
Ayúdete tu madre ó tu maestra,
Dándote mil recaudos al oido,

(Leccion de todo punto propia vuestra).
Estése el otro necio sin sentido,
Miéntras hablais vosotras, muy compuesto,
O, como acá decimos, muy corrido:
Que no me quiero yo poner en esto,
Ni descubrir tus faltas en la calle,
Pues se descubrirán por sí tan presto.
Pero no será bien que sufra y calle
Cierto tributo, censo, ó alcabala,
Pues tú no te avergüenzas de cobralle.
Cuando sale quien digo de la sala,
Le vuelves á llamar con gran caricia,
O sales tú con él hasta la escala:
Y allí disimulando tu codicia,
Le pides un catálogo de cosas,
Como si las debiera por justicia.
El, ámbas las mejillas hechas rosas,
Arrepentido ya de verse en ello,
Y de emprender empresas tan costosas,
No sabe que decir, que tiene el cuello
Ceñido con tus brazos, y los ojos
Clavados, por su mal, en tu cabello.
Quiere satisfacer á tus antojos;
Y quisiera tambien á ménos costa

Comprar, pues que se venden, los despojos.
Imaginasle tú la bolsa angosta,
O por ser muy avaro, ó por ser pobre,
Personas de quien huyes por la posta:
Y para hacer sudar por fuerza al robre,
O como buen artifice en la piedra
Tocando, conocer si es oro, ó cobre,
Enmaráñaste dél cual verde yedra,
(No te comparo mal, pues que se dice,
Que nunca el árbol que la tiene medra),
Diciendo, buena prueba, Señor, hice
De vuestra fe, si no fingida, tibia,
Con que, para mi mal, me satisfice.
Si yo os mandara humedecer la Libia,
Si oponer vuestros hombros á la carga,
Que en los de Atlante nunca el tiempo alivia,
Si peregrinacion pidiera larga,
Donde estuviera en duda el volver vivo,
O cierta en el progreso vida amarga;
¿Pudiérades estar mas pensativo?
¿Pudiérades dudar de tal manera,
Y mostraros conmigo mas esquivo?
Pues yo sé bien alguno, que quisiera,
Y como que quisiera, que pagara,

Porque lo que á vos pido, le pidiera:
Que ni tan pobre soy, ni tan avara,
Que por necesidad, ó por codicia
En cosa tan pequeña reparara.
Mal de mi condicion teneis noticia:
Que, aunque no lo trujérades tan presto,
No os sacara yo prendas por justicia.
Pero no reparemos mas en esto:
Solo vivid seguro de que os amo,
Y que no me seréis jamas molesto.
El triste ya cual pece asido al hamo,
O como ciego pájaro, que viene
Llamado con el son de su reclamo.
Ni en dudas, ni en peligros se detiene;
Quiere tomar prestado, ó con usura,
Sin ver si de pagarlo modo tiene.
Promete allí sin tasa, ni cordura,
Y niega, que jamas dudase en algo,
Y aun, para ganar crédito, lo jura.
Así lo creo yo de un noble hidalgo,
Respondes tú, soltando la cadena,
Que quisiera yo mas la de mi galgo.
Atraviésase luego Magdalena,
Pide para chapines, ó una toca,

Y tu page de lanza pide estrena.
A aquella tú le dices, calla loca,
Y á este otro, tú, rapaz, tambien te atreves:
Y por detras les señas con la boca.
Ni á la carne se da tal priesa el juéves;
Como le dais vosotras entre dientes,
Diciendo, pagarás lo que no debes.
O tú, que con pagarlo no lo sientes,
Y cansarás, pidiéndoles prestado,
Despues á tus amigos y parientes:
Si alguna vez, ó veces has pasado
De Aragon á Castilla, y en los puertos
Del uno, y otro reino registrado:
Adonde los derechos hacen tuertos,
Y con decreto; y órden de justicia
Roban en los poblados y desiertos:
Adonde puede tanto la codicia,
Que no son tan mutables Venecianos,
Cuando á alguno prometen su amicicia:
Como aquellos ladrones, y villanos
En olvidar al Rey, si el caminante
Les pone de sus armas en las manos:
Conocerás agora, ó adelante,
Que es mayor el trabajo, que se pasa

Con Flora de quien andas ciego amante.
Y tú, Flora: tambien modera, y tasa
Los derechos tiránicos, que llevas
De entradas y salidas de tu casa;
Pues solamente deben ropas nuevas
Al entrar por los puertos el derecho,
Y no será razon que á mas te atrevas.
No quieras descubrir tu avaro pecho,
Ni como mercader tener oreja
Abierta solamente á tu provecho.
Y no digo con esto, que eres vieja,
Mas téngote por ropa tan traida,
Que descubres la hilaza por la ceja.
Pues quien te ve fingir la recogida,
Ha de soltar á su pesar la risa,
Si sabe, como yo, tu buena vida.
Verte salir con tu Señora á Misa,
Como Fraile novicio, que no mira
Acá, ni allá mas suelo del que pisa.
¿A quien tu gravedad allí no admira?
¿Quien no dirá, que puedes llevar palma,
Y que á las once mil tu intento aspira?
Quien sepa como yo, que en esa calma
Suceden por momentos torbellinos,

Que anegan las agenas, y tu alma.
Ni lo dirán tampoco tus vecinos,
Que ven salir, y entrar en tu posada
Los recien emplumados palominos,
Ni lo dirá tu hermana, que se enfada
De estar labrando soliman y mudas,
Ella desnuda, y tú muy enjoyada.
Ni el que suele soltarme cien mil dudas,
(Si se lo preguntase), cuyo nombre
Es del que sucedió en lugar de Judas.
Ni le dirá, bien sabes, aquel hombre,
Que en darte, y abstenerse tal anduvo,
Que le doy Alejandro por renombre.
Ni lo dirá tampoco quien estuvo
De Mantua, por tu causa, foragido,
Y el perdon por dineros despues hubo.
Ni ménos lo dirá quien ha leido
Lo que con apariencia va cubierto,
Si con la vista pasa del vestido.
Yo digo de vosotras (y es lo cierto)
Que sois de las fantasmas y visiones,
Que vido San Antonio en el desierto.
Debajo de esas ropas y jubones
Imagino serpientes enroscadas,

Uñas de grifos, garas de leones,
  Si sois fuera de casa convidadas,
Desechais mil viandas, que son buenas,
Solo para fingiros delicadas.
  Tomaislas con dos dedos, y aun apénas,
Ni dellas exibis mas que á un doliente
Le dan nuestros modernos Avicenas.
  Fingis os muy honestas juntamente,
Y á la palabra equívoca no clara
Le dais luego el sentido maldiciente;
  Y puestas ámbas manos en la cara
Llamais al que la dijo torpe y necio,
Quizá porque mejor no se declara.
  Y con desden, y grande menosprecio
Burlais de algun galan, que por ventura
Os tuvo en su poder á poco precio.
  Pues quien del mal de amor sanar procura,
En vuestras casas, si pudiere, os vea
Sin tanta gravedad y compostura:
  Y verá convertir la que desea
En un fiero demonio, poco digo,
Si cosa se pudiese hallar mas fea.
  Y mas si no teneis allí testigo,
    lis de la cama descompuestas,

Mostrando de los pies hasta.....
¡Qué fieras pareceis! ¡que deshonestas!
Con los ojos hinchados, y sobre ellos
Dos negras, y tendidas nubes puestas;
Revueltos en vedijas los cabellos,
Como los de las furias infernales,
O largos, como colas por los cuellos.
Torciendo cuerpo y brazos, dais señales
Mezclados con bostezos, del deseo
Que mueve vuestros ánimos bestiales.
Pues para transformar el rostro feo,
No vais á fuente clara, ó rio santo,
Adonde fué Naaman por Eliseo.
Tampoco lo mudais con mago canto,
Ni buscando las yerbas fabulosas,
Cuando la noche tiende el negro manto:
Antes lo transformais con otras cosas,
Poniendo las cabezas en arquillas,
Yo no digo que bien, pero olorosas.
¿Quien podrá numerar las garrafillas
Dedicadas al sucio ministerio,
Ungüentos, botecillos, y pastillas?
Aquí para enrubiar el sahumerio
De aqueste mismo aceite, que blanquea

Los huesos de la boca, ó cimenterio.
Allí la miel mezclada, que se emplea
Con mostaza y almendras en ser muda,
Para mudar color á la que es fea.
En otra parte ya la vereis ruda,
En otra ya en aceite convertida,
Que dicen que al cabello el color muda.
La leche con jabon veréis cocida,
Y de varios aceites composturas,
Que no sabré nombrarlos en mi vida.
Aceite de lagartos, y rasuras
De ajónjoli, jazmin y adormideras,
De almendras, nata y huevos, mil misturas.
Aguas de mil colores y maneras,
De rábanos y azúcar, de simiente
De melon, calabazas y de peras.
El aceite de enebro propiamente
Para curar el mal á las ovejas,
Aquí sirve de oficio diferente.
Agua de alumbre, buena para viejas,
Que quita las arrugas, que los años
Les cargan, como fuelles, en las cejas:
Y ellas (¡o ceguedad!) con darse baños,
Cual parche de atambor tiran el cuero,

Como si no venciese el tiempo á engaños.
Pero debiera yo nombrar primero
Al magno soliman tan vuestro amigo,
Como lo fué de Francia el otro fiero.
El cual os da justísimo castigo,
Pues solo por salir con vuestro intento,
Os valeis del veneno y enemigo:
Y mudándole nombres ciento á ciento,
Quereis arrebozallo, como usura,
Con nombre de mohatra, ó quitamiento.
Agora lo vendeis por agua pura,
En pasas con azucar, piedra luego,
Mudándole de especies y figura.
Y que pondréis las manos en un fuego,
Decis, si no os lavais con agua sola,
Pudiendo lo contrario ver un ciego.
Cuan mal se cubre el gato con la cola,
Cuan mal se cubre el fuego sin dar humo,
Así la que se afeita y arrebola.
Otros afeites hay, que no los sumo:
Porque en imaginallos tanto hieden,
Que de congoja y rabia me consumo.
Ni ser nombrados todos aquí pueden,
Porque como se inventan cada dia,

En infinito número proceden.
  Y porque me parece, que seria
Afrenta, de sus nombres acordarme,
Y que á los que me hablasen oleria:
  Así he determinado prepararme,
Y por haber tratado de estas cosas,
En una fuente líquida purgarme.
  Ni son en sus manjares mas curiosas,
Puesto que allá en lo público pregonan,
Que sin ellos se pasan como diosas.
  Encima de los platos se amontonan,
Y hoy comen lo que ayer quedó fiambre,
Que ni por ser helado lo perdonan.
  Diréis, que son las hijas de la hambre,
O cuales avestruces suficientes
A digerir el hierro, y el arambre.
  Aquí no se comprehenden las prudentes,
Que siguen las virtudes: que las tales
No llevan composturas aparentes.
  No son todas las leyes generales:
Que muchas excepciones hay en ellas;
Ni las cosas del mundo son iguales.
  En las tinieblas lucen las estrellas,
A vueltas de los cardos nacen flores,

Y entre agudas espinas rosas bellas.
Destas despues yo cantaré loores:
Que no se han de mezclar con las profanas
Las cosas excelentes, y mayores.
Tú, Flora, y otras damas cortesanas
Sois estas enemigas, de quien trato,
Perdidas por comer, y andar galanas.
Con esto le doy fin á tu retrato,
Y parécete tanto, que me afrento
De haberlo concertado tan barato.
Pero tengo por premio tu contento,
Del cual, por ser yo causa, participo,
Y el nombre de mis obras acreciento.
Así creció de Apéles y Lisipo
La fama, solos ellos retratando
Al hijo venturoso de Filipo.
Agora con razon estoy dudando,
Pues he de retratarme, donde, y como
Me puedo yo estar viendo, é imitando.
La mano mas pesada, que de plomo,
Inobediente al arte desatina,
Si el cansado pincel en ella tomo.
Parece (y es posible) que adivina,
Que (como siempre el conocerse ha sido

Cosa dificultosa y peregrina),
Yo de mi propio gusto persuadido,
Como pienso que soy, querré pintarme,
Por falta de no haberme conocido.
Yo mismo no sabré vituperarme,
Y, aunque verdad dijese, ménos puedo
(Si ya no es defendiéndome) alabarme.
Si como cuando vine de Toledo
Me supiese pintar, en testimonio
De tocar las verdades con el dedo:
O como me pintaba Don Antonio,
(Puesto que es al reves), yo juraria,
Que te espantases ménos de un demonio.
Alguno con razon me culparia,
Si me pintase mal, y tu figura
Por obra de otra mano juzgaria.
Y quien tener buen crédito procura,
(Segun dice Caton) jamas lo cobra,
Si le pierde una vez por desventura.
A mí no me hace falta, ni me sobra:
Quiero, pues, conservarle como cuerdo,
Alzando, como dicen, mano de obra.
Ya fué un pintor (del nombre no me acuerdo,
Y de que no me acuerde no te espantes,

Que ya de la memoria mucho pierdo):
  Ni sé bien si fué Zéusis, ó Timántes,
(Yo me fatigo poco de estas cosas,
Por ser disputas propias de pedantes):
  Este pintor pintando las tres diosas,
Delante del pastor Troyano puestas,
Desnudas, y del oro codiciosas,
  (Que suelen muchas veces las honestas
Al rústico por él así mostrarse,
Y á los que no lo tienen muy compuestas):
  En Juno y en Minerva señalarse
Tan de véras mostró, que no podia
Para pintar á Vénus mejorarse :
  Y viendo que pintarla convenia,
Para no ser culpado, mas hermosa,
Lo cual, aunque quisiese, no sabia :
  Al arte socorrió con ingeniosa
Astucia, sus defectos encubriendo,
Y pintando de espaldas á la Diosa.
  Yo, pues, la misma falta conociendo,
De poder retratarme desconfio,
Si al discreto pintor no voy siguiendo.
  Y pues has de llevar retrato mio,
Verás por las espaldas mi retrato.

Que con volverlas, Flora, me desvio
De tu conversacion, favor y trato.

CANCION.

Alivia sus fatigas
El labrador cansado,
Cuando su yerta barba escarcha cubre,
Pensando en las espigas
Del Agosto abrasado,
Y en los lagares ricos del Octubre:
La hoz se le descubre
Cuando el arado apaña,
Y con dulces memorias le acompaña.
Carga de hierro duro
Sus miembros, y se obliga
El jóven al trabajo de la guerra:
Huye el ocio seguro;
Trueca por la enemiga
Su dulce, natural y amiga tierra;
Mas cuando se destierra,
O al asalto acomete,
Mil triunfos y mil glorias se promete.
La vida al mar confia,
Y á dos tablas delgadas

El otro, que del oro está sediento;
Escóndesele el dia,
Y las olas hinchadas
Suben á combatir el firmamento:
El quita el pensamiento
De la muerte vecina,
Y en el oro le pone y en la mina.
Deja el lecho caliente
Con la esposa dormida
El cazador solícito y robusto:
Sufre el cierzo inclemente,
La nieve endurecida,
Y tiene de su afan por premio justo
Interrumpir el gusto,
Y la paz de las fieras
En vano cautas, fuertes y ligeras.
Premio, y cierto fin tiene
Cualquier trabajo humano,
Y el uno llama al otro sin mudanza:
El invierno entretiene
La opinion del verano,
Y un tiempo sirve al otro dè templanza;
El bien de la esperanza
Solo quedó en el suelo,

Cuando todos huyéron para el cielo.
Si la esperanza quitas,
¿Qué le dejas al mundo?
Su máquina disuelves y destruyes:
Todo lo precipitas
En olvido profundo,
Y del fin natural, Flérida, huyes:
Si la cerviz rehuyes
De los brazos amados,
¿Qué premio piensas dar á los cuidados?

TERCETOS.

DESCRIPCION DE ARANJUEZ.

Hay un lugar en la mitad de España
Donde Tajo á Jarama el nombre quita,
Y con sus ondas de cristal lo baña:
Que nunca en él la yerba vió marchita
El sol, por mas que al Etiope encienda,
O con su ausencia hiele al duro Scita.
O que naturaleza condescienda,
O que vencida deje obrar al arte,
Y serle en vano superior pretenda:
Al fin jamas se ha visto en esta parte

Objeto triste, ni desnudo el suelo,
O cosa que de límite se aparte.
Contrarias aves en conforme vuelo
Los aires cortan, y en iguales puntas
Las plantas suben alabando al cielo.
Las fieras enemigas aquí juntas
Forman una república quieta,
Mezclándose en sus pastos y en sus juntas;
Sin temer que el lebrel las acometa,
O hiera el plomo con terrible estruendo,
O con mortal silencio la saeta.
Las fuentes cristalinas, que subiendo
Contra su curso y natural costumbre
Están los claros aires dividiendo,
Rocian de los árboles la cumbre,
Y bajan, á las nubes imitando,
Forzadas de su misma pesadumbre
Sobre las bellas flores, que adornando
El suelo, como alfombras africanas,
Las están con mil lazos esparando.
Las calles largas de álamos y llanas
Envidia pueden dar á las ciudades,
Queestán hoy de las suyas mas ufanas.
¿Pues quien podrá contar las amistades

Con que las plantas fértiles se prestan,
Y templan sus contrarias calidades?
Y como no se impiden, ni molestan
Por ver su fruta en estrangeras hojas,
Ni del agravio apelan y protestan;
Como tú, frágil hombre, que te enojas
Si tener ves al otro lo que es tuyo,
Y con rabia lo usurpas y despojas.
Comunica el gran Tajo el humor suyo
A cualquier de los árboles do llega,
Sin atender si es hijo propio, ó cuyo:
Al huesped no sus alimentos niega,
Ni al natural desecha, y así hace
Corona rica de su hermosa vega.
Si la region remota ve, que aplace
Alguna planta suya en esta, luego
La envía, y á su dueño satisface.
Y así la que se jacta de que al fuego
De los templos da olores, no es mas rica,
Ni la fingió ningun Latino ó Griego.
Cualquiera aquí su condicion aplica,
Aunque su origen traiga de otra parte,
Do el sol ménos, ó mas se comunica.
Suple la falta de la tierra el arte,

Y del calor con límite, y del hielo
Aquello que conviene les reparte.
Hay planta que miró en su patrio suelo
El sol al mismo tiempo que la luna
En este mira en la mitad del cielo:
Y no por esto siente falta alguna
De la virtud, que tuvo allá en su tierra,
Como si aquella y esta fuesen una:
La cual en senos cóncavos encierra
Las aguas usurpadas al gran rio,
Donde los peces viven sin ver guerra.
Pudiera en cada cual un gran navio
De aquellos que á Neptuno son mas graves,
Navegar sin temor de hallar bajío:
Mas solamente aquí navegan aves
De aquellas que á la muerte se aperciben
Con cantos apacibles y suaves.
Aquí redes y engaños se prohiben,
Y así discurren sin temor las fieras,
Y á los hombres pacíficas reciben.
La hermosura y la paz de estas riberas
Las hace parecer á las que han sido
En ver pecar al hombre las primeras.
Alzase al lado del jardin florido

Con cuatro hermosas fuentes una casa,
Que nunca el sol su semejante ha herido.
Del alto chapitel hasta la basa
Ninguna imperfeccion hallarse puede,
Si el gran Vitruvio vuelve, y la compasa.
Pues lo interior, que á lo esterior excede
En materia y en arte, que tal sea
Con esto solo declarado quede:
Que nuestro gran Filipo dió la idea,
Y en ella sus cuidados deposita,
Cuando su corte deja y se recrea.
Que puesto que los hombros jamas quita
Del peso, con que Atlante desmayara,
Con eso lo aligera y facilita.
Los árboles, las aves, la agua clara
En este verde sitio son testigos
De las heróicas obras que prepara:
Del modo con que traza los castigos
A la cerviz, que huyó del yugo santo,
El premio regalando á los amigos.
Las aves mezclan su acordado canto
Entre los dulces y ásperos decretos,
Que han de poner despues al mundo espanto.
Y aquellos profundísimos secretos,

Que á los ausentes príncipes desvelan,
Y les tienen los ánimos inquietos;
Aquí con los ministros se revelan,
Y el templo del gran Jano se abre ó cierra,
Los pueblos se castigan ó consuelan;
Y la espantable y poderosa guerra
Aguarda que de aquí le den materia
Para cubrir de sangre el mar y tierra.
Mas no dentro los límites de Iberia,
Donde la paz y la justicia santa
Previenen con cuidado á tal miseria.
Aquí se engendra el rayo, mas no espanta
Sino al loco Nembrot, que contra el cielo
Muros de barro frágiles levanta.
Filipo, tú tambien, que del abuelo
Y padre, emulacion gloriosa al mundo
Prometes, y en su pérdida consuelo;
Miéntras tu padre con saber profundo,
Y tu niñez te escusan del trabajo,
Entre esas flores andas vagabundo.
Tiempo vendrá que no te ofrezca Tajo
En su ribera conchas, mas caballos,
De aquellos que lo beben mas abajo:
Y que tú y esos niños tus vasallos

Armados convirtais en gruesas lanzas
Las que agora jugais de tiernos tallos.
Entónces cumplirás las esperanzas,
Que das de tu valor, dejando libres
A los que dan agora dél fianzas;
Y ya la Grecia espera que la libres,
Que abras el paso del sepulcro santo,
Y que la espada en su defensa vibres:
¡O temeraria lira! ¿porqué tanto
El punto subes, que entre el son horrendo
De las trompetas suena ya mi canto?
Vuélveme á la ribera, donde viendo
Estaba con el Príncipe á su hermana
Rayos de luz y flechas despidiendo:
Tal en el monte Cintio á su Diana
Rodeada de vírgenes hermosas
Fingió la antigüedad en forma humana.
No huyen, no, las fieras temerosas;
Mas ántes como víctimas sagradas,
Se ofrecen á sus flechas poderosas.
Las flores del divino pie pisadas
Ya miran con desprecio á las estrellas,
Y son de las estrellas envidiadas;
Y puesto que la esperan gozar ellas,

Y saben que en el mundo su presencia
Las hace con los hombres ménos bellas :
La detienen acá con su influencia,
Y proponen su daño y su deseo
Forzadas de la eterna Providencia.
¿Pero qué mar inmenso es el que veo,
¡ O divina Isabel! de tus virtudes,
Donde pierde las fuerzas Himeneo?
Que tanto á todos sobras, que sacudes
El yugo dulce y fuerte, que procura
Que á llevar con tu cuello hermoso ayudes :
Y libre, como Fénix, tu hermosura
Al dichoso Aranjuez se comunica
Entre sus claras aguas y verdura...

SONETOS.

I.

Tanto mi grave sentimiento pudo
Que en la mano de bárbara violencia
Hizo dando lugar á la clemencia
Volver el filo del cuchillo agudo.
¿Hay por ventura de diamante escudo
Que pueda hacer tan firme resistencia,

Como de un alma pura la inocencia
Que ofrece el pecho al vencedor desnudo?
Yo ví, yo ví los ojos, nó es mentira,
Que muerte amenazaban, detenerse
Con blando afecto en la miseria mia;
Y deshacerse los nublados de ira,
Y la santa piedad aparecerse;
Que todo es fácil si en la fé se fia.

II.

Este prolijo y tenebroso dia,
El cual con piedra negra notar quiero,
Memoria es dignamente del primero
De mi vida, si es vida aquesta mia.
Entónces lo lloraba en profecía,
Y de su soledad tomando agüero,
En tanto que viviere ya no espero
Tener en él sucesos de alegría.
Odioso me será, y odioso sea
Al cielo y á la tierra eternamente,
Pues en él se me esconde Galatea;
Entre las noches lóbregas se cuente,
Y en él ninguna accion jamas se vea
Digna de que la fama la sustente.

III.

Tras importunas lluvias amanece
Coronando los montes el sol claro,
Salta del lecho el labrador avaro
Que las horas ociosas aborrece.
La corva frente al duro yugo ofrece
El animal, que á Europa fué tan caro:
Sale de su familia firme amparo,
Y los surcos solícito enriquece.
Vuelve de noche á su muger honesta,
Que lumbre, mesa y lecho le apercibe,
Y el enjambre de hijuelos le rodea.
Fáciles cosas cena con gran fiesta,
El sueño sin envidia le recibe:
¡Oh corte! ¡o confusion, quien te desea!

IV.

Yo os quiero confesar, Don Juan, primero,
Que aquel blanco y carmin de Doña Elvira
No tiene de ella mas, si bien se mira,
Que el haberle costado su dinero.
Pero tambien que me confieses quiero,
Que es tanta la beldad de su mentira,

Que en vano á competir con ella aspira
Belleza igual de rostro verdadero.
¿Mas qué mucho que yo perdido ande
Por un engaño tal, pues que sabemos
Que nos engaña así naturaleza?
Porque ese cielo azul que todos vemos
Ni es cielo, ni es azul. ¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

V.

Lleva tras sí los pámpanos Octubre,
Y con continuas aguas insolente
No sufre Ibero márgenes ni puente,
Mas ántes los vecinos campos cubre.
Moncayo como suele ya descubre
Coronada de nieve la alta frente,
Y el sol apénas vemos en Oriente
Cuando la opaca sombra nos le cubre.
Sienten el mar y selvas ya la saña
Del aquilon, y encierra su bramido
Gente en el puerto, y gente en la cabaña:
Y Fabio en el umbral de Tais tendido
Con vergonzosas lágrimas le baña,
Debiéndolas al tiempo que ha perdido.

VI.

Imágen espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes mas mi pecho,
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Consuelo solo de mi adversa suerte.
Busca de algun tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo;
O al rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.
El uno vea el popular tumulto
Romper con furía las herradas puertas,
O al sobornado siervo el hierro oculto.
El otro sus riquezas descubiertas
Con llave falsa, ó con violento insulto;
Y déjale al amor sus glorias ciertas.

POESIAS ESCOGIDAS

DE

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

SATIRA.

CONTRA LOS VICIOS DE LA CORTE.

Dícesme, Nuño, que en la corte quieres
Introducir tus hijos, persuadido
A que así te lo manda el ser quien eres.
Que ya la obligacion, con que han nacido,
Concede á su primera edad licencia,
Para que intenten á volar del nido.
Que en los umbrales de la adolescencia
Poniendo acibar junto de la leche,
O el pedagogo evitas, ó su ciencia;
No porque como inútil se deseche,
Sino porque les des la que él no alcanza,
Que al trato humano mas les aproveche.
Supuesto, dices, que han de hacer mudanza,

¿A donde ocurrirán como á la corte
Unica perfeccion de su crianza?
Si estás resuelto de seguir su norte,
Precediendo consulta, no me atrevo
A estorbarlo, por mucho que te importe.
Mas si en virtud de otro consejo nuevo
Quisieres ver que el tuyo es peligroso,
Mira cuan sin efugios te lo pruebo.
Bien que si huyendo el paternal reposo
Al espanto te espones, ó á la ira
Por algun caso, ó grave, ó afrentoso;
Si tus amadas prendas (á quien mira
Como á su luz tu patria) ver deseas
Despojos de la pública mentira;
Y si cebarse en las mohatras feas
(Habiéndo el patrimonio trastornado)
Te persuade alguno que los yeas;
Si ciegos al honor, y del cuidado
Del gobierno político incapaces,
Y de las calidades de su estado;
Si viciosos, al fin, y contumaces,
En lujuria, y en gula; vengan presto,
Tráelos á la corte, muy bien haces.
Mirando estoy, que te santiguas desto,

Y que enojado quedas, ó risueño,
Llamándome filósofo molesto:
Pues enfrena la risa; ó templa el ceño,
Y en mi defensa escúchame entretanto,
Que estas proposiciones desempeño.
Si está en verdad, que no nos mueve tanto
Docta declamacion, Griega ó Latina,
Como el ejemplo vivo, ó torpe, ó santo;
Del padre, que á sus hijos disciplina
Con mal ejemplo, ¿quien dirá que es prueba
De la águila, que al sol los examina?
¿Pues dar rienda á la edad ferviente y nueva,
No es culpa de indiscreto amor paterno,
Que á manifiesta perdicion la lleva?
El diestro agricultor al árbol tierno
De recientes raices no lo espone
Luego á las inclemencias del invierno:
Que hasta que su virtud se perfeccione,
De hojosas ramas entreteje setos,
Cuya defensa en torno le corone.
Así con Preceptores, y precetos
Lucirán esos niños, pues los crias
Para que excedan á los mas perfetos.
Y ordénales que busquen muchos dias

La mas útil verdad en las Historias,
Y aprendan de las dos filosofías,
Con que medio se alcanzan las vitorias,
Y se guarda la paz; y al fin que apliquen
El pensamiento á verdaderas glorias.
Para esto harás que siempre comuniquen
Con tales hombres, que seguramente
A imitar sus costumbres se dediquen,
Y porque hay enemigos en Oriente,
Y en Africa los hay, y el siglo nuestro
Acá produce ocasionada gente;
Tomen espadas negras, y algun diestro
A enseñarles con modo á herir comience,
(Solo en aquella facultad maestro.)
Mas al trabajo (el cual si abunda, vence,)
Suceda el ocio; pero no tan largo,
Que contra la virtud se desvergüence.
Y así en el ayo, que los tiene á cargo,
Cubra mas que las canas el bonete,
Sepa ser dulce, y si conviene, amargo.
Goce los mismos gages, que él decrete:
Que, en bien de tus caballos si pagaste
Precio tan excesivo por Amete,
No has de juzgar que el ordinario baste,

Para el que de tus hijos traiga cuenta,
A quien como á segundo padre honraste.
Haz que en sus aposentos no consienta
Un page disoluto; ni allí suene
Cancion de las que el vulgo vil frecuenta:
Cancion, que de Indias con el oro viene
Como él á afeminarnos, y perdernos,
Y con lasciva cláusula entretiene.
Al curioso inventor de usos modernos,
Copete, y goma, que lo carguen de heno,
Como al buey coceador sobre los cuernos.
El cuadro, que no fuere casto y bueno,
En ningun caso por sus puertas entre,
Porque parece almíbar, y es veneno.
Y haz que tanto concierto se guarde entre
Sus pages, que un descuido, un desaliño
En bufete, ó en silla no se encuentre.
Gran reverencia se le debe á un niño:
En los principios su salud consiste;
Por esto á su observancia le constriño.
Porque en su edad con tanta fuerza embiste
Las sencillas potencias el objeto,
Que ninguna un momento le resiste:
Antes agarran del primer conceto,

Y andan como los ojos de la sierva
Atendiendo á sus manos con respeto.
El vaso nuevo así el olor conserva,
Que la primera vez le cupo en suerte,
Ya ministrando á Baco, ya á Minerva.
Pues si en lo que le aplican se convierte
Un niño, ¿puede hacerle mayor tiro
Quien de sanos principios le divierte?
Mi opinion es al fin (porque no aspiro
A caminar por senda tan andada,
Formando con preceptos otro Ciro)
Que cuando les conozcas arraigada
Con la eleccion, que al ciego error condena,
La fuerza á proseguir determinada;
Que entónces vengan muy en hora buena,
Para que con su ejemplo nos refrenen
De lo que aquí nos turba, y desordena.
Pero si agora en este tiempo vienen,
¿Que piensas que hallarán, sino ocasiones
Adonde pierdan el candor, que tienen?
¿Qué Fabios toparán, ó qué Cipiones?
¿A qué Lacedemonia los envías
Rígida formadora de varones?
Nuño, si á los leones los confías,

La inocencia una vez sola en su lago
Fué recibida con entrañas pías.
Y así el punto, en que lleguen, por aciago
Con carbon nota; como quien confiesa,
Que juzga por certísimo su estrago.
Tienen aquí jurisdiccion espresa
Todos los vicios, y con mero imperio
De ánimos juveniles hacen presa:
Juego, mentira, gula, y adulterio,
Fieros hijos del ocio, y aun peores
Que los vió Roma en tiempo de Tiberio,
Y los de sus horribles sucesores:
Las noches de Calígula, y de Nero
Son á nuestros portentos inferiores.
De Síbaris el trato hallo severo,
Su juventud viciosa penitente,
Si con la desta corte la confiero.
Aquí es tenido en poco quien no miente,
Quien paga, quien no debe, quien no adula,
Y quien vive á las leyes obediente:
Y admitido al honor, quien disimula
En pacífica piel hambre de fiera,
Que con modesto nombre la intitula.
Pasea el que en su patria no pudiera

Fiarse á su muger, y por insultos
Quebró los grillos, y la cárcel fiera:
Religiosos apóstatas ocultos
En mentiroso trage de seglares,
Sediciosos, y autores de tumultos.
De semejantes monstruos, que á millares
Nuestro teatro universal admite,
De príncipes amigos familiares,
Los nocturnos solaces del convite
En indecentes casas celebrado
¿Hay aquí autoridad que los evite?
¿Pues mira tú si un jóven, frecuentado
De los tales, podrá salir modesto,
Aunque de tres aceros venga armado?
Ninguno fué torpísimo de presto:
Que el agua poco á poco le combate,
Mas cuando acuerda, se halla descompuesto.
Andad acá, señor, ques es disparate
Estar leyendo, dice un Ganimédes
Destos, que andan perdidos á remate.
Si habeis venido á estar entre paredes,
Y á no ser visto, claven esa puerta,
Y pongan campanilla, torno, y redes.
Como si no viniese en él cubierta

La mas perjudicial, que le embaraza
La vida, y la salud le desconcierta.
Salen juntos al Prado, que es la plaza
De armas, donde la gran Reina de Gnido
La gente alista, y sus facciones traza.
Queda el bisoño ya persuadido
A frecuentar los árboles, saeta,
De que (sin que lo sienta) quedó herido.
Los Narcisos lo admiten á la Seta,
Que mas por randas, y almidon suspira,
Que por la perdicion de la Goleta.
Luego que el bozo á dar bigota aspira,
No diré yo si lo arma, ó si lo aflige
Con pegajoso baño de alquitira;
Ríndese á un fiel Acátes, que lo rige,
A cuya risa, y voz, que desentona,
Cosa, que hubiera de imitar, corrige.
Este á sus meretrices le aficiona,
Y en el error del laberinto ciego
Sin prevencion le empeña, y le aprisiona.
Otro en cuevas sacrílegas de juego,
Donde suenan blasfemias esquisitas *
Dignas de celestial vengador fuego.
Parecen mesas bárbaras de Scitas,

Y su estruendo el del címbalo, ó tinaja,
Donde habita el Tarentino Arquítas.
Cállase aquí quien forma la ventaja,
La industria del artífice, que juega,
O la suerte, que yace en la baraja.
Al fin cualquier novel, que se le allega,
O le reduce la virtud á ménos,
O alguna grave enfermedad le apega.
Convídale otro á visitar los senos
Desta gran poblacion, de seda y oro,
Y de pinturas admirables llenos,
Que á ley de ingenio valen un tesoro;
En la de Dios, él sabe lo que cuesta
Leda en el cisne, Europa sobre el toro,
Vénus pródigamente deshonesta,
Sátiros torpes, ninfas fugitivas,
Y entre las suyas Cintia descompuesta.
Que las tendria por figuras vivas,
Quien juzgarlo á sus ojos permitiese,
Tanto como las juzga por lascivas.
¡Mas qué ni un cortes pámpano creciese
El favor del pincel, ni otro piadoso
Velo, que á nuestra vista se opusiese!
En esta sala el Genoves vicioso

Bañado en ámbar las usuras vierte,
O en juego, ó en convite delicioso.
Tiene nuestra Española con tan fuerte
Mágica preso al Ligurino bravo,
Que en la lluvia de Dánae lo convierte.
Conservas, que navegan desde el cabo
De Zeilan, toman puerto en su posada,
Sin que Neptuno quiera ser su esclavo.
Y allí en brocado envuelta la casada
Por ignoto portillo introducida,
Del yugo maridal se desenfada.
Su esposo es noble, y ella bien nacida;
¿Pero aquella paréntesis que importa
En un discurso largo entremetida?
Demas que otra madama, y no de corta
Fortuna, no desdeña el hurto mismo,
Y un grave ejemplo, si no manda, exhorta.
Deste y otros secretos es abismo
El confidente amor de una vecina,
Que nunca ha cometido solecismo.
Esposa fué de un César Mesalina,
Y lámparas de bálsamo dejaba,
Techos de oro en la cumbre Palatina:
Y al candil, que en su casa un Lenon daba,

Augusta meretriz.....
.....por vil precio acariciaba.
Pensó, que hurtando el nombre y el postigo,
Que abre y cierta á sus cómplices Licisca,
Evitara la infamia, y el castigo.
Harto mas cauta á su interes se arrisca
Nuestra Godeña, si al galan secreto
Los cambios por injustos le confisca.
No admiten la moneda del decreto
Su coche, sus tapices y sus galas,
Que presuponen apaga con efecto.
No todas estas fáciles zagalas
Lleva tras sí la liviandad del sexo,
Que de otras causas cobran fuerza y alas.
Pues quizá es omision, si no es consejo,
De benignos maridos, y de tias
De sagaz y compuesto sobrecejo.
Reciben al principio unas bugías;
Mas luego anhelan al metal mas grato,
Y en figura de ninfas son Harpías.
El Mayorazgo es corto, el aparato
Abundante de joyas y de telas,
Para servir al Idolo de ornato.
¿Quien nos dirá (dejadas sus cautelas

Mayores) lo que cuestan sus encajes,
Sus cadenetas, randas y arandelas?
¿Quien las ciegas mudanzas de los trages?
Que yo por no decirlas, ó por solo
No verlas, habitara entre salvages,
Adonde miran por Zenit el Polo,
O en la Barbaria, que hacen no habitable
Onzas y Tigres, ó el fervor de Apolo,
El ornato á su antojo es variable,
El culto, que les bruñe, y hace tersas
Las mejillas, ni limpio, ni mudable.
Ya en los tocados no andan muy diversas
De las bárbaras mitras, que traian
Sobre el cabello las mugeres Persas.
En cultivarse unánimes porfian:
El ornato sin causa, y así á bulto,
Hasta las mas honestas lo varían.
Gran diferencia va de ornato á culto,
Este lascivia, aquel soberbia arguye,
De una sola atencion distinto insulto.
La humilde sumision del ornato huye,
Como la castidad deste segundo,
Que del ánimo es cierto que la escluye.
Y si aquel pide perlas á otro mundo,

¿ Este para sus baños y sus mudas
Anda ménos curioso y vagabundo?
O tú, cualquier que seas, la que sudas,
Arando surcos en los materiales,
Que en la tez natural del rostro engrudas;
Si destilas con esto los metales,
Que taladran las sienes, ¿qué deleite,
O qué esplendor te infunden baños tales?
¿Goma tenaz, y avenenado aceite
Podránte preservar de las arrugas,
Que anticipa el abuso del afeite?
¿Qué tan mohina contra Dios madrugas
A enmendarle su hechura, y del espejo
Al arbitrio aquí mojas, y allí enjugas?
Y el dedo (ya pincel) curte el pellejo,
Donde estiende con líquidos barnices
Las manchas, ó las nubes de un bosquejo.
Risa á la vista, hedor á las narices,
Mentira aborrecible á todo el cielo,
Y á los que dél cayéron infelices.
¿Piensas que añaden gracias al cerbelo.
Esas piedras, y perlas que le aplicas?
¡O siglo atroz, de abominable zelo!
¡Qué monstruos de otros monstruos multiplicas!

¿Qué dijera el severo Tertuliano
A vista de costumbres tan inicas?
¿Cuanta se engendra en el distrito humano
Hermosura odorífera, ó luciente,
Das al antojo de un adorno vano?
La piedra, que el Dragon cria en su frente,
Pones, Lice, en la tuya: ¡o cuantas veces
Le das sucio lugar no diferente!
¿Mas las que en los celebros de los peces
Naciéron, no podrán quejarse, viendo
A cuan mas leve casco las ofreces?
Pero al lugar donde salí, volviendo,
Porque de divertido no me acuses
(Bien que no sin gran causa) ya me enmiendo:
Y digo, caro Nuño, que rehuses
Tu gusto, y á tus tiernas palomillas
El vuelo peligroso les escuses:
Que andan muchos Azores por asillas,
De cuyas uñas penden los despojos
De otras aves incautas y sencillas.
¿Quien en la corte volverá los ojos
Sin topar un objeto, que los venza,
Que abone, y acaricie sus antojos?
Es un mañoso engaño, que comienza

Con título de honesto regocijo,
Y entre manos se os vuelve desvergüenza.
El proverbio vulgar corte ó cortijo,
En mi opinion fué loco, ó fué blasfemo,
Digno de una mordaza quien lo dijo.
El sábio en medio uno y otro estremo,
Desengañado, estableció vivienda,
Y es todo lo demas vivirla al remo.
Que en Madrid ni hay paciencia ni hay hacienda,
Para vivir al uso; y ménos malo,
Si aquí esperar pudiéramos la enmienda:
Pero entre los peligros que señalo,
No hay quien sin vicios ande, ó sin la fuerza,
Que los produce todos, del regalo.
Este es voraz, que en recordando almuerza,
Y deja seno para tres comidas,
Aunque por donde entró salga la berza.
El otro entre comadres conocidas,
Que saben mil secretos, reprehende
Entre sus almohadillas nuestras vidas:
Y como ocioso de sus labios pende,
Al blando taburete se acomoda,
Y á los chismes inútiles desciende.
Otro, gastada ya su hacienda toda

Con Lesbia, hace el postrero desconcierto,
Y la conduce en clandestina boda.
Al panal de sus labios inesperto
Corrió, para lograr la miel primera,
Con risa del que sabe lo mas cierto.
Y el padre, como Crémes por la nuera,
Que tañe y canta, contra el hijo brama,
Aunque al fin se conforma y se modera.
Hay quien modernas invenciones ama,
Peinado siempre, y limpio como arminio,
Que su hacienda, y su crédito derrama;
Y en perdiendo el dinero, hace desinio
Sobre el de los amigos no advertidos,
En quien por esto tiene predominio.
¿Qué diré del que suelta los sentidos
Solo al olor de la primera rosa,
Y acomoda familias y maridos?
Es gran tesoro aquí una hija hermosa,
Aunque ande con su madre tan asida,
Que sin su voluntad no intente cosa.
¿Y habrá en los que profesan esta vida
Alguno, que se precie de amor puro,
Que eleve el alma al dulce objeto unida?
¿Que salga en los alientos del seguro

Pecho, que con fineza heróica ahuyenta
La inclinacion del apetito escuro?
Todo es torpeza, imperfeccion y afrenta,
Que estraga la salud, y en tiempo breve
La vida, que en sus gustos apacienta.
Otro verás, que á acrecentar se atreve,
Cercado de valientes y crueles,
El número famoso de los nueve.
Al sol nos muestra horrendos sus lebreles,
Bien que á la luna él sabe si acometen
La riña tan ligeros, como fieles:
Y para que estos mismos le respeten,
Finge la voz, ó bárbara, ó robusta,
Porque á inhumanidad se lo interpreten.
No de caballos generosos gusta,
Para correr los montes y los valles
Del Belgio helado, y de la Libia adusta:
Pero alaba sus brios, y sus talles,
Para sacar centellas de guijarros,
Cuando nos desempiedran nuestras calles.
Y no se correrán de andar bizarros
Con rostros opilados y sutiles,
Y quizá de comer cascos de barros.
¿No fuera gran vergüenza ver, que Aquiles

Y el gran Hector tratáran con ahinco
En estas travesuras femeníles?
En comprar dijes, en feriar un brinco
Traen cinco sentidos ocupados,
(Si no carecen del comun los cinco);
Y aunque el uso los tenga disculpados,
Pero saben tan poco de otras cosas,
Que es risa (ántes dolor) ver sus cuidados.
Sus motes, sus empresas amorosas
(Honor de sus adargas en las fiestas)
Te lo dirán, si examinarlas osas,
O en la ocasion urgénte sus respuestas
Envueltas en sofística doctrina,
Aun á los nuevos lógicos molestas.
Discrecion, que afectada determina
Las voz ántes pacífica en su quicio,
Primero aguardaré una culebrina.
¡ O cuantos hallarás, que (á su juicio)
No influyen otras partes esenciales
En la nobleza, que ignorancia y vicio!
¿ No ves llorar las artes liberales,
(Que este nombre les diéron, porque en ellas
Se ejercitaban hombres principales)
De qúe hagan sacrilegio el recogellas,

Ni en un zaguan ? Y así como en estraña
Region vierten en vano sus querellas.
El gran Cipion solia en la campaña
Peleando, oponerse al sol y al yelo,
Como lo saben Africa y España:
Y se preciaba de saber del cielo
Causas y efectos, y la agreste ciencia,
Que fructífero vuelve el rudo suelo.
Los triunfos que adquirió en su adolescencia
Vió Roma; y en el cómico Proscenio,
Por él edificado, su elocuencia:
Con quien sus convidados Lelio y Enio,
Al tiempo que en la olla hervian las coles,
Conferian en pláticas de ingenio.
Y entre nuestros preciados Españoles,
No robustos, ni dados al trabajo,
Ni curtidos por yelos, ni por soles;
El que con traza escribe, es hombre bajo,
Y estiman por ilustre al que figura
Por letras unos pies de escarabajo,
Que el diablo (á quien semeja su escritura)
No las descifrará, si en quince dias
Con diabólica industria lo procura:
Sus caractéres son, pero vacias

Señales; y así no las interpretes,
Como ellas lo merecen, por impias.
Mas piensa la frialdad, que en sus billetes
Desta letra verá Madamisela,
Que vocablos trocados, que juguetes!
Anda el confiadillo en centinela
Por lograr un conceto, ó dicho bueno;
Y alábolo, si en esto se desvela:
Pero vino á acostarse el vientre lleno
De pavo, y el celebro se le abrasa
Del gran licor, qué se avivó al sereno.
Porque hizo media noche en cierta casa:
Hubo mimos, bailó la Histrionisa,
(Turba, que en fiesta las tinieblas pasa.)
Duerme, y ántes que pida la camisa,
Ya son las doce, y pasará buen rato,
Y perdone el precepto de la Misa.
¡Pues cuan digno es de ver el aparato,
La priesa y ceremonia, que anda entre ellos,
Cuando se está vistiendo el mentecato!
Un ministro le crespa los cabellos,
Miéntras que el otro allá formas inventa
(Mas que las del panal) de abrir los cuellos.
¿Di, el brasero y los hierros que calienta,

No le condenarán por Cirujano,
Que apercibe cauterios, legra y tienta?
Todos andan vistiendo á Don Fulano,
Porque él de flojo y lánguido no puede
A tales usos alargar la mano:
O piensa que es grandeza, y finge adrede
No saberse vestir; porque el aseo
Solamente á los siervos se concede.
Pone el rostro á lo Turco ó Nabateo,
Mostachos y aladares se perfila,
(Que es belleza tener algo de feo.)
Luego su Consejero, ó su Sibila
¡Qué calumnias, qué pláticas secreto
En sus orejas fáciles destila!
Háblale, ó con denuedo, ó sin respeto,
(Dominio viene á ser, mas que privanza,
Que tiene mas de un Príncipe sujeto),
Y como ejecutor de su esperanza,
(Odio comun de los demas criados)
A todos sus antojos se abalanza.
Pero su industria es tal, que los pescados,
Como á su Antonio los sirvió Cleopatra,
Del agua se los da en la red guisados.
Traza el empeño á cambio, la mohatra

En el aire acomoda, y siempre flecha
Al que en las mismas aras idolatra.
Y aunque á su dueño el corazon le estrecha
Por una parte la molesta usura,
Por otra á nuevas fraudes se pertrecha.
Al son de los doblones asegura
Con las fuerzas que pide al que los presta,
Y se deja enlazar de la escritura:
Que la tardanza sola es la molesta,
Y así con sus privados clandestinos,
A vista de la cédula hace fiesta:
Como de algun electo los sobrinos,
Que arribando las bulas, que tardaban;
Besan aquellos sacros pergaminos.
Pues ver cuando los plazos se le acaban,
Con qué cauto desvío arma la treta,
A los que ántes sin ley le desarmaban:
Que si engañado el acreedor le aprieta,
Por mas que le persiga diligente,
Le entretiene, le burla, y le sujeta;
De suerte, que agraviado y obediente
Le da otros plazos, y contemporisa,
Aunque conoce que otra vez le miente;
Y cuando á judicial rigor le atiza,

Le ruega, y turba y del concierto escrito,
Proteo en formas mil se le desliza.
En efecto en la ley de su apetito
No hay palabra, no hay fe, no hay gentileza;
Antes cobrando fuerzas del delito,
No atiende mas á fueros de nobleza,
Que un Juez pesquisidor, que acelerado
Se opone á Dios, y á la Naturaleza.
Destos niños Madrid vive logrado,
Y de viejos tan frágiles como ellos,
Porque en la misma escuela se han criado:
Que cuando el tiempo, al fin, para vencellos,
Con no previsto hibierno se incorpora,
Sus barbas plateando y sus cabellos;
Este les pone luto, aquel los dora
Con fuego, baño, y peine fementido,
Resistiendo á la fuerza vencedora.
Como si fuera injuria haber vivido,
O al sol pudiesen detener las riendas,
O infundir en sus ánimos olvido.
Ni á vosotras, o tocas reverendas,
Autoridad y norte de la casa,
Ha de negar mi musa sus ofrendas.
Por vuestras manos su comercio pasa,

Los lechos conyugales, y aun las cunas
Mancilla vuestra industria, ó las abrasa.
El agraz virginal de las alunas
En las prensas arroja aun no maduro,
Sin aguardar tardanzas importunas.
Descoyunta el candado, humilla el muro,
En la familia toda infunde sueño,
Introduce al adúltero seguro.
Ni un fiel ladrido, ni un rumor pequeño
A su eficaz supersticion se opone,
De las potencias absoluto dueño.
Pero no he de negar, que aunque aficione
La inclinacion al gusto, hay otra rueda
Superior, que esta máquina compone:
La grave autoridad de la moneda,
Del áspero desden nunca ofendida,
Porque jamas oyó respuesta aceda.
Arbitro de la muerte y de la vida,
Que fisga del valor, y del derecho,
Porque del trato humano se despida.
Y así todo es venal, no hay sano pecho:
Cada cual Epicuro, ó Aristipo,
Su deleite pretende, ó su provecho.
Si tú pudieses ver, como el Menipo

De Luciano, en los aires sostenido,
Cuando hierve esta corte de Filipo;
De su desórden, tráfago y ruido,
Sin otros argumentos importantes,
Quedarias asaz persuadido.
Como aquí de Provincias tan distantes
Concurren, ó por gracia, ó por justicia,
Diversas lenguas, trages y semblantes;
Necesidad, favor, zelo, codicia
Forman tumulto, confusion, y priesa
Tal, que dirás, que el orbe se desquicia.
Tropel de litigantes atraviesa,
Con varias quejas, varios ademanes,
Sus causas publicando en voz espresa.
Entre mil estropeados Capitanes,
Que ruegan y amenazan todo junto,
Cuando nos encarecen sus afanes;
Los vivanderos gritan, y en un punto
Cruzan entre los coches los entierros,
Sin que á dolor ni horror mueva el difunto.
Las voces, los ladridos de los perros,
Cuando acosan la fiera, aquí resuenan,
Y aquí forjan los Ciclopes sus hierros.
Todos esperan, y discordes penan,

Segun la disonancia de los fines,
Y prosiguen lo mismo que condenan.
Mas dirás, que no todos son ruines,
Que entre los vicios las virtudes nacen,
Como entre yedras, rosas y jazmines.
¿Pues eso no está claro? Que aunque yacen
Sordas, tal vez avivan las acciones,
Y á su nobleza misma satisfacen.
Mas básteme mostrar las ocasiones,
Y peligros, que vencen las mas veces,
Y el grande riesgo á que tus hijos pones.
Y digo al fin, que si los aborreces,
Y no admitiendo el parecer segundo,
Constante en el primero permaneces;
Que si en tu casa hay pozo bien profundo,
O alta ventana, allá los precipita:
Que en los castigos no desplace al mundo
Quien por clemencia el mas horrendo evita.

CANCION.

De los campos y mares se apodera
Céfiro tú ministro á su albedrío
Formando el tiempo, amor, que mas te agrada:
Pues con máquinas vuelve ya el navío,

Que enjuto reposaba en la ribera
A la tranquilidad tiranizada;
Y crespando las olas á su entrada
Tiende los lienzos al favor del cielo.
El prado rie, y su virtud fecunda
De cien mil partos fértiles abunda,
Que blanqueaba rígido del yelo:
Mas con el blando vuelo
Del pacífico soplo abre los poros,
Y pródigo descubre sus tesoros.
Tú, armado de ternuras y suspiros
En los silbos de céfiro te arrojas,
Y en su espacioso diáfano sereno
Oyes dulces querellas y congojas,
Y se encuentran recíprocos los tiros,
Que de néctar bañaste y de veneno.
Tal vez acudes al amado seno
De Ericina, la cual te abraza y prende,
Y en su carro sentada; y tú en sus faldas
Sembrando varias flores y guirnaldas,
Deja volar sus Cisnes, y desciende
Donde Adónis atiende
A la robusta caza, y con mil bellas
Ninfas lo busca y lo regala entre ellas.

Todo es amor y paz, las piedras aman
Dando suspiros mudos, y las vides
En alegre silencio amor las casa,
Con los soberbios árboles de Alcídes:
Las flores se entretejen y se llaman,
Y tu flecha las hiela y las abrasa.
El mismo sol enamorado pasa
Tan risueño el viage, que parece
Que persigue la Ninfa de Peneo:
Y para ostentacion de su deseo,
La pompa de la luz con que amanece
Trémula resplandece
Sobre las ondas, y las rosas dora
Que pintó con su púrpura la aurora.

Las rosas cuando dellas mas compuesta
Su abril adorna la nativa espina:
Que una sus hojas cual belleza inculta
Confiada dilata, otra se inclina
Dentro en sí misma tímida y modesta
Con virginal vergüenza medio oculta;
Algunas en niñez ménos adulta
Dentro el materno manto se aperciben
Para salir tambien á competencia
De toda la olorosa diferencia

A quien las aves, que á su sombra viven,
La gloria que reciben
¡Cambio divino! abriendo su armonía,
La recompensan en sintiendo el dia.

EPISTOLA.

Yo quiero, mi Fernando, obedecerte,
Y en cosas leves discurrir contigo
Como quien de las graves se divierte.
Por lo cual será bien, que las que digo
No salgan fuera del distrito nuestro,
Que al fin van de un amigo al otro amigo.
Y no soy tan soberbio ni tan diestro
En dar preceptos, ni advertir enmiendas
Que aspire á proceder como maestro.
Digo pues que me place el ver que atiendas
Tanto á las filosóficas verdades,
Que siempre de sus órdenes dependas.
Pero que alguna vez te desenfades
De aquel rigor, y el gusto no apremiado
Se cebe en mas benignas facultades.
Que si ellas guardan su nativo agrado,
No será menester que lo compelas
A seguir lo que yo le persuado.

Que allí no hay que ocurrir á las cautelas
Que por ventura un tiempo ejercitabas,
Como lo enseñan hoy nuestras escuelas.
Cuando para probar tu intento andabas
Afilando entimemas, que volantes
Salen de las dialécticas aljabas.
Porque á lo ya pacífico levantes
Por diversion el gusto con las nueve
Pierides ingenuas y elegantes.
Y la cansada historia que nos debe,
A pesar de la muerte, ejemplos vivos
Por los vestigios de la edad te lleve.
Y saliendo despues de sus archivos,
Al poético ardor se ofrezca el pecho
Dispuesto á pensamientos mas altivos.
Esta excelente inclinacion sospecho,
Sin que preceda rigoroso examen,
Que es la que mas te deja satisfecho.
Síguela pues: por mas que la desamen
La inconsideracion y la fortuna,
No aflijas con violencia tu dictámen.
Y cuando en la sazon mas importuna
Sigue aquel en la selva unos ladridos
Al resplandor escaso de la luna;

Y el otro rinde al juego los sentidos,
O en indignos sugetos que no ignoras
Andan nuestros patricios divertidos;
Tú retirado las nocturnas horas
Escribe á vigilante lamparilla,
O en la estudiosa luz de las auroras;
Contra el rapaz que la razon humilla
Remedios nuevos, con primor juntando
En los versos deleite y maravilla.
Y si te instiga mas, dulce Fernando,
La fama de magnánimas acciones,
Costumbres y Provincias esplorando;
O si á canto mas digno te dispones,
Inquiriendo el concurso de los siete
Planetas y sus varios impresiones;
Resuélvete al designio y acomete,
Que á seguir sus estímulos resueltos
El orbe encerrarás en tu retrete.
Pero si no te hallares desenvuelto
En consonar nuestro lenguage, fia
La empresa al generoso verso suelto:
Porque la libertad de la armonía,
Como solo sus números respeta
De emparentar las voces se desvía.

Y el que atiende á la parte mas perfeta,
Ponderando y midiendo consonantes
A ridículo estorbo se sujeta.
El ser forzoso que apercibas ántes
Lo ménos sustancial verbos y nombres
Que suenen con acentos semejantes;
Y que si ha de acabar la estanza en hombres,
Como si te mostrase alguna fiera,
Diga el verso anterior que no te asombres.
Por esto apénas oyes rima entera,
Con ámbas partes fáciles y llanas,
Y escluyes por ociosa la primera:
Como para guisar palustres ranas,
Que sospechoso el cuerpecillo todo
Las piernas solo nos ofrecen sanas.
Y cuando aplaya el Nilo, de este modo
Causa el fecundo sol generaciones
En las grasezas del informe lodo:
Que organiza los húmedos terrones,
Escarban ya los pies, gruñen las testas,
Sin darles forma entera de ratones.
Desde que llevan consonante acuestas
Miran su trabazon los versos ruda,
Con voces no importantes ni dispuestas.

Concedo que á las veces nos ayuda,
Y apoya la sentencia si lo ablanda
El arte, ó á mejor lugar lo muda.
La fuerza del dinero, ó sirve ó manda,
Y la del consonante, que igualmente
Por uno de estos dos estremos anda.
Mas quien por una cláusula elocuente,
Para una final escrita de antemano,
Pasa inculta la parte precedente;
¿En que se diferencia de un tirano,
Que por medios injustos encamina
Alguna utilidad del trato humano?
Perezca la política doctrina
Que por sacar de la maldad ganancia
La ley de las virtudes arruina;
Pero si acomodar la consonancia
Con liberalidad ó con miseria,
Es en las rimas caso de importancia;
El escritor abunde en la materia,
Para que se le vengan á la pluma
Cuantas palabras vuelan en Iberia.
Mas el furor nativo no presuma
Reducirlas á número y concierto
Sin sumo estudio y sin industria suma.

Homero en estas ondas tan esperto,
Que sobre trozos de animosas naves
Responde como oráculo en el puerto,
Para ser mas acepto á las suaves
Musas, surcó primero luengos dias,
Profundos golfos de otras ciencias graves.
Si tú para las dos filosofías
Ya por Platon, de Sócrates conoces
Las siempre misteriosas ironías;
Y prender te dejáste de las voces
Con que suele el sutil Estagirita
Dar caza á los espíritus veloces;
Por esta docta antigüedad escrita
Deja correr tu ingenio y sin recelo,
Conforme á su eleccion roba ó imita.
Suelta despues al voluntario vuelo
Pomposa vela en golfo mas remoto
Que no descubra sino mar y cielo:
No navegante ya, sino piloto
Intrépido á las olas insolentes,
Tanto como á los ímpetus del Noto.
Quiero decir que cuando en los corrientes
Métodos varios te hayas dado filos,
Con destreza ya propia los frecuentes.

Porque los dos genéricos estilos
Más de un naufragio nuevo nos avisa,
Que no por frecuentados son tranquilos.
Obliga el uno á brevedad concisa,
Que aunque la demasiada luz desama
Precia la elocucion peinada y lisa;
Y no solo el honor del epigrama
Recibe calidad de este precepto,
Sino la lira con que amor nos llama:
El trágico favor puesto en aprieto,
Y la sátira en este caso amiga
Siempre del panegírico perfecto.
El émulo de Píndaro lo diga
Por quien Venosa el título recibe,
Que á venerar á Tebas nos obliga.
Y en el Romano autor, que en prosa escribe
Desde que falleció su Augusto anales;
El compendioso laconismo vive.
A Trajano sus dotes inmortales
Refiere Plinio en este acento puro,
Sin voces tenebrosas ni triviales.
¿De las primeras quien corrió seguro,
Si el Presbítero docto de Cartago
Aspirando á ser breve quedó escuro?

Mas quien el genio floreciente y vago
De Séneca llamó cal sin arena
No probó los efectos de su halago.
No niegó yo que de sentencias llena
La agudeza sin límites congoja,
Y al rigor con que hiere nos condena.
Como la nieve que granizo arroja
Sobre esperanzas rústicas floridas
Que aquí destronca, y acullá deshoja.
Y al golpe de las recias avenidas
Mira el cultor su industria defraudada
Que yace entre las ramas esparcidas.
La fuerza que nos venga arrebatada
En esta brevedad yaculatoria
Si quieres que deleite y persuada;
Aunque por ambicion de mayor gloria,
Fleche cada palabra una sentencia,
Y obre cada sentencia una victoria.
Que en el segundo estilo hay elocuencia
Que entre la igual corriente del progreso
Anima su fervor con la frecuencia:
Y en su mediocridad lleva gran peso,
Pues sin que ló envilezca, ni lo encumbre,
Le suele dar mas próspero suceso.

Pruébase por razon y por costumbre,
Que, aunque no influye en término tan breve,
Insta con mas vigor la mansedumbre:
Como en invierno descender la nieve
Tan sosegada vemos, que al sentido
Parece que ni baja ni se mueve;
Pero en valles y montes recibido
De la cándida lluvia el humor lento,
Los cubre, y fertiliza sin ruido.
Con la perseverancia de este aliento
Canta Homero las iras juveniles,
Y el orbe escucha atónito ó atento.
Y Maron los afetos pastoriles,
El culto agreste, y varon Troyano
Que el cielo arrebató al furor de Aquíles.
Este que llama el vulgo estilo llano
Encubre tantas fuerzas, que quien osa
Tal vez acometerle suda en vano.
Y su facilidad dificultosa
Tambien convida, y desanima luego
En los dos corifeos de la prosa.
Fulmina la retórica del Griego;
Pero desata aquel vigor divino
En la igualdad frecuente con sosiego.

Cuando por dar señal de sus favores
Sobre uno de los árboles, fué vista
Cándida Cruz vibrando resplandores.
Con lo cual dió principio á la conquista
El Rey, en los fervores de la guerra,
Por su velocidad llamado *Arista;*
Porque al ímpetu horrible con que cierra
Como de flor de sacudidas ramas,
Se cubre de arcos púnicos la tierra.
Acero en limpias órdenes de escama
Teje á nuestros campeones las lorigas,
Que ilustradas del sol arrojan llamas.
Y en ámbas huestes fieles y enêmigas
Héctores, Turnos, Nisos, Telamones
Ejercitan las bélicas fatigas:
Ni con esfuerzo de ínclitos varones
Faltaran otras vírgenes guerreras
Como en Frigios y en Tuscos escuadrones.
Aquí verás Pentesileas fieras,
Camilas fuertes, que dejada el arte
De Aracne, siguen trompas y banderas.
Ni caerá ocioso el arco en esta parte,
De cuyos tiros nacen los deseos
Con que amor solicita el mismo Marte.

Los ramos de los robles pirineos
Desgajará el honor de las hazañas;
Y en tanto que lo viste de trofeos,
Sonará el abolorio en sus montañas
Progenitor de tantos graves nietos,
Que hoy veneramos en tres Españas.
No guardaré el rigor de los precetos
En muchas partes, sin buscar escusa
Ni perdon por justísimos respetos.
Y sí algun Aristarco nos acusa,
Sepa que los precetos no guardados
Cantarán alabanzas á mi Musa:
Que si sube mas que ellos ciertos grados
Por obra de una fuga generosa,
Contentos quedarán y no agraviados.
Así habrás visto alguna Ninfa hermosa
Que desprecia el ornato ó le modera
Quizá con negligencia artificiosa:
Que es mucho de hermosura verdadera,
A veces consultar con el espejo,
Mas por la adulacion que de él espera,
Que por necesidad de su consejo.

FRAGMENTO DE OTRA EPISTÓLA.

APÓLOGO DE LOS DOS RATONES.

Quiero oponerme al tráfago injurioso,
Cansador de improvisas turbaciones,
Para que no me asalten el reposo.
Aquello de los dos cautos ratones,
Que en Horacio con gusto habrás leido,
Oye, aunque el repetirlo me perdones.
Rústico vivió el uno, y conocido
Del otro, al cual, si bien fué cortesano
Le convidó en su campo al pobre nido.
Y siendo escaso, ó próvido el villano
A conservar su provision atento,
A honor del huésped alargó la mano.
Derramó sus legumbres, bastimento
De que guardaba su despensa llena,
Y los trozos de lardo macilento.
De pasas, de garbanzos, y de avena;
Ufano entresacó lo mas reciente,
Y con los labios lo sirvió en la cena.
Mas hecho el cortesano á diferente
Gusto, de sus manjares fingió agrado
Y probó algunos con soberbio diente.

En paja muelle entónces recostado
(Próspero lecho) el gran raton yacia
Dueño de aquel vivar afortunado:
Que royendo unos tronchos se abstenia
De lo bueno y repuesto, porque el hijo
Se acreditase con la demasía.
Al cual, riendo, el cortesano dijo:
¿No me dirás, amigo, por qué pasas
La vida en este mísero escondrijo?
¿Antepones las selvas á las casas,
Y al sabor de los mas nobles manjares
Unas legumbres débiles y escasas?
Ruégote que este yermo desampares:
Vente conmigo á mejorar tu suerte,
Donde venzas los últimos pesares.
Que todos somos presa de la muerte,
Y cuanto ella mas lazos apercibe,
Con mas cautela el sabio los divierte.
Este pues breve espacio, que se vive,
¿Quien tan sin arte sirve á su destino,
Que de alimento substancial se prive?
Persuadido con esto el campesino,
Sale tras él por el boscaje escuro,
Y hácia la corte siguen el camino.

Llegados entran por el roto muro,
Y en casa de uno de los mas felices
Magnates se pusiéron en seguro:
En cuyos aposentos los tapices
Por la paciencia bélgica tejidos
Mostraban sus figuras de matices.
Sobre los lechos de marfil bruñidos
Los carmesíes adornos de la China,
A la púrpura tiria preferidos.
Aquí el raton campestre se reclina,
Y sin que el caro amigo se lo evite
La cuadra y sus adornos contamina.
Y en los platos, reliquias de un convite,
Que una fiel mesa le ofreció, procura
Que el vientre de su ayuno se desquite.
Muy hallado tras esto la figura
Hace de alegre huésped, discurriendo
Por la pieza con libre travesura.
Pero cesó el placer por el estruendo,
Con que cierran las puertas principales,
Por no esperado entónces, mas horrendo.
Los canes luego (honor de los umbrales)
Como acostumbran con ladridos altos
De su fidelidad diéron señales.

Aquí de tino los ratones faltos,
Huyen hasta subir por las paredes,
Y ámbos cayendo, chillan, y dan saltos.
Mas luego el campesino, tú que puedes,
Le dice al cortesano, llevar esto,
Podrá bien ser, que en su vivienda quedes:
Que yo á tentar la fuga estoy dispuesto,
Y con celeridad tan proseguida,
Que á mi quietud me restituya presto:
Donde no hay asechanza que la impieda;
Por incapaz del trato, ó por indigno,
Volveré á la escaseza de mi vida.
Todo cuanto me ofreces, te resigno:
Con tu abundancia á tu placer te dejo
Por un hoyo sin luz, pero benigno.
Este el suceso fué, y este el consejo,
Que yo venero, con haberlo dado
Un tímido y silvestre animalejo.

TERCETOS.

EL LABRADOR Y EL TESORO.

Un hombre labrador, cavando acaso
Atento á la cultura de su huerto,
A media vara halló enterrado un vaso.

Suena la azada, y á los golpes cierto
Y formado salió el cántaro ó jarro,
Con un betun fortísimo cubierto.
Era el atapador tambien de barro
A modo de pirámide, y tan dura,
Que la quebrara apénas un guijarro;
Y como en esta tierra se mormura,
Que hay en ella escondida plata y oro
Pensó que estaba dentro su ventura.
¡Dichoso yo! sin duda que es tesoro,
Dijo, que en los peligros de la guerra
Aquí lo sepultó algun rico Moro.
Saca su hallazgo de la amiga tierra,
Prometiéndose ya de comprar cuanto
Alcanza á ver con lo que el vaso encierra.
Las manos tiemblan cuando lo levanta,
Mirando á todas partes con cautela,
Que ladron se le antoja cualquier planta:
Y al fin nuestro dichoso se rezela,
Y á solas, de testigos retirado,
Abrir quiere la urna ó tinajuela;
Pero aunque le entristece el peso amado
(Porque segun lo estima y lo que espera,
Se le antoja liviano demasiado)
Lo escusa luego, porque considera

Que la carga que aplace no es pesada,
Y que el nuevo placer se la aligera.
Al fin, en lo interior de su posada
Cierra su puerta, y las rendijas tapa,
Y aun quisiera á la luz negar la entrada.
Tras esto estiende próvido la capa,
Y forcejando, por no hacer ruido,
Como puede lo rompe y desatapa:
Trastorna la vasija, persuadido
Que estaba del mas fino oro maciza,
Entre joyas antiguas embutido;
Pero envueltos le arroja con ceniza
Huesos medio quemados, de varones
Quizá que alguna historia solemniza.
Atónito entre varias opiniones
Llega á tener por cierto que el Demonio
Aquel tesoro transformó en carbones.
Si él pudiera entender á Suetonio,
Que nos dejó en las vidas que dispuso
De exequias de aquel siglo testimonio,
Cierto de que ya un tiempo hubo aquel uso
De sepultar, no hallara causa alguna
Para quedar burlado, ni confuso.
Así nos enriquece la fortuna,

Cuando ya por rigor, ya por clemencia,
Sale á nuestros designios oportuna.
Prometiónos el gozo y la opulencia
De su prosperidad; pero no tarda
Ni un instante á probar nuestra esperiencia,
Que es ceniza el tesoro que nos guarda.

SONETOS.

I.

Ya el oro natural crespes, ó estiendas,
O á componerlo con industria aspires:
Lucir sus lazos, ó sus ondas mires,
Cuando libre á tus damas lo encomiendas:
O ya, por nueva ley de amor, lo prendas
Entre ricos diamantes y zafires,
O bajo hermosas plumas lo retires
Y el trage varonil fingir pretendas:
Búscate Adónis por su Vénus ántes,
Por su Adónis te tiene ya la Diosa;
Y á entrámbos los engañan tus cabellos:
Mas yo en la misma duda milagrosa,
Miéntras se hallan en tí los dos amantes,
Muero por ámbos; y de zelos de ellos.

II.

Dime, padre comun, pues eres justo,
¿Por qué ha de permitir tu providencia,
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude á tribunal augusto?
¿Quien da fuerza al brazo, que robusto
Hace á tus leyes firme resistencia?
¿Y qué el zelo, que mas las reverencia,
Gima á los pies del vencedor injusto?
Vemos, que vibran victoriosas palmas
Manos inicuas; la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto regocijo.
Esto decia yo, cuando riendo
Celestial Ninfa apareció, y me dijo:
¿Ciego, es la tierra el centro de las almas?

EPIGRAMAS.

I.

Viéndose en un fiel cristal
Ya antigua Lice, y que el arte
No hallaba en su rostro parte
Sin estrago natural,

Dijo : hermosura mortal,
Pues que su orígen lo fué,
Aunque el mismo amor le dé
Sus flechas para rendir,
Viva obligada á morir;
Pero á envejecer ¿porqué?

II.

Cuatro dientes te quedáron,
(Si bien me acuerdo) mas dos,
Elia, de una tos voláron,
Los otros dos de otra tos.
Seguramente toser
Puedes ya todos los dias,
Pues no tiene en tus encías
La tercera tos que hacer.

POESIAS ESCOGIDAS

DE

D. ESTEVAN MANUEL DE VILLEGAS.

NOTICIAS

DE

D. ESTEVAN MANUEL DE VILLEGAS.

D. Estevan Manuel de Villegas, natural de Nágera, en la Rioja, nació en 1595, y pasó los primeros años de su vida en Madrid, de donde á los catorce fué á estudiar leyes á la Universidad de Salamanca. Entónces fué cuando escribió sus Cantilenas á que dió el nombre de *Delicias*, limadas, segun él mismo dice, á los veinte años, y que acompañadas de sus traducciones y demas poesías publicó en 1618 con el título de *Eróticas*. Pero puede decirse que sus estudios poéticos acabáron al mismo tiempo que acabó su juventud. Los cuidados domésticos le ocupáron en adelante, y la escasez de su hacienda le obligó á pretender largo tiempo algun empleo

con que suplirla. Todos sus deseos en esta parte se malográron. El resto de su vida le pasó en su patria, dedicado á tareas de erudicion que tampoco le consiguiéron utilidad ninguna. En su vejez tradujo la obra *de Consolatione* de Severino Boecio, reimpresa con las Eróticas de nuestros dias, y murió en Nágera en 3 de Septiembre de 1669, á los 74 años de su edad.

Él fué el primero que hizo conocer la anacreóntica entre nosotros, y á pesar de sus defectos, sus cantilenas y monostrofes se leen con agrado, y quedan grabadas en la memoria de la juventud. La causa de esto es que en ellas hay vivacidad, ligereza, gracia, cadencia, que son las prendas características del género á que pertenecen, y halagan á un tiempo el oido y la imaginacion.

POESIAS ESCOGIDAS

DE

D. ESTEVAN MANUEL DE VILLEGAS.

IDILIO.

DAFNE. DAMÉTAS. POETA.

POETA.

Viniéronse á juntar Dafne y Damétas,
Pastor de cabras uno, otro vaquero,
Miéntras las unas pacen inquietas,
Y las otras el sol huyen severo,
Cuales por las roturas mas secretas,
Y cuales, al soplar cierzo ligero,
Por las amenas sombras distraidas,
Con paz gozadas, con piedad movidas.
Era robusto, sí, Dafne y mancebo,
Al ejercicio duro entónces dado:
Damétas mozo, pero no tan nuevo
En el oficio de guardar ganado:

Rigen cayados de taray y acebo,
Y cada cual sombrero coronado
De acebuche y laurel, y al cabo de ellos
Zurrones pardos sobre blancos cuellos.
La floja ociosidad, y el grave estío
De la pesada siesta; entónces grave:
El susurrar de céfiro y el rio,
Fresca la sombra, querellosa el ave:
La vacada estendida, y el cabrío
Aun no cansado de pacer suave,
En Dafne ocasionáron voz dispuesta,
Y en Damétas despues voz y respuesta.

DAFNE.

¿No ves, o Polifemo, como tira
La blanca Galatea á tu ganado,
Con muestras de retozo, no de ira,
Manzanas libres desde el mar salado?
Vuelve, gigante, pues, el rostro, y mira
Con cuanta desnudez, con cuanto agrado
Del pecho de cristal perlas derrama,
Y con su boca de coral te llama.
Llámate duro, y amador grosero:

Y tú, cantando al son de tu cicuta,
Mísero no la ves; ántes austero
Huyes el cuerpo á la tirada fruta:
Solo tu mastinillo lisongero
La sigue jugueton, que se reputa
Por digno del favor de Galatea;
Y ella se lanza al mar, y él la rastrea.
Pero ya desde allá vuelve lozana,
Como el acanto enmedio del Estio,
Cuando las verdes hojas engaluna,
Cuando al fin de arrebol purpúra el brio:
Ella pues, bien quisiera serte humana,
Sin darte á conocer su desvarío:
Que en las cosas de amor siempre acontece
Que lo que no es hermoso lo parece.
Respetos vence, y honras destituye
Solo por conmover tu pecho duro:
Y si otras veces tus alhagos huye,
Hoy les promete paces de seguro:
Postra pues esta vez, postra y destruye
Las altiveces de su enhiesto muro:
Que amor al que se atreve da saetas: —
Pero escuchad al bárbaro en Damétas.

DAMÉTAS.

Víla, no hay duda, víla, cabrerizo,
Sí, por el Pan que rige mi manada,
Desde el instante que en mis cabras hizo
Tiro burlon con fruta colorada;
Y aunque su desnudez me satisfizo,
No por eso de mí será obligada:
Que la miré, no hay duda, y con deseo;
Sí, por el reluciente con que veo
Sol de mi frente, que será en mis dias
Luz á mis pasos, lumbre á mi camino,
Si ya no son verdad las profecías
Del mísero Telemo el adivino:
Que plegue al cielo que en sus canas frias
Se vengue el odio del infausto sino,
Y desmintiendo el juicio de Telemo,
Ciegue á sus hijos, deje á Polifemo.
Soy, si me adviertes, cuerdo enamorado,
Y en estremo sagaz, pues porque sea
De su loca pasion mas estimado,
Desden hago al amor de Galetea:
Zelos la doy, y finjo que el agrado

De Kénife me abrasa y me espolea:
Celebro su hermosura, y ella entónces
Pierde el color, y queda cual los bronces.
Otras veces rabiosa con los zelos
Sale del hondo mar, como la loba
Que va desalentada á sus hijuelos
En busca del villano que los roba:
Luego mis atos escudriña, y vé los
Negros rincones de mi parda alcoba;
Y yo por mas encarecer su yerro,
Hago al descuido que la ladre el perro.
Ella con esto se halla tan rendida
De la tierna pasion que Vénus labra,
Que ya esté vergonzosa, ya rendida,
Agora zele, agora se desabra,
Siempre busca mi amor de amor herida,
Como el cabrito el paso de la cabra
Cuando en el monte con furor violento
Oye la rama sacudida al viento.
Verás que ya el regalo, ya el mensage
Me envía cuidadosa, á quien yo luego
Cierro las puertas, dándole hospedage,
Si no á su amor, á la aficion que niego:
Otras veces al fin digo á su page,

Que si pretende mejorar su fuego,
Jure de darme por Neptuno y Dorís
Fin á mis gustos, gusto á mis amores.
Y que en la siempre verde cabellera
De esta, que miras, vega caudalosa,
Me mulla lecho conyugal siquiera,
Pues hijo soy de dios, si ella es de diosa.
Con e to parte el nuncio y se aligera;
Y aunque, cual vírgen, la halla vergonzosa,
Rayo que Vénus despeñó en mi seno,
Bien sé que en ella sembrará veneno.
No soy tan fiero, no soy tan deforme
Como dicen de mí los que me afean;
Antes al buen dictámen soy conforme,
Si las aguas del mar no lisongean:
Donde una siesta, cuando mas enorme
El sol las dora, y ella le platean,
Pude mirarme bien, porque su espejo,
Del rostro que me hurtó sacó un reflejo.
Víme robusto en él, no femenino,
Y aunque robusto, por estremo hermoso,
Erguido como el álamo y el pino,
Y mas que el ciervo corredor brioso:
Pero del suelto que á mis manos vino,

Con que ayer era céfiro ganchoso
La de Zeusipo mal casada nuera
Gozó una espalda, y la cabeza entera.
Víme este sol tambien, que es por Apolo
Igual al que de luz nace en Oriente:
Solo le tengo porque aquel es solo,
Y esto conviene al cielo de mi frente:
No peino crin, no cejas alcoholo,
Pero de barba y crin hago un torrente
Que desgajado por espalda y pecho,
Con ser inmenso mar, les vengo estrecho.
El blanco diente que alimenta y cria
El elefante asiático y tardío,
Negro parece mas que noche umbría,
Si llega á compararse con el mio:
Y porque de Kotítaris sabia
Una leccion que tengo á desvarío,
Al mirarme tan plácido y sereno,
Luego tres veces me escupí en el seno.

POETA.

Esto apénas cantó Damétas, cuando
Dafne besó su faz, y él á su beso
Respondió con abrazos, engendrando

Amor en ellos amoroso exceso:
Y cual su flauta á cítara trocando,
Poco á poco se van del monte espeso,
Con su vacada el uno al fresco rio,
Y el otro á su redil con su cabrío.

ODAS.

I.

EN ALABANZA DE GARCILASO.

Si al apacible viento,
Eterno huésped de este prado umbrío,
Regalado instrumento,
Dulce tal vez, y secretario mio,
Hemos cantado á solas
Tú dulces ojos, yo sangrientas golas;
Ea, de aquel famoso,
De aquel ilustre mayoral cantemos,
Que con pie generoso,
Pisó del Tajo márgenes y estremos,
Hasta que la Garona,
Le vió blandir las armas de Belona.
¡Cuan cubierto de acero
El Aquitano conoció sus brios

En el asalto fiero,
Y desatando manantiales rios
De galicanas venas,
Murallas inundó, coloró almenas!
Mas luego que al sosiego,
Del trance duro retiraba el brazo,
Vénus le ardia en fuego,
Dócil al yugo, fácil al regazo,
Y él cantaba su espuma,
Tomando ora la espada, ora la pluma.
Así como solia
Al ampararse de su voz postrera
El cisne que á porfía
Aguas paró del Istro en la ribera,
Que fuéron en sus males
Rocas de yelo, ó yelos de cristales.
Bien lo dirá la fuente,
Dígalo amor tambien, que amor lo sabe,
Si cuando en su corriente
Cantando á veces tierno, á veces grave,
Maldijo su fatiga,
Y el casto engaño de su dulce amiga.
Mas ay! detente un poco,
Detente, lira, pues que aquí Salicio

Desalentado y loco,
Cuerdo en perder entónces el juicio,
Tambien paró su canto,
Colgó su lira, y empezó su llanto.

II.

AL CÉFIRO.

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del Abril florido,
Vital aliento de la madre Vénus,
Céfiro blando,
Si de mis ansias el amor supiste,
Tú, que las quejas de mi voz llevaste,
Oye, no temas, y á mi Ninfa dile,
Dile que mueró.
Filis un tiempo mi dolor sabia,
Filis un tiempo mi dolor lloraba,
Quísome un tiempo; mas agora temo,
Temo sus iras.
Así los Dioses con amor paterno,
Así los cielos con amor benigno
Nieguen al tiempo que feliz volares,
Nieve á la tierra.
Jamas el peso de la nube parda,

Cuando amanece en la elevada cumbre,
Toque tus hombros, ni su mal granizo
Hiera tus alas.

CANTILENAS Y ANACREÓNTICAS.

I.

Como rosa que nace
En el jardin cercado
No sujeta al arado
Ni al ganado que pace,
Cuyo primer aumento,
El sol, el agua, el viento
Crece, cria y alhaga,
Con cuya vista paga
Del dueño amado el zelo,
A quien promete el cielo
De piedad cada dia,
Cristal que la rocía;
Que miéntras no es tocada
Crece su lozanía
Y es de todos amada;
Mas si en agena mano
Pierde el lustre lozano,

Y á desdecir comienza
La nativa vergüenza,
Al paso que es amada
Viene á ser desdeñada;
Así la vírgen bella
En tanto que es doncella
Es de todos querida,
Con el alma y la vida:
Mas cuando se ve falta
De dignidad tan alta,
Si busca quien la quiera,
Es mas aborrecida
Que ponzoñosa fiera.

II.

Amada Filomena,
Que entre aquestos laureles,
Con doliente armonía
Significas la pena,
Que los brazos crueles
Del infame Tereo
Obráron aquel dia:
Pues la terca porfía
Que aviva tu deseo

En cantar mil pesares
Por desiertos lugares,
Al son de la corriente,
Que despeña esta fuente,
En tí cual siempre veo;
Va con gemido triste
Querellándote al cielo,
Ya con tácito vuelo
Recelando la injuria,
Que por tus ojos viste;
Deten, deten la furia
En derramar querellas,
Y á las altas estrellas
Que se nos muestran pias,
Deja las tuyas bellas,
Canta las tristes mias.

III.

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado:
Víle tan congojado,

Por tal atrevimiento,
Dar mil quejas al viento,
Para que al cielo santo,
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía
Esforzando el intento,
Mil quejas repetia,
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvia:
Ya circular volaba,
Ya rastrero corria,
Ya pues de rama en rama
Al rústico seguia,
Y saltando en la grama,
Parece que decia:
Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía:
Y que le respondia
El rústico: no quiero.

IV.

Lleguen esos rubíes
Con que graciosa ries,
Bella Lidia, á mi boca,
Pues amor los provoca,
Y espárzanse sus mieles
Como esparcirlas sueles.
Lleguen : que amor lo quiere;
Amor que sana y hiere;
Amor, hijo de Marte,
Que reina en toda parte;
Amor que si atosiga,
Luego cura y mitiga;
Amor niño y gracioso,
Que con fuego amoroso
Nos hizo en todo iguales.
Lleguen pues tus corales,
Lidia, ¿quien te acobarda?
¿No ves que si se tarda
Un punto, un solo instante
Tu regalado beso,
Perderás un amante,
Y yo perderé el seso?

V.

En tanto que el cabello
Resplandeciente y bello
Luce en tu altiva frente
De cristal transparente,
Y en tu blanca mejilla
La púrpura que brilla;
La púrpura que al labio,
No quiso hacerle agravio;
Goza tu abril, Drusila,
En esta edad tranquila.
Coge, coge tu rosa,
Muchacha desdeñosa,
Antes que ménos viva,
Vejez te lo prohiba.
Porque si te rodea
Y en tí su horror emplea,
Quizá lo hará de suerte,
Que llegues á no verte,
Por no verte tan fea.

VI.

Lidia, Amor y yo estando,
¡O dulce y claro dia!
Cogiendo tiernas flores,
La beldad contemplando,
De aquella que allí via;
En sus varios colores,
Sentí nuevos olores
Derramarse en mi alma;
Sentí dichosa calma
Esparcirse en mis venas;
Y libre de las penas,
Que hasta allí amor tirano
En sujecion eterna,
Obró con llama interna
Y con ingrata mano.
Lidia amorosa y tierna
Embebecida estaba:
Amor que la miraba
Con señas que me hacia,
Mis ánimos movia,
Y al hecho me llamaba.
Yo de amor incitado,

Por fin de mis congojas,
En sus mejillas rojas
Libre mi boca añado :
Mas ella que usurpado
Su néctar vió sabroso,
Y en el trance forzoso,
Su clavel en mi labio,
Por vengar tal agravio
De amor la flecha toma,
Con que las almas doma,
Y así vengar intenta
Esta suave afrenta :
Pero amor que la mira,
Piadoso á mis querellas,
Hirió sus carnes bellas
Con la indomable vira.
Lidia bañada en ira,
Viendo rotos los bronces
Que imaginó inmortales,
Y con la esfera iguales,
Dijo : pierda la vida
Quien vive inadvertida,
Niño, de tu centella.
Quedando desde entónces

Ella de amor herida,
Y yo de amores della.

VII.

Mirara Lidia atenta
Las flores que le ofrece
Su jardin heredado,
Cuyos pies humedece
El cristal desatado
De una fuente sedienta:
Amor, que solo intenta
Darle algunos pesares,
En unos colmenares,
Principios deste daño,
Con ligeros talares
A robar fué sus mieles:
Las abejas crueles,
Movidas del engaño
A gozar la venganza,
Sin ninguna tardanza
Con puntas de diamantes
Se aprestan susurrantes:
Mas viéndose burladas,
Unas se vuelven luego

A sus dulces moradas
Otras con vago juego
A gustar los licores
De las nativas flores,
Se esparcen revolando.
De aqueste inicuo bando,
Una, la mas traviesa,
Se llega á Lidia hermosa,
Y pensando que es rosa
La boca le atraviesa.

VIII.

Sobre el márgen de un rio,
De árboles tanto umbrío,
Cuanto de linfas claro,
Donde se halla reparo
Contra el can del estío,
Dormido yace el ciego
Cuyo blando sosiego
En éxtasis tenia
Todo cuanto solia
Arder en vivo fuego.
Tambien yace su aljaba,
Que no ya le colgaba

Del hombro reluciente;
Ni del brazo pendiente
El arco le agravaba.
El yace al fin dormido,
Y Lidia que le vido
Despierta, y levantada,
Cual tigre estimulada
Al cazador rendido,
A la aljaba arremete,
Y al vendado acomete,
Que ya entónces decia,
Viéndola que tenia
La ocasion del copete;
Lidia, mal te aprovechas
Si con armas bien hechas
Quieres vengar enojos;
Donde tienes tus ojos
No has menester mis flechas.

IX.

Al son de las castañas,
Que saltan en el fuego
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia, y juguemos.

Si quiera el Capricornio
Tire lanzas de yelo,
Mal agüero á casados,
Buen auspicio á solteros.
Enemigo de Baco,
Cuando estaba en el suelo,
Destrozándole vides,
Rumiándole sarmientos,
Y agora no tan dócil,
Que no procure vernos,
Aguados con mil aguas,
Y helados con mil yelos.
Yo apostaré, mi Lesbia,
Que si le diese el cielo
Poder en causa propia,
Que nos hiciese yermos.
¡O como el insolente
Diera fin al viñedo,
Y juntamente en Darro
Con todos los sedientos!
Porque daños mayores
Se le siguen al cuerpo
Beber tus aguas, Tajo,
Que echarse en las del Ebro.

Pero ya que los astros
Mejor que esto lo hiciéron;
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia, y juguemos.

X.

Aquellos dos verdugos
De las flores y pechos,
El amor y la abeja
A un rosal concurriéron.
Lleva armado el muchacho
De saetas el cuello,
Y la bestia su pico
De aguijones de hierro.
Ella va susurrando,
Caracoles haciendo,
Y él criando mil risas,
Y cantando mil versos,
Pero diéron venganza
Luego á flores, y á pechos,
Ella muerta quedando,
Y él herido volviendo.

XI.

Ya de los altos montes
Las encumbradas nieves,
A valles hondos bajan
Desesperadamente.
Ya llegan á ser rios
Las que ántes eran fuentes,
Corridas de ver mares
Los arroyuelos breves.
Ya las campañas secas
Empiezan á ser verdes,
Y porque no beodas,
Aguadas enloquecen.
Ya del Liceo monte
Se escuchan los rabeles
Al paso de las cabras,
Que Tíiro defiende.
Pues ea, compañeros,
Vivamos dulcemente,
Que todas son señales,
De que el verano viene.
La cantimplora salga;
La cítara se temple,

Y beba el que bailare,
Y baile el que bebiere.

XII (1).

Quiero cantar de Cadmo,
Quiero cantar de Atridas,
¡Mas ay! que de amor solo
Solo canta mi lira.
Renuevo el instrumento,
Las cuerdas mudo aprisa,
Pero si yo de Alcides,
Ella de amor suspira.
Pues, heroes valientes,
Quedaos desde este dia;
Porque ya de amor solo,
Solo canta mi lira.

XIII.

En medio del silencio,
Cuando la Ursa corre
Veloz hácia la mano
De la estrella Boótes;

(1) Esta y todas las siguientes son traducciones ó imitaciones de Anacreonte.

Cuando el piadoso sueño
Esparce sus licores,
Suspendiendo el trabajo
De los cansados hombres;
Amor á mis umbrales,
Llegó acaso una noche,
Y llamando á las puertas,
Del sueño despertóme;
¿Quien es el atrevido,
Airado dije entónces,
Quien á tales horas llama,
Y al que duerme interrompe?
Abre, piadoso huésped,
Las puertas, me responde,
Y deja el miedo, amigo,
Que mi llamar te pone,
Porque soy un muchacho
Que ando toda la noche
Perdido por ser ciego,
Y helado por ser pobre.
Yo movido á sus ruegos,
Y amigable á sus voces,
Las puertas abrí luego,
Porque entre el que las rompe.

Cuando ví un niño ciego
Al modo de los Dioses,
Con alas en sus hombros
Y en su carcax arpones,
Subíle á mi aposento,
Encendí mis carbones,
Enjugué sus cabellos,
Y apagué sus temblores.
Sus manos con las mias
Le apreté, y él entónces,
Viéndose redimido
Del yelo y sus rigores;
Probemos, dice, el arco,
Por si el nervio se encoge,
Y estirando la cuerda
El pecho atravesóme.
Luego con mil risadas
De mi casa salióse,
Diciendo al despedirse;
Huésped, queda á los dioses:
Pero primero advierte,
Que tras hacer tal golpe,
Mis arcos quedan sanos,
Y tú con mil dolores.

XIV.

La rosa de Cupido
Juntemos á Lieo,
Y della laureados,
Bebamos y juguemos.
La rosa que á las flores
Es suave ornamento,
Y del verano alegre
El cuidado primero;
La rosa que á los dioses
Es deleite, y por esto,
De rosas coronado,
Danzas sigue el de Vĕnus.
Haz pues, o padre Baco,
Que de rosas compuesto,
Y de lira adornado,
Me reciba tu templo.
Suaves daré olores,
Suaves diré versos,
Y juntos yo y mi dama
Suaves bailarémos.

XV.

Amada palomilla,
¿De donde, di, ó á donde
Vienes con tanta priesa,
Vas con tantos olores?...
¿Pues á tí, qué te importa?
Sabrás que Anacreonte
Me envía á su Batilo,
Señor de todo el orbe:
Que como por un himno
Me emancipó Dione,
Nombróme por su page,
Y él por tal recibióme.
Suyas son estas cartas,
Suyos estos renglones,
Por lo cual me promete
Libertad cuando torne.
Pero yo no la quiero;
Ni quiero que me ahorre;
¿Porque de qué me sirve
Andar cruzando montes,
Comer podridas vacas,
Ni pararme en los robles?

A mí pues me permite
El mismo Anacreonte,
Comer de sus viandas,
Beber de sus licores:
Y cuando bien brindada
Doy saltos voladores,
Le cubro con mis alas,
Y él dulce las recoge.
Su cítara es mi cama,
Sus cuerdas mis colchones,
En quien suavemente
Duermo toda la noche.
Mi historia es esta, amigo;
Pero queda á los Dioses,
Que me has hecho parlera,
Mas que graja del monte.

XVI.

Una taza me forja
De plata; pero en ella,
Vulcano, no me pintes
Armadas ni peleas.
¿Porque yo qué con Marte?
Solo harás que ella sea,

Ya que no la mas ancha,
La mas honda que puedas.
Ni tampoco me esculpas
Las lucientes estrellas,
Ni el carro de las Osas,
Ni el Orion que hiela.
¿Qué á mí las Pleiadas
O el Boótes me prestan?
Pero grábame vides
Con racimos que pendan,
Y á Baco juntamente
Que los esprima en ella,
Con Amor y Batilo
Mas bello que las bellas.

XVII.

Si alargarse pudiera
Nuestra vida con oro,
Sin duda le buscara
Por un mundo ó por otro;
Y así luego á la muerte
En el dia forzoso,
Le diera una gran suma,
Porque volviera el hombro.

Pero ya que es vedado
Hacer del hado logro,
¿De qué sirve el gemido?
¿De qué sirve el sollozo?
Tambien si inescusable,
Es la via del Orco,
¿Para qué las riquezas?
¿Para qué los tesoros?
Pues ea, venga el vino
Que me salte á los ojos,
Que entre mis camaradas
Quiero hacerme beodo.
Y tambien la muchacha
Con risadas y gozos,
Y deme mil abrazos,
Que yo le daré otros.

XVIII.

Al amor descuidado
Cogiéron las Pimpleas,
Y con grillos de flores
Al Decoro le entregan.
Luego para el rescate,
La misma Citerea

Previene muchos dones,
Y da grandes riquezas.
Pero cuando lo libre,
Tenga por cosa cierta,
Que amor tarde se arranca
Si á ser esclavo empieza.

XIX.

Si eres hombre que vales,
Cuantas la selva verde
Contiene breves hojas
A contar doctamente;
O cuantas, sin errarte,
Arenas el mar tiene,
A tí solo encomiendo,
Que mis amores cuentes.
Y cuanto á lo primero,
De Aténas cuenta veinte,
A quien añade quince,
Por número siguiente.
Luego los de Corinto,
Caterva nada estéril,
Que es Corinto en Acaya

De asaz bellas mugeres.
Los de Lesbos tras estos
Con los Ionios refiere,
Y los de Caria y Rodas,
Que son mas de cien veintes.
Pues di ¿tanto has amado?
O! si advertirme quieres,
Aun no cuento los Siros,
Ni los de Egipto alegres;
Ni ménos los de Candia,
Cuya viciosa gente
Está debajo el yugo
Del amor que enloquece.
¿Pero qué? no es posible
Sin cansarte, que acierte
A nombrar los de Cádiz,
Que yace en el poniente,
O los de Bactria é India
Tierra en aromas fértil;
Todos, todos calores,
Que mis pechos encienden.

XX.

Agora que suave
Nace la primavera
¿No ves como las Gracias
De rosas mil se llenan?
¿No ves como las ondas,
Del ancho mar quietas,
Aflojan los furores,
Y amigas se serenan?
¿No ves como ya nada
El ánade, y empieza
La grulla á visitarnos,
Y el sol á barrer nieblas?
Los trabajos del hombre
Ya lucen y ya medran,
La vega pare gramas,
La oliva flores echa,
Las cepas se coronan
De pámpanos que engendran,
Y de bullentes hojas
Los campos y alamedas.

XXI.

Amor, entre las rosas,
No recelando el pico
De una que allí volaba
Abeja, salió herido;
Y luego dando al viento
Mil dolorosos gritos,
En busca de su madre
Se fué cual torbellino.
Hallóla, y en su gremio
Arrojado esto dijo:
Madre, yo vengo muerto,
Sin duda, madre, espiro,
Que de una sierpecilla
Con alas vengo herido,
A quien todos abeja
Llaman, y es basilisco.
Pero Vénus entónces
Le respondió á su niño:
Si un animal tan corto
Da dolor tan prolijo,
Los que tú cada dia
Penetras con tus tiros,

¿Cuanto mas dolorosos
Que tú estarán, Cupido?

ROMANCE.

A mejorar la vendimia
Saliéron Filis la bella,
Y Amor y Baco, deidades
Uno en uvas, y otro en flechas.
Las Gracias tres desceñidas
Van con las ninfas compuestas,
Y entre las aras del gusto
La lascivia y la belleza.
¡Ay Dios, cuan dulce camina
Entre la pompa soberbia
La tigre! ¡Mal haya, Celio,
Quien mas parare en la aldea!
Toma el sombrero de rua,
Dame la parda montera,
Que amor, con ser cortesano,
Ya canta toscas endechas.
Ay, si me permite el cielo,
Llegar adonde me veas,
Con cuanto gusto al trabajo

Daré, muchacha, mis fuerzas!
Por tres labradores diestros,
El alma se fia en ellas,
Trabajaré sin cansarme,
Como yo presente os tenga.
¡O cuantas cepas viudas
Serán por mis manos hechas,
Cuando caigan sus racimos
Desde el cuchillo á la cesta!
Usar acciones villanas,
No lo tendré por afrenta,
Que el sol las usó en Afriso,
Entre las vacas y ovejas.
¡Qué poco le aprovecháron
Sus astutas diligencias,
Ni el dulce son de su lira,
Ni el oro de sus madejas!
Contra la pasion del alma
Nada valiéron sus yerbas,
Que al arte de medicina
Venció de amor la saeta.
Del gran mayoral Admeto
Trató las anchas dehesas,
Llevando el zurron al lado

Cón la lira y la merienda,
Tejiendo mimbres estaba
Miéntras las vacas le dejan,
Y de la leche exprimida
Natas cuaja, y queso encella.
¡O cuantas veces la hermana
Le vió bañada en vergüenza,
Con el becerro en los brazos
Subir las ásperas cuestas!
Y cuantas veces los toros,
Cúando él cantaba en las peñas,
Interrumpiéron sus voces
Con bramidos de fiereza!
Y ni por eso olvidaba
La dulce imágen de aquella
Que por ser laurel sin alma,
Le dió la suya á sus huellas.
Desmayado en su memoria,
O pensativo en su idea,
Tal vez pagáron las vacas
Su descuido y negligencia.
Animo pues al trabajo,
Saca el ganado á la vega.

Llévale al agua en paciendo,
Y al redil cuando anochezca,
Y sepa el amor en ámbos,
Yo en mi viña, y tú en tu selva,
Que un labrador y un vaquero
Sirven mas, cuando mas penan.

FIN.

INDICE.

POESIAS ESCOGIDAS DE HERRERA

NOTICIAS DE HERRERA..... Pág

CANCIONES. I. A D. Juan de Austria.....

II. A la batalla de Lepanto.....

III. A la pérdida del rey D. Sebastian

IV. *Este lugar desierto*.....

V. *Con dulce lira*.....

VI. *Si alguna vez mi pena*.....

SONETOS. I. A la batalla de Lepanto.....

II. A Marco Bruto.....

III. *Del mar las ondas*.....

IV. *¿Do vas? ¿do vas cruel?*.....

V. *Temiendo tu valor*.....

VI. *Alegre, fértil, vario, fresco prado*.

VII. *Fértil, riente, lodo y fresco prado*.

VIII. *Ya que el sugeto reino lusitano*.....

IX. *Hacer no puede ausencia*.....

X. *Bárbara tierra*.....

XI. *Rompió la prora*.....

XII. *Despoja la hermosa y verde frente*.

ELEGÍAS. I. *Estoy pensando*.....

II. *Esta amorosa luz*.....

III. *Pues la luz*.....

IV. *Bien debes asconder*.....

V. *¿Cual fiero ardor?*.....

INDICE.

ÉNAS Y ANACREÓNTICAS.

I. *Como rosa que nace*..... 267
II. *Amada Filomena*..... 268
III. *Yo vi sobre un tomillo*..... 269
IV. *Lleguen esos rubíes*..... 271
V. *En tanto que el cabello*..... 272
VI. *Lidia, Amor y yo estando*..... 273
VII. *Miraba Lidia atenta*..... 275
VIII. *Sobre el márgen de un rio*..... 276
IX. *Al son de las castañas*..... 277
X. *Aquellos dos verdugos*..... 279
XI. *Ya de los altos montes*..... 280
XII. *Quiero cantar de Cadmo*..... 281
XIII. *En medio del silencio*..... ib.
XIV. *La rosa de Cupido*..... 284
XV. *Amada palomilla*..... 285
XVI. *Una taza me forja*..... 286
XVII. *Si alargarse pudiera*..... 287
XVIII. *Al Amor descuidado*..... 288
XIX. *Si eres hombre que vales*..... 289
XX. *Agora que suave*..... 291
XXI. *Amor entre las rosas*..... 292
ROMANCE. *A mejorar la vendimia*..... 293

FIN DEL ÍNDICE.

MAY 19 1944